

EL LABERINTO DEL PATRIMONIO CULTURAL,

Cómo gestionarlo en una gran ciudad

Daniel Schávelzon

Versión preliminar del texto sin ilustraciones; la versión definitiva sólo es accesible en papel.

Índice

Presentación

- I. El patrimonio cultural: algunas definiciones
- II. Una historia antigua: la Casa Histórica de Tucumán
- III. Una historia reciente: acciones destructivas en la iglesia de San Ignacio, Buenos Aires
- IV. Bailando al ritmo de las demoliciones
- V. La arqueología urbana: un mirada desde el subsuelo
- VI. La pobre casita de San Juan 338 en Buenos Aires
- VII. Matar al enfermo para curarlo: la iglesia de Belgrano
- VIII. “*Gloria y Honor, honra sin par...*”, la triste historia de las casas de Sarmiento
- IX. El papel del Estado en la conservación del patrimonio
- X. Qué hacemos?: datos para quien tiene que enfrentar temas de patrimonio cultural

Presentación

En 1989, durante gobierno del presidente Carlos Menem, se decidió que como reparación histórica se debía hacer la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas. Podíamos estar a favor o no, pero era una Ley del Congreso y por ende se suponía que, fuera quien fuese Rosas en el pasado, en el presente las cosas debíamos hacerlas bien. Es decir que alguien debía ir, extraerlo con todo cuidado, ponerlo en manos de expertos para moverlo –era una ataúd de más de un siglo medio-, y cuidarlo y protegerlo hasta su llegada. Y alguien debía supervisar que eso se hiciera así: simplemente de manera adecuada.

La realidad fue muy diferente: viajó un grupo de amigos, políticos y supuestos o no parientes quienes mandaron excavar el lugar con pala mecánica sin la presencia de un antropólogo forense siquiera, la empresa que sacó el ataúd con una pala mecánica tuvo que dejarlo en la entrada porque los responsables se quedaron dormidos, y tras gran bambolla, banderas y misas, abrieron el cajón por su propia cuenta, sacaron todo lo que había dentro para repartírselo sin dudar un segundo y uno de ellos –vendedor de departamentos-, exhibe orgulloso en su casa la dentadura. Por supuesto el sarcófago original que era de plomo fue fundido y vendido; y ni decir que los huesos, sin tratamiento alguno, sin siquiera los cuidados mínimos de un conservador, quedaron convertidos en polvo por las sacudidas; ¡y el embajador argentino, responsable supuesto de controlar los hechos –un descendiente de Rosas además-, lo publicó, orgulloso, en un libro¹.

Hoy puede parecer una película de *Los tres chiflados*, y sin duda es un caso extremo, pero sirve para mostrarnos una manera de ver y entender nuestro tratamiento del pasado y de lo que, todos o al menos algunos, consideran un Patrimonio Histórico.

Pero para quien quiera verlo de otra manera, y no sea rosista sino fanático de Sarmiento, podemos contarle otras historias. Una de ellas es que la Escuela Presidente Mitre, un monumental edificio en el barrio porteño del Once, fue usada para pagar una deuda municipal transformándola en la primer Escuela-Shopping del mundo. Seguramente

¹ Manuel de Anchorena, *La repatriación de Rosas*, Editorial Teoría, Buenos Aires, 1990; en las pag. 23 se describe el reparto

muchos no se acuerdan pero en la vereda de enfrente, cruzando Pueyrredón, había una muy antigua feria, de esas que estaban al aire libre con puestos móviles. Cuando el municipio decidió sacarla en tiempos militares –se suponía que afeaban la ciudad-, y vender el terreno para edificar. Los propietarios de los edificios linderos iniciaron un juicio, bien asesorados sin duda, porque eso modificaba el centro de la manzana hacia donde miraban sus balcones quitándoles luz; y absurdamente ganaron el juicio que llevó más de veinte años. Y no había dinero para pagarles –no era tema urgente como con los jubilados, obviamente-, por lo que un intendente decidió mudar la escuela de la planta baja al primer piso y transformar esa parte en locales comerciales con que pagar a los deudores, que según parece eran todos uno sólo, y que según dicen otros, era amigo del que tomaba la decisión. Y así se hizo y así sigue; se opuso fuertemente el Procurador de Justicia de la Nación, iba contra las le 12.665 de Monumentos Nacionales ya que lo era por declaración del Presidente de la Nación, pero pese a todo y a el escándalo que suscitó en los medios de comunicación, se hizo. ¿Era o no era un Monumento Nacional?, o ¿los monumentos y sus leyes pueden alterarse cuando conviene o cuando es necesario? Entonces, ¿no se supone que la declaratoria de un Monumento de escala nacional lo debe ser para siempre?, ¿o sus virtudes se gastan con el tiempo?, ¿quiénes eran los organismos que debían evitarlo?, ¿pudieron y no quisieron hacerlo o simplemente “estaban distraídos”?, ¿o fueron ellos mismos quienes lo hicieron? Era una de las grandes escuelas de la ciudad.

Esto que hemos narrado, anécdotas nada más, nos deja planteadas preguntas interesantes y varios temas sobre los que habrá que explayarse mucho más por cierto; de eso trata este libro y de la responsabilidad de los organismos y las personas que gestionan o supervisan las gestiones. No se trata de ser extremista en la preservación, todos somos flexibles, entendemos los problemas y necesidades de los demás, el país que no es fácil, la economía que es peor, lo cuidadoso que se debe ser cuando el Estado quiere entrar en lo privado, pero también entendemos que con esfuerzos aislados no se salva el patrimonio, sea lo que sea que cada uno entienda por ello.

I

El patrimonio cultural

Si le preguntamos a un grupo de personas normales que caminan por la calle, si un país cualquiera, o éste en particular, debería tener un patrimonio cultural, o al menos histórico –para no lidiar con el presente, que es más complejo–, estoy seguro que el consenso sería casi total: todos dirían que sí. Lógicamente si le preguntáramos de qué debería consistir, habría diferencias y es razonable que eso suceda; por ejemplo: para muchos sus edificios religiosos son fundamentales, pero ¿qué sucede con las religiones recientes, minoritarias o representan a poblaciones marginales? ¿Es lo mismo una iglesia católica del siglo XVIII que el santuario de la Difunta Correa o el Gauchito Gil? El ejemplo puede parecer extremo, pero no lo es: son los lugares en donde un grupo de personas deposita sus creencias, sentimientos y esperanzas; no es tema de mayorías, sino de respeto por las creencias ajenas.

Por mucho tiempo el territorio que hoy es Argentina, que no era más que una colonia dependiente de un lejano país, no se preocupaba por este tipo de temas. No sólo no estaban en boga sino que el Rey lo era por derecho divino –hasta sangre azul tenía–, y sus símbolos eran sagrados y debían respetarse. La Iglesia igualmente, nadie osaría destruir una si no era para hacerla más grande, rica y ornamentada. Fue recién cuando la Independencia de 1816 necesitó construir una identidad para ese nuevo país que se quería establecer y aun no existía, cuando el tema se transformó en algo concreto. Un país necesita símbolos que lo identifiquen, monumentos, una historia que demuestre que lo que se hacía era el resultado de una larga aspiración popular, que su población era homogénea y estaba toda de acuerdo. Pese a eso el *Acta de la Independencia* fue firmado en cuatro idiomas: guaraní, quechua, aymará y español, en igualdad de condiciones, mostrando que la realidad no era como se la imaginaba o se quería que fuera.

La Primera Junta levantó frente al Cabildo de Buenos Aires un simple y modesto monolito, una pirámide sobre un pedestal, que glorificaba esa gesta y a los dos primeros muertos de la Revolución, cuyos nombres ya ni recordamos. No era la actual sino algo simple, lo que se podía hacer con pocos recursos y sin grandes arquitectos creativos. Pero era el primer monumento del país. Rivadavia, imbuido de su espíritu de progreso y cambio decidió reemplazarlo por otro y comenzó el primer escándalo: para unos sí debía demolerlo y para otros no porque era eso, lo que representaba: la modestia y simpleza con que se hizo la Revolución. Si se quería algo más grandioso se podía hacerlo en otro lado, incluso cerca, de forma que se vea la diferencia de posibilidades estéticas y culturales además de simbólicas, pero jamás destruirlo. Y al final, su caída dejó todo en la mitad, no se lo tocó aunque medio siglo después una nueva polémica terminó en su remodelación a lo que es la actual.

Ejemplos hay muchos en el siglo XIX, hubo fuertes polémicas y grandes demoliciones, el progreso era símbolo de lo que la Argentina quería ser y aunque mirara a Europa no veía algunas cosas, sólo lo que le convenía: si en los países que eran ejemplo de lo que debía ser la moda o la política, no se veía que destruyeran sus centros urbanos sino que los cuidaban, acá no nos dábamos cuenta. Por eso hoy ellos los tienen y nosotros pagamos por ir a verlos. Lo importante es que en esas discusiones, libros, diarios, peleas entre grandes intelectuales y ciudadanos comunes, se fue gestando una idea concreta: era necesario tener organismos específicos donde los especialistas señalaran lo que debía guardarse y lo que no. Por supuesto muy pocos se preguntaron quiénes eran los signados para eso, qué pensaban, qué querían, si realmente representaban a todos o sólo a un grupo de élite de anticuarios, coleccionistas, eruditos formados en Europa a quienes le sobraba tiempo y dinero para estos menesteres. Así fueron surgiendo los primeros grupos de especialistas y formando museos y colecciones; nada malas por cierto, pero que representaban sólo a una parte de la sociedad y de su cultura.

Para 1939 el tema se presentaba complejo: estaba pasando el tiempo de eruditos, abogados y amantes del arte para ir dejando paso a los primeros profesionales. La historia misma había vivido poco antes esa polémica y una nueva escuela historiográfica se había instalado en el país, gente como Emilio Ravignani o Ricardo Levene hacían historias que se basaban en documentos analizados de manera estricta, con rigor metodológico y se exigía

que el cuidado de los monumentos y obras de arte, que eran de todos, debían estar en manos de profesionales. De esta manera un grupo de jóvenes, y no tanto, varios de ellos arquitectos e impulsados por Mario J. Buschiazzo y el propio Levene, comenzaron una pulseada para crear un organismo especializado a escala nacional; para ellos era obvio que debía funcionar en Buenos Aires y que su sede debía ser el Cabildo, ya que eso reunía no sólo el imaginario de lo que eran los símbolos, sino también el núcleo del poder de un modelo de país. No era Córdoba o Catamarca, o cualquier lugar, era el Cabildo de Buenos Aires; no era un proyecto menor. Tras varios malabares lo lograron, se estableció un primer organismo que llevó en 1940 a crear la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, presidida por Levene y con Buschiazzo como arquitecto responsable de las obras. Una ley nacional, la 12665, cerró el círculo: desde ese momento el patrimonio quedaba en manos de un único organismo centralizado en Buenos Aires.

Era un gran paso sin duda: por una parte había una Ley Nacional, un organismo técnico, historiadores profesionales en muchos casos y una red de museos. Y un primer proyecto: se debería hacer un inventario de bienes históricos y decidir ir su preservación mediante el paso al Estado o por acuerdo con sus propietarios. Lógicamente era resultado de una visión centralizada y centralista, Unitaria al fin, pero era algo. Y se envió a Buschiazzo y otros viajeros a hacer relevamientos de edificios que podrían incluirse en una selección de lo que realmente representaban al país. Las decisiones para esa selección eran claras: lo más antiguo –que quedara en pie-, los cabildos que representaron la estructura política hispánica, las grandes iglesias hasta el siglo XIX, las estancias y misiones de los jesuitas porque había sido la estructura paralela al Estado colonial, las casas de héroes (Unitarios obviamente) y los lugares en donde se firmaron los grandes acuerdos de unión nacional. Obviamente nadie se acordaba de las minorías, de los grupos indígenas, de la Patagonia... Pero no toda la culpa era de ellos, esto no significaba que las provincias y los municipios podían tener y proteger su propio patrimonio; algunas lo hicieron –bien o mal-, otras ni se enteraron, otras se enteran ahora. Y por supuesto los habitantes originarios ni siquiera se consideraba que existieran: eran invisibles, obviamente no iban a tener un patrimonio.

Más allá de lo arbitraria que pudiera ser la selección patrimonial que hicieran, lo importante para una mirada actual es que estaban diciendo, o dando por hecho, que habían

diferentes escalas de eso que no se definía bien, de lo que era de todos y que por eso debía protegerse. Una cosa eran los objetos o propiedades importantes para un pueblo: la casa del médico, el municipio, la plaza; otra cosa era a escala de una provincia o territorio de forma que unificaba a varios grupos de habitantes, como una catedral, y otra era lo nacional, lo que debía ser de todos. El modelo no hubiera sido malo si no fuera por dos problemas: nadie se ocupó de difundirlo y apoyar que se establezca incluso en los sitios en que ya había una conciencia y hasta acciones concretas que se hubieran podido aprovechar, y por otra parte porque nunca se intentó crear conciencia entre los particulares de que no todo debía ser del Estado. La idea rectora era que para proteger la única solución era estatizar. Y la postura ideológica era el Nacionalismo clerical y militarista, como los gobiernos que, de una u otra forma, iban transitando; seguramente la lista de monumentos debía tener un 80 % entre ambos, o más.

La Comisión Nacional con los años pasó por muchos cambios, el peronismo la desmanteló e intervino, la Revolución Libertadora la hizo regresar a las ideas de veinte años antes, y más que nada se separó la capacidad de gestión y selección del uso efectivo del presupuesto. Este pasó a otro organismo, la Dirección Nacional de Arquitectura, donde aun sigue, por lo que cada paso es una lucha de intereses generalmente de malos resultados. Por último, la centralidad llevó a una postura absurda: el Estado Nacional no mantenía relación alguna con los de otros niveles, ni siquiera un edificio podía tener una puerta a un terreno de otro organismo, o una ventana que abriera hacia lo que era de otro, llegando a situaciones absurdas porque en la realidad había monumentos nacionales en terrenos municipales o incluso privados. El Banco de la Provincia de Córdoba tardó la friolera de cinco años y necesitó hacer una venta al Estado Nacional, porque la provincia no aceptaba simplemente transferir la Posta de Sinsacate a la Nación para preservarla. A nadie le importaba si todo se derrumbaba, era otro partido político, era otro sector del gobierno; ni ellos lo preservaban –no veo porqué no podían haberlo hecho-, ni firmaban el traspaso. A nadie se le ocurría que los organismos del Estado en sus diferentes instancias pueden hablar y llegar a arreglos convenientes.

Lo concreto es que cada provincia fue haciendo lo que pudo o quiso hacer –a veces nada-, incluyendo en sus constituciones o leyes algo, poco, mucho o nada sobre el

tema, y la idea de un organismo rector central, asesor y consultor, nunca existió al menos hasta hace pocos años.

Paralelo a todo esto lo que iba cambiando era el patrimonio y la sociedad. Primero se comenzó a pensar que no sólo los símbolos patrios eran importantes, el Cabildo, Tucumán y su Casa Histórica, Sarmiento y San Martín, tumbas de generales y coroneles, también la cultura en todas sus formas debían figurar, las minorías, el Federalismo, civiles que hicieron grandes obras sin necesidad de ser presidentes, hospitales, universidades o escuelas. También empezó a pensarse en el contexto, en lo que envuelve al monumento: qué sentido tenía ver al Congreso con torres detrás que le llevaban veinte pisos, como sucede en La Plata. El peronismo puso en claro que los intereses de la sociedad eran otros muy alejados de los de la oligarquía amante del arte. Luego se pasó a otra escala al comenzar a descubrirse que existían poblados históricos, lugares a veces alejados y pobres que se mantenían intactos desde hace siglos, en su arquitectura y en su forma de vida, lo que era excepcional; incluso venía gente de otros lugares a verlo. Y finalmente se asumió que los centros históricos, es decir la parte antigua de las grandes ciudades, tenían un valor que podía llegar a ser enorme, que no sólo eran lugares que mantenían su propia historicidad sino también una escala habitable, calles donde se puede caminar, luz, aire, cierta tranquilidad vecinal. Y si estaban abandonados, sucios o deteriorados era cuestión de trabajar en su mejoría, no en destruirlos, ese camino ya había fracasado. Y ni hablar del turismo y sus posibilidades económicas: nadie iba a venir a Buenos Aires a ver torres modernas.

Por supuesto esto es en la escala urbana y arquitectónica, también comenzaron a surgir otras maneras de pensar lo que era o no importante. Valga de ejemplo el que para muchos el trabajo haya sido el motor que hizo crecer el país, y ya no sólo los militares sobre pedestales: había que preservar los grandes salones donde se guardaba el tabaco en Misiones, o los galpones de esquila de Santa Cruz; era donde el esfuerzo de varias generaciones se hacía patente. Los que somos descendientes de inmigrantes: ¿acaso nuestros abuelos no entraron por el Hotel de Inmigrantes? El puerto, los empedrados, los buzones rojos de la esquina, eran referentes de la memoria, eran parte integrante de la memoria colectiva. ¿Y las luchas sociales? ¿Y la fuente de Plaza de Mayo? ¿Y la plaza en

que estuvieron los Talleres Vasena en que comenzó la Semana Trágica de 1919? ¿y el tranvía?

La llegada al final del siglo XX encontró al país sin una estructura capacitada para darle cabida a este tipo de cuestiones, las cosas las superaban, y las provincias se debatían entre dejar todo en manos de los municipios o asumir responsabilidades imposibles. Y la crisis del patrimonio se hizo evidente porque el tema ahora ya estaba en manos de una nueva generación que se había formado en cursos especializados. Ya existían carreras de grado y posgrado que formaban restauradores y conservadores; no era cuestión de saber o creer saber, de ser culto o muy ilustrado. Cuando uno tiene un problema en el hígado sabe que va al médico no al ingeniero; ahora cuando hay problemas con el patrimonio se llama al experto; y este fue un cambio muy grande en una sociedad acostumbrada a vivir del gasto público, muchas veces corrupta o incompetente. Veremos ejemplos de todos estos casos.

Así, de esta manera, los diarios de hoy en día incluyen al patrimonio, lo definan como quieran, todos los días; hace veinte años hubiera sido impensable que alguien discutiera una demolición. No fue fácil, fue el esfuerzo conjunto de mucha gente que quería una ciudad mejor, algunos incluso se jugaron la vida; absurdamente cuando en la década de 1970 se estableció que un sector del llamado San Telmo no pudiera ser demolido, al responsable se lo amenazó en público y hasta por escrito de matarlo y tirarlo al río. Hoy puede parecer absurdo porque los negocios inmobiliarios aprendieron a generar ganancias usando al estado y al patrimonio, valgan Puerto Madero y el Abasto de ejemplos de desplazamiento de su población y demolición de edificios históricos para hacer obras nuevas para una clase social diferente. Pero ese es ya otro tema.

El hoy nos encuentra en una encrucijada: hay profesionales pero en su mayoría detentan cargos administrativos sin efecto concreto, o puestos políticos en que lo que interesa no es precisamente cuidar una herencia de cultura. Por otra parte una masa de empleados públicos de toda categoría que, en diferentes posturas, hacen lo que pueden sin conocimientos específicos. Imaginamos un tema posible: una auditoría a un museo. ¿Quién puede decir si los cuadros colgados de la pared son auténticos, o los reemplazaron por copias? A lo mejor las cantidades de objetos cierra, pero ¿y si nada es lo que debiera ser? Una casa es parecida a otra, una construcción de finales del siglo XIX en un barrio es eso,

una casa vieja que puede o no ser interesante de conservar. En San Telmo sería impensable demolerla; no sólo por las leyes que lo impiden sino por el contexto del cual forma parte; su valor no es intrínseco, no se mide en metros cuadrados si no en significación para toda la ciudad. El Cabildo es una reconstrucción hecha en 1940, como arquitectura no tienen valor en sí mismo; su importancia está en algo que va mucho más allá de lo material.

Una anécdota lejana: la ciudad de Bonn, que fuera capital de Alemania Occidental antes de su reunificación en 1991, tiene un centro histórico absolutamente cerrado al tránsito. No es por falta de calles ni porque sus edificios no hayan sido reconstruidos en su mayor parte después de la Segunda Guerra Mundial, sino por ser precisamente eso, el centro histórico. Este anillo perimetral con que lo han cerrado generó enormes problemas de estacionamiento en su periferia, lo que es lógico. Ante la pregunta de porqué no se tomaban medidas para evitar el atascamiento en torno a él –atascado como se entiende en el Primer Mundo, no en el Tercero, entendámonos-, la respuesta fue: “El automóvil es un invento reciente, no tiene siquiera un siglo, mientras que la ciudad antigua tiene más de mil; arruinarla por algo que tiene un futuro corto, quizás de menos de otro siglo, sería demencial”. ¿Algún funcionario nuestro podría imaginar esto?

Otra anécdota: los valores de las casas en muchas ciudades y pueblos de Europa o Estados Unidos no se miden en metros cuadrados sino en años. Cada año más de antigüedad sube el valor en un porcentual, una propiedad de cien años vale quizás diez veces más que otra similar moderna.

Y más: los pueblos de Inglaterra que se conservan intactos desde hace siglos sin leyes escritas que los regulen. Quien modifique una fachada o siquiera intente pintarla diferente, tendrá al instante el rechazo de su comunidad: nadie le venderá nada, nadie le hablará, los hijos tendrán problemas en la escuela, el colectivo se negará a parar en esa cuadra, le tapan la salida del garaje todas las mañanas. Si siquiera una empresa de colectivos quiere aumentar la frecuencia de sus recorridos, debe pedirle autorización a las asociaciones vecinales por donde transita, no al municipio.

En nuestro Casco Histórico un permiso de obra se da en un par de meses; en Noruega lleva siete años; y los capitalistas de verdad son ellos. ¿Vale preguntarse el porqué? En la respuesta está nuestra interpretación del patrimonio.

Y para entender porqué criticamos ciertas acciones que supuestamente ayudan o apoyan su crecimiento y uso, tenemos el ejemplo de la calle Caminito en el barrio de La Boca. El conocido pintor Quinquela Martín estuvo por años presionando a las autoridades municipales para crear un museo de bellas artes en La Boca, lo que por suerte finalmente logró; pero más que nada su interés estaba en poder usar un tramo de ciudad como obra de arte abierta; lo que hoy es Caminito, basado en la letra de un tango de Juan de Dios Filiberto. La idea era verdaderamente genial: una calle relicto del ferrocarril que aun tenía en ambos lados casas de chapa tradicionales, para pintarla –artista al fin- y revalorizarla como lugar identitario, turístico, representativo de lo que al menos él creía que era esa zona. Impulsó el proyecto y en 1959 se hizo la transferencia del terreno al municipio, se lo conservó en el estado original y el pintor decidió de qué colores pintar las paredes². Esto hay que explicarlo ya que si bien algunas casas de chapa de la zona eran pintadas, de rojo por ejemplo, no era ni habitual ni una norma, es más, era una rareza; pero Quinquela lo retomó como elemento para destacar un tipo de arquitectura que consideraba pobre, de segunda categoría, deslucida en sí misma y además gris, y darle el toque de unicidad que justificara su elección como algo digno de ser preservado, *de darle un valor agregado*. Hacerla más importante. El mismo lo cuenta al decir que desde “todas las casas que se construyan en reemplazo de las actuales, llamadas a desaparecer, y aquellas que deban ser reformadas o ampliadas, deberán ser pintadas con colores de acuerdo a las normas que fije una comisión integrada por representantes de la intendencia, del Concejo (Deliberante) y por mi”³. Nunca habló de preservar algo único, importaba la imagen del lugar, no el lugar.

Así se creó Caminito, así se inventó un mito porteño, porque conservar las casas de chapa no era ni para él ni para el municipio suficiente patrimonio, no las consideraban notables ni únicas –aunque sí lo eran por cierto-, creyeron necesario darles mas fuerza, pintarlas de rojos y amarillos, que fuesen únicas aunque históricamente falsas. *La verdad no alcanzaba*, era necesario crear un boquense acorde a las exigencias intelectualizadas de los artistas venidos de París, no a las de la verdad. Hoy tenemos un Caminito inventado y casi ya no quedan casas auténticas de la Boca; la última cuadra entera que quedaba fue destruida en el año 2005.

² Andrés Muñoz, *Vida de Quinquela Martín*, 5ta. edición del autor, Buenos Aires, 1971 (la primera es de 1949)

³ Ídem, notas de las pags. 238, 241 y 255

II

Una historia patrimonial antigua: la Casa Histórica de Tucumán

La Casa Histórica es la construcción más conocida del país; repetido el dibujo de la fachada hasta el cansancio por todos los niños de los colegios y reproducida al infinito en monedas y billetes, pocos son los que saben que sólo es una copia de la casa original; es más, ni siquiera es una buena copia, es algo que se parece bastante a la única foto que existía cuando fue demolida⁴.

La casa original había sido construida por la familia Bazán y ocupaba prácticamente la mitad de la manzana, cambiando y consolidándose en su distribución y formas a partir de la década de 1760 sobre algunos locales preexistentes, mientras que el resto del solar fue fraccionado entre miembros de la familia. La casa estaba compuesta por tres sectores de cubierta a dos aguas dispuestos paralelamente a la calle con un gran portal a la calle que concentraba la ornamentación. Ese portal barroco estaba compuesto por la puerta de acceso enmarcada por dos columnas salomónicas, sosteniendo un arquitrabe que se elevaba sobre la clave para albergar el escudo familiar. Sobre el pabellón de la calle se ubicaban también dos cuartos de alquiler, cosa habitual en su tiempo. Los techos de tejas se asentaban sobre cañas y tirantes de madera; los gruesos muros eran de tapias de barro con los vanos de ladrillo, estaban revocados con barro y blanqueados a la cal. El sector correspondiente al zaguán y los dos cuartos que lo flanqueaban tenían muros y bóvedas de ladrillos. Los pisos de los locales principales eran de baldosas de barro cocido y los patios de tierra.

⁴ Juan Carlos Marinsalda, *La casa histórica de la independencia de 1816 y la reconstrucción* de Mario J. Buschiazzo, *Anales del Instituto de Arte Americano* nos. 31-32, pp. 107-125, 1996/7; Roberto Zavalía Matienzo, *La Casa de Tucumán, historia de la casa de la independencia*, Archivo Histórico de Tucumán, 1969; Carlos Páez de la Torre, *La Casa Histórica a través de los años*, edición del autor, Tucumán, 1986; Guillermo Furlong, *La Casa Histórica de la Independencia*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1971

A partir de 1812, tras la batalla del Campo de las Carretas, Tucumán debió albergar a los emigrados del Alto Perú, Salta y Jujuy y al derrotado Ejército del Norte de cerca de tres mil hombres. Esta multitud fue alojada en diversas casas de la ciudad entre las que se encontraba la de la viuda de Laguna-Bazán. La casa devenida entonces en cuartel alojó a las tropas hasta 1815, sufriendo importantes deterioros. El gobernador decidió repararla por cuenta del Estado y alquilarla para instalar la Caja General, la Aduana Provincial y los Almacenes de Guerra. En febrero de 1816 la casa fue destinada por el gobernador para sede del Soberano Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Se realizó entonces una nueva intervención que consistió en la reconstrucción de la cubierta del salón y la demolición del tabique que lo separa del cuarto contiguo para generar un ambiente más grande. Las carpinterías de la casa se pintaron con azul de Prusia. El salón de sesiones contaba entonces con cinco puertas y una ventana que lo vinculaban con las galerías y antesala y una barra con puerta para el público. El Estado se encargó de equiparla adquiriendo desde las sillas y mesas hasta los candeleros de la guardia, haciéndose cargo también de los sueldos de los diputados, edecanes, prosecretarios, portero y sirvientes.

En febrero de 1817 el Congreso se trasladó a Buenos Aires autorizando la venta de todo el mobiliario, pero el edificio continuó alquilado para el funcionamiento de la imprenta y almacén del ejército. Una vez vuelta a su función de vivienda con locales de alquiler al frente, la sala comenzó a compartir su carácter doméstico con el cívico, al ser utilizada eventualmente por las autoridades provinciales para evocar el evento histórico. Ese carácter del salón como ámbito ritual fue consagrado al ser presentado un proyecto para que la Sala de Representantes de la Provincia prestase juramento a la Constitución Nacional en el salón el día 9 de Julio de 1853.

La reparación de 1815 y la reforma de 1816 habían respetado los rasgos arquitectónicos de la casa colonial, pero la arquitectura oficial tenía que representar los ideales de la Revolución y el estilo más apropiado era el neoclásico, el que estaba siendo introducido en el Río de la Plata desde principios de siglo. En la casa las celebraciones cívicas requerían del apoyo escenográfico que representara los ideales de la Revolución, así en 1828 se cubrió el naranjo del patio con un bastidor recreando una pirámide y en 1834 un pintor francés proyectó una escenografía que evocaba un templete clásico para el interior del salón. Alrededor del año 1839 la casa volvió a ser propiedad privada y se realizaron

nuevas intervenciones para reparar los sectores ruinosos, especialmente las cubiertas, en las que se reemplazó el cañizo por tablonos. Es probable que este sea el período en que el color azul de las carpinterías se cambió por rojo a causa de la ocupación de la ciudad en 1841 por las tropas federales. También en este período se demolió el pabellón de servicio y se construyó una nueva cocina en el lado norte del segundo patio junto a un nuevo pozo con brocal, permaneciendo la huerta separada por un muro, aparentemente restos del antiguo pabellón; también fue tapiada la gran puerta de la sala hacia el segundo patio. En 1853 la casa estaba nuevamente en estado ruinoso; por entonces ya se habían demolido todas las bóvedas al unificarse el local comercial al frente y el cuarto al sur del zaguán. Este proceso de decadencia continuará hasta la adquisición por parte del Estado Nacional.

En el período transcurrido entre 1861 y 1876, junto con la destrucción del portal colonial se generaron todos los elementos para la invención de la historia mítica de la casa. Esta operación consistió en la apropiación de la historia por un grupo de familias de la élite tradicional tucumana, que procedió a desdibujar el papel del Estado reemplazándolo por el supuesto aporte desinteresado y patriótico del grupo. Así, Francisca Bazán habría cedido su casa gratuitamente y los vecinos y órdenes Dominicas y Franciscanas habrían prestado sus muebles. Por supuesto que todos esos testimonios materiales, desde la casa a los sillones y mesas ya se encontraban en poder de esas familias y órdenes religiosas, algunos obtenidos en 1817 al retirarse el congreso. Para confirmar y legitimar estos hechos existía un documento presentado en 1861 por las propietarias de la casa con el fin de evitar el pago de impuestos, proponiendo elevarla a la categoría de Santuario. En el segundo párrafo decían que “la conservamos en la misma forma que tuvo en aquella época memorable de la historia Argentina ... cuando tenemos la conciencia de merecer algún galardón por el servicio de la casa en aquel tiempo, hasta ahora no remunerado y por su esmerada conservación”. Por supuesto lograron evitar impuestos para siempre.

La primera historia del Congreso y de la casa fue escrita por Paul Groussac en 1876 y publicada años más tarde; en ella dedicaba algunos párrafos para describirla y para hacerlo tomó como referencia el estado que ésta presentaba poco antes de la demolición del frente y los datos transmitidos por la tradición familiar. Esa historia tendrá su testimonio gráfico en el difundido pórtico ruinoso con puertas verdes y muros amarillentos. El diputado tucumano Tiburcio Padilla presentó en 1868 en el Congreso Nacional un proyecto

de expropiación para instalar las oficinas del Correo, Telégrafos y Juzgado Federal y en el tratamiento de la ley, Bartolomé Mitre planteó la necesidad de rendir culto a la memoria de los grandes hombres conservando objetos y los locales que hubieran habitado, como una manera de rendir culto a “esa religión de los recuerdos grandes de la patria”, en lo que fue secundado por José Mármol, pero no pasó de ahí. Durante la presidencia de Sarmiento fue sancionada una ley dando al Poder Ejecutivo la autorización para adquirir la Casa Histórica⁵ y a disponer "lo relativo a la conservación del edificio por cuenta del Gobierno Nacional", siendo éste el primer antecedente de una acción de esta naturaleza por parte del Estado nacional destinada a conservar el patrimonio arquitectónico. En 1872 se la encuadró en otra ley que autorizaba al Ejecutivo a adquirir edificios en el interior para destinarlos a oficinas de correos y juzgados federales.

Finalmente en 1874 se firmó la escritura de compra y de inmediato, absurdamente, se decidió demoler gran parte, incluida la fachada; y esto era durante la presidencia de un tucumano, Nicolás Avellaneda. La oficina de Ingenieros Nacionales procedió a preparar un proyecto de "arreglo" para adaptar la casa a su nueva función el que comprendió la demolición y construcción de un nuevo frente y de toda el ala norte del primer patio. Comenzaron las obras proyectadas por Pompeyo Moneta y dirigidas por el ingeniero sueco Federico Stavelius, de la delegación local de la oficina de ingenieros nacionales. La fachada se hizo en estilo neo-renacimiento italiano de acuerdo a la arquitectura oficial de la época. El sector nuevo fue cubierto con azotea y los techos de tejas fueron ocultados tras un antepecho y cornisa que unificaron el conjunto. Como era habitual, todo el material de la demolición pasó a ser propiedad del contratista⁶. La prensa local de la época hizo críticas a la obra, observando el descuido hacia la parte sobreviviente del edificio, aunque sin considerar la pérdida de la tradicional fachada como un problema relevante. Con los años diversos trabajos de refacción y ensanche se sucedieron y el salón principal fue restaurado y equipado con cuadros de algunos congresales. Finalmente, en 1896 el correo abandonó el edificio por críticas que presentó Estanislao Zeballos⁷, quedando el mismo bajo la simple responsabilidad de sus cuidadores que enseñaban a los

⁵ Ley 323/69, firmada Sarmiento y Vélez Sarsfield

⁶ José María Peña, La casa de Tucumán: su refacción en 1875, *Anales del Instituto de Arte Americano* no. 24, pp. 104-107, 1971

⁷ Su propuesta de restaurar el gran salón, limpiando, blanqueando y colocando muebles adecuados fue aprobada, pero al sacar al Correo el edificio quedó vacío, lo que posiblemente fue más dañino

visitantes el salón; es decir, ya no lo cuidaba nadie. Un detalle llamativo de la fachada nueva fueron los dos grandes leones que, colocados sobre el friso, guardaban el acceso, ya que éstos eran los símbolos con el que los hombres de la Revolución de Mayo identificaron al absolutismo español. Parece que eso no lo percibió Stavelius, quizás porque en el escudo de su país los leones tienen un sentido diferente.

Avellaneda, quien sí estuvo en la Casa Histórica, incluso fue el primer presidente que fue a verla, con los años diría cosas en relación a conservar la arquitectura que resultan interesantes de analizar: “La Nación había adquirido la casa dentro de la cual se encuentra el salón en que fue leída y jurada el acta de nuestra independencia, y desatendiendo proyectos de construcciones fastuosas dispuse como Presidente que fuera aquel religiosamente conservado. Uno o dos años después (...) penetrábamos todos con la cabeza descubierta y el semblante recogido, dentro del recinto del viejo salón, con sus paredes macizas de barro y sus rústicos tirantes doblados y ennegrecidos por el tiempo. (...) Teníamos una representación real de las dificultades y los tiempos en medio de los que se reunió el famoso congreso”⁸. Lo entendemos precisamente en las palabras de Avellaneda: lo que conservó fue el salón, no la casa, lo que importaba era sólo ese fragmento, esa “representación”, el resto no hacía falta: por eso años más tarde se le podría poner un templete encima, guardar el salón solitario dentro de una cajita de cristal.

En 1872 Arsenio Granillo publicó el libro *La provincia de Tucumán* que fue ilustrado por primera vez con fotografías tomadas en 1869 por el italiano Ángel Paganelli, comenzando de este modo la difusión de la imagen ruinoso del portal, únicas tomadas antes de la demolición. En 1895 ingresó en el Museo Histórico Nacional un óleo de Genaro Pérez pintado en base a la foto de Paganelli, el que fue ampliamente difundido y legitimará la imagen del portal en ruinas con los muros color amarillo y las puertas verdes. Sin embargo, el demolido frente colonial había sido recuperado como símbolo de la Independencia primero en la misma casa ya que al llegar en 1893 la primera peregrinación estudiantil de la Unión Universitaria se instaló sobre el despojado frente del Salón un telón pintado recreando el ruinoso pórtico a escala natural y luego, en 1898, al adoptar la municipalidad el escudo diseñado por el español Paulino Rodríguez Marquina, en el que se utilizó el pórtico colonial ruinoso como emblema. Con la primera peregrinación comenzó también el

⁸ *Revista Nacional*, tomo XIII, pp. 20-24, 1891; también en Rómulo Zabala, 1960, op.cit, pag. 113-114

rito de la ofrenda de placas conmemorativas, algunas de las cuales también recreaban el pórtico. Con los años la fachada en ruinas congelada en la foto pasaría a medallas, monedas y billetes, como ícono nacional.

En 1904, durante la presidencia de otro tucumano, el general Roca, se consolidó el modelo liberal en todo el país; la arquitectura oficial debió responder a nuevos programas con nuevas tecnologías, con un nuevo lenguaje que desplazó definitivamente las características regionales tanto físicas como culturales. La Casa Histórica ya transformada, estaba nuevamente en ruinas y fue objeto de una nueva intervención, siendo demolida casi en su totalidad. Se conservó sólo el Salón Histórico reducido a su mínima expresión, protegido dentro de un monumental templete con cubierta de vidrio al estilo de los pabellones de las exposiciones internacionales. Este se retiraba veinte metros de la línea municipal y estaba precedido por un atrio con dos bajorrelieves de bronce aplicados a las medianeras, obra de la escultora tucumana Lola Mora. De este modo se destruyó la tipología de una casa de patios y su relación con el espacio urbano, tendiendo a concebir desde ese momento al monumento como un edificio exento. El coleccionista Agustín Gnecco adquirió la puerta del paso entre los dos patios y la trasladó a su colección particular en San Juan; con la demolición del correo habían caído también los dos leones guardianes, pero sugestivamente el pabellón que protegía el recinto fue rodeado por setenta y seis cabezas leoninas; la nueva fachada era un pórtico barroco de difícil adscripción estilística, por así decirlo.

Si la destrucción de la fachada en 1875 resulta inexplicable, más habiéndolo hecho en aras de lo que en ese momento se intentaba como una conservación de algo significativo, lo de 1904 resulta absurdo desde todo punto de vista. El texto mismo de quienes lo hicieron lo dice: “las demoliciones comprendieron la mayor parte del edificio viejo” entendiéndose que en su mayor parte sólo tenía treinta años de construido; pero la hechura del templete fue justificada porque el “salón debido a la acción del tiempo y de los materiales deficientes con que esta hecho, había sufrido deterioros de tanta importancia que las reparaciones que pudieran hacerse no serían bastante para asegurar su estabilidad (...). La única manera de conservar ese Salón era la de preservarlo de los agentes atmosféricos”. En síntesis, estaba tan mal que lo dejaron tal como estaba sin hacerle nada, aunque tapado con un techo de vidrio, lo que muestra que todo era una justificación para una decisión ya

tomada⁹. Por cierto varios habían previsto que el futuro iba de mal en peor y varios años antes de la demolición total, Juan Guastavino escribió, entendiendo que el valor estético no debía superar al histórico, que: “Sustituid por un monumento arquitectónico moderno el viejo caserón donde se juró la Independencia, y decidme qué le habréis dejado al hijo de Tucumán, (...) el fenómeno será cruel”¹⁰. Pero así fue.

Luego vendrían tiempos peores: ahora que existía el templete monumental y la casa se había transformado en lo que realmente querían que fuera, había que construirle un entorno digno. La oportunidad vino con la proximidad del Centenario de la Independencia. Primero en 1915 con un proyecto de avenida vinculando la casa con la plaza Humberto Primo que abriría el acceso a un atrio a la parte posterior del templete –¡si, se daba vuelta la entrada al edificio!-, al ser expropiado el lote ubicado a espaldas permitiendo de esa forma el acceso por atrás. Ni ese ni ninguno de los otros proyectos que hubo se concretó más allá de la compra del terreno por el gobierno provincial, que no le dio ninguno de los usos previstos, ni ningún otro siquiera. El periodo comprendido por los dos centenarios, 1910 y 1916, que terminó con la crisis del modelo liberal accediendo el Radicalismo al gobierno, generalizó un creciente interés hacia las raíces hispanoamericanas impulsado por el riojano Joaquín V. González y su libro *La tradición nacional* y por el tucumano Ricardo Rojas, quien en 1909 había publicado *La Restauración Nacionalista*, si bien esto es adelantarnos en nuestro tema. En el campo arquitectónico, la corriente neocolonial fue impulsada por los arquitectos Martín Noel, Ángel Guido y Juan Kronfuss. Este último hizo un dibujo en 1916 del pórtico de la Casa Histórica el que al difundirse fue promoviendo el ingreso de la imagen mítica de los textos escolares y revistas infantiles al campo de la teoría arquitectónica. Ese portal de Kronfuss reproducía fielmente los detalles ruinosos de la fotografía completando la decoración de los capiteles, pero se la representa descontextualizada, ya no como parte integrante de una vivienda sino elevada a la categoría de la ruina de un gran arco triunfal. En 1927, Guido hizo una "invocación al mito de la argentinidad" al recrear el pórtico en el frente de la casa de Ricardo Rojas en Buenos Aires, donde procedió a enfatizar los elementos formales que lo identifican, resaltando las columnas salomónicas respecto de las pilastras que las contenían. A escala urbana en 1938 Guido concluyó el Plan

⁹ Ministerio de Obras Públicas, *Memoria al Honorable Congreso 1901-1904*, pags. 36-37, Imprenta de Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1905

¹⁰ J. E. Guastavino, *Pirámides y picos* (1901), pag. 400

Regulador de Tucumán, en el que proyectó un Centro Histórico Monumental con una enorme avenida central que nuevamente vinculaba la plaza Independencia con la plaza Humberto Primo pasando por el fondo del terreno. Esta Sistematización Monumental de la Casa Histórica de Tucumán, porque nombre sí tenía, consistía en la reconstrucción idealizada del primer patio de la casa y la construcción de una gran "piazza cerrada" vinculada con la avenida central por dos arcos de triunfo. En la plaza proponía levantar un edificio que albergara a las Oficinas Nacionales en una casi copia del cabildo de Buenos Aires. Los demás edificios se resolvían en arquitectura neocolonial con recovas, liberando a la Casa Histórica de los "efímeros estilos caóticos, mercantilizados y sin dignidad artística" que la rodeaban, inspirado en el "moderno plan regulador de Roma". De este proyecto, por suerte, sólo se llegó a abrir una cuadra de avenida frente a los tribunales, la que aún hoy no se ha consolidado.

Luego de la exitosa reconstrucción del cabildo de Buenos Aires en 1940 –también había sido demolido y alterado lo poco que quedaba-, se pensó en la posible reconstrucción de la Casa Histórica. Esto presentaba una situación complicada debido a su desaparición material casi total, pero con un valor simbólico muy alto e instalado en la comunidad, lo que podría superar esa falencia. Se formó en 1940 con ese fin una comisión integrada por Levene y Buschiazzo por la Comisión de Monumentos, Martín Noel por la Academia Nacional de la Historia y Alejandro Figueroa, Director Nacional de Arquitectura. Si bien es probable que la decisión de la reconstrucción total ya hubiera sido tomada antes de comenzar los trabajos de investigación, Levene usó como excusa el planteo “de la extensión del carácter sacro” a toda la casa, al asegurar que las primeras sesiones se habían realizado en los locales del frente, por lo que éstos debían ser reconstruidos y que con mantener la sala de reuniones no era suficiente; aunque hoy parece ridículo que haya sido necesario justificar la obra, pone en relieve lo adecuada de la decisión.

Buschiazzo procedió a buscar toda la información que permitiera un proyecto de reconstrucción reduciendo al mínimo toda posibilidad de “*caer en fantasías y falsedades*”¹¹. Para legitimizar este proyecto recurrió como siempre a tres fuentes: la documentación gráfica, la historia oral y a los testimonios materiales. La documentación gráfica contempló los planos que se encontraban en el archivo de la Dirección Nacional de

¹¹ La Casa Histórica de la Independencia, en *El Congreso de Tucumán*, Buenos Aires, 1966, pág 378

Arquitectura y las conocidas fotografías de Paganelli, junto con otra toma que existía del segundo patio. Como el objetivo del proyecto era reconstruir la casa de 1816, pero la documentación gráfica y la imagen simbólica correspondían a la ruina de 1870, Buschiazzo –este fue quizás su único error-, no avanzó en la investigación de fuentes primarias y decidió legitimar el proyecto descartando que la casa hubiera evolucionado entre ambas fechas, apoyándose para ello en la historia mítica. Esta posición implicaba, o reconstruir el frente donde sesionó del año 1816 o la ruina que evocaba ese hecho histórico y que estaba instalada en el imaginario. El testimonio de que ambas posturas estuvieron presentes es que tanto la maqueta del anteproyecto como los planos del proyecto de la fachada reproducían el estado ruinoso de las fotos de Paganelli, pero finalmente se decidió recrear el frente de 1816 pero con los muros color crema. Ya hemos visto que en el caso del cabildo de Buenos Aires siempre había licencias que se tomaban si bien con seriedad, cubrían temas que no estaban del todo claros o porque primaban situaciones de estética o de la imagen del monumento que se quería dar.

En cuanto a los testimonios materiales se procedió a la adquisición de tejas, rejas y carpinterías provenientes de la demolición de una casa que había pertenecido al obispo Piedrabuena y cuya similitud le hacía suponer que era obra del mismo alarife. También se gestionó la compra de otros materiales “para poder dar así a la reconstrucción la fidelidad más absoluta y el sabor de época que las estructuras imitadas no consiguen dar, por hábil que sea su ejecución”. Buschiazzo intentó recuperar la puerta interior adquirida por Agustín Gnecco en 1904 en la creencia de que se trataba del portón de acceso de la foto, pero ante la imposibilidad siquiera de poder observarla se iniciaron acciones legales para obtener la devolución; años después fue adquirida por el museo de Luján. Pero sin duda el testimonio material que permitió concretar el proyecto fue el hallazgo de los cimientos de la casa pocos días antes de comenzar los trabajos de reconstrucción. La opinión pública era, en general, favorable a la idea de la reconstrucción, pero no faltó quien se opusiese, especialmente el entonces obispo. Según Buschiazzo: “Con la seguridad de que los planos preparados eran expresión fiel de lo que había existido, quien esto escribe, en compañía de su colaborador Jorge Corbes y otros técnicos del Ministerio de Obras Públicas, citó a los periodistas y fotógrafos de los principales diarios e hizo trazar con tiza sobre el embaldosado del patio el perímetro de los desaparecidos muros. A continuación varios

obreros comenzaron a levantar las baldosas y ante el asombro general aparecieron todos los cimientos de la casa, exactamente en los lugares señalados con tiza. La batalla estaba ganada (...). Al día siguiente los periódicos publicaron la noticia y las fotos, y desde entonces todo marchó sobre carriles. Puedo asegurar por lo tanto que la reconstrucción de la casa se hizo sobre los cimientos auténticos"¹².

Aunque en realidad los cimientos de ladrillos que descubrió debieron haber sido los del edificio del correo, luego de ese espectáculo que servía al doble propósito de llamar la atención sobre el proyecto y su base científica, toda la casa se reconstruyó sobre el resto de los cimientos existentes y que coincidían con los planos. El ajuste de Buschiazzo a la base documental de 1870 fue riguroso de manera que no reconstruyó los sectores no asentados en el plano aunque existieran arqueológicamente; eliminó elementos que subsistían probablemente desde 1816 como el antiguo brocal del aljibe que aún se conservaba en el sector de la huerta. Se conservó el salón histórico tal como estaba, es decir sin rehacer el muro divisorio original. Los datos de la fachada que entonces no pudieron ser confirmados, como la forma del escudo y los capiteles, no fueron reconstruidos. Probablemente por no poder confirmar el mítico color verde de las carpinterías, éstas no se pintaron. Los muros fueron construidos con ladrillos respetando los espesores de los muros de tapia y las cubiertas de tejas se asentaron sobre barro. Los trabajos fueron ejecutados por la Dirección Nacional de Arquitectura con la conducción de Amílcar Zanetta López y se inauguraron en 1943 con la presencia del general Pedro Ramírez. Como gesto que se consideró patriótico sólo se permitió trabajar en la reconstrucción a obreros argentinos.

Si la historia mítica y luego oficial de la casa del congreso ya había sido apropiada por un grupo social local en el siglo XIX, el testimonio reconstruido comenzará a ser apropiado por distintos sectores políticos y sociales como instrumento de legitimación, lo que producirá niveles de intervención que se incrementarán desde el aspecto simbólico hasta llegar a la escala urbana. En 1948, luego que la provincia transfiriera a la nación el terreno adquirido en 1916, la DNA había reinstalado los bajorrelieves de Lola Mora en un Patio de Honor a escala monumental.

¹² Idem, pág 379; también en Mario Buschiazzo, *Argentina: monumentos históricos y arqueológicos*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1959, pag. 80 y en Casa Histórica de Tucumán: informe del arquitecto Mario J. Buschiazzo, *Boletín de la Comisión Nacional* no. 5, pp. 374-375, 1943

A nivel urbano un nuevo plan regulador para la ciudad fue presentado en 1956 y en las mismas manzanas de la intervención frustrada de los proyectos de 1915 y 1938 se intentó la localización de un Centro Cívico Político Administrativo Regional que contemplaba la "restauración ambiental de la Casa Histórica", a la que consideraban "comprimida, desvalorizada por la edificación circundante y que ha perdido el carácter representativo que le corresponde por el valor universal que representa". El proyecto consistía en aislar completamente a la casa demoliendo toda la manzana, rodeándola de espacios libres y levantando en su entorno modernos edificios en altura para crear "un ambiente digno y austero". Esta propuesta, por suerte como con las anteriores, tampoco se realizó, pero ese nuevo modelo urbano ya estaba siendo aplicado en toda el área central de la ciudad mediante ordenanzas de retranqueo obligatorio, cuerpos salientes, marquesinas y carteles, que no respetaban al modelo histórico, provocando la progresiva degradación del paisaje urbano. Es decir, a la vez que se quería revalorizar se destruían no sólo los edificios de época sino también todo su contexto.

III

Una historia moderna: acciones destructivas en la iglesia de San Ignacio, Buenos Aires (1993-2007)

En 1993 la Dirección Nacional de Arquitectura organizó una fiesta en el mejor estilo del gobierno de Carlos Menem, para celebrar el final de la restauración de la iglesia de San Ignacio de Buenos Aires, sin duda la más antigua que se conserva en la ciudad sin entrar en detalles de qué es original y qué rehecho. Uno podría preguntarse para qué celebrar lo que es el trabajo que debe hacer esa dependencia, pero esa es otra historia. Fue tal la alegría que hasta se editó a color un folleto con los nombres de los participantes de las obras, empresas, organismos y ni siquiera se cuidaron de no decir que la obra había costado la friolera de 277.178 dólares¹³. Por supuesto muchos otros organismos participaron del evento y obras.

Sin entrar a analizar quién es quién en esa obra o lo que se hizo, lo que nos importa es que ese edificio, cuya obra se iniciara en 1686 siendo la más antigua que nos queda en la ciudad, parecía que así quedaba protegida por muchos años hacia el futuro y que sus problemas habían sido resueltos. Tanto que se habían tomado decisiones –yo mismo fui parte-, como tapar las supuestas juntas de símil piedra de las paredes externas que habían sido colocadas en 1900 y le daban un carácter exótico y desnaturalizado. Es decir, estábamos incluso preocupados por detalles pensando que los grande temas estaban en manos de expertos. Grave error.

Sólo un año más tarde comenzaron las denuncias sobre irregularidades y mal funcionamiento de desagües, azoteas, capas aislantes de la terraza, que el agua no bajaba por los pluviales sino que se iba hacia el centro del techo porque no se habían dado niveles adecuados. La sacristía estaba inundada en la iglesia se “*observaban importantes*

¹³ *Restauración y puesta en valor de la iglesia de San Ignacio*, Capital Federal, folleto editado por la Dirección Nacional de Arquitectura, 1993, 8 pags.

deterioros” al igual que en las galerías altas, todas por la humedad y falta de desagües eficientes¹⁴. Se hicieron una y otra inspección, todos se horrorizaron, se intimó a que la empresa resuelva los problemas, nuevas obras y así siguió por los siguientes cuatro años¹⁵. La humedad avanzaba, los arreglos se discutían, los archivos engrosaban... Los expedientes siguieron, inspecciones, críticas, culpas de unos a otros; para 1997 ya se decía que “*en relación con la cubierta del templo y de la casa parroquial la Dirección de Arquitectura confeccionó la documentación técnica para la reparación integral de la misma y de las descargas pluviales (...) esperándose el inicio de los trabajos antes de fin de año*”¹⁶. Todo terminó con lo que llevaría a los problemas posteriores y las fisuras de todo el edificio: la DNA hizo un nuevo techo, con losas de hormigón sin juntas de dilatación y sin retirar los techos anteriores, lo que produjo una sobrecarga que llegó casi al millón de kilos. Nadie era culpable de la mala obra anterior, se gastaba otra vez en obras nuevas, de nuevo mal hechas.

En la primera clase de quien estudia cómo tratar un edificio histórico se enseña que el problema central es, siempre, la sobrecarga de techos puestos uno sobre otro. Y si esta iglesia era del siglo XVII y ya tenía muchos problemas, el efecto fue fatal. Obviamente tardó en expresarse por que había una suma de problemas –napas freáticas más altas en la ciudad, incremento del régimen de lluvias, desagües que no funcionaban, y tantas otras-, pero lo que provocaba el problema parecía cada vez más venir de la sobrecarga del techo. Esto no es raro, para quien haya recorrido otros edificios de época en el continente, todos tienen tensores de hierro uniendo sus torres entre sí para evitar este efecto. En especial aparecía una larga fisura en medio de la fachada y en los arcos interiores. Pero la empresa contratista y la DNA insistían que era un corrimiento de la torre sur, la que para nosotros no estaba más inclinada que cualquier torre de iglesia de la ciudad –tampoco había datos comparativos-, y que ya había sido rehecha dos veces desde el siglo XIX a la fecha. Sólo como dato anexo, desde el 2000 había un buen proyecto para recuperar parte del claustro

¹⁴ Informe a la CNMMyLH del arquitecto santas del 25-6-94, nota de Jorge Hardoy del 16-8-94 a Luciano Mora de la DNA; nota de M. Faillace de la CNMMyLH de 11 10-95 a Mora con aprobación de obras en la azotea y solicita participar del inicio de los trabajos y hacer el seguimiento de la obra

¹⁵ Notas del 13-5-97 sobre el estado del edificio, hecho por el área técnica de la CNMMyLH

¹⁶ Informe del Área Técnica de la CNMMyLH, 13-5-1997, respuesta a solicitud 367 (absurdo, ¡el pedido era de un día después!)

que había sobrevivido para destinarlo a un museo de escultura jesuítica, y que estaba profundamente alterado, pero nunca logró concretarse¹⁷.

Durante el año 2002 fue cuando las cosas se pusieron muy mal: la fachada comenzó a agrietarse cada vez más rápido, con una primer y enorme fisura, luego varias que comenzaron a partir el frente en dos partes, luego en tres y más, en el interior los muros laterales parecían abrirse y las bóvedas y sus arcos fueron necesarias de ser apuntaladas. Las notas iban y venían, el párroco estaba desesperado, la burocracia seguía igual que diez años antes cuando se hacía la fiesta. Quizás algunos estaban más preocupados, pero se seguía haciendo papeles, no obras. La curia hizo lo menos adecuado: cambió al párroco poniendo al padre Francisco Delamer, quien por su carácter podría con el problema, pero como institución se desentendió del tema.

El día 16 de mayo de 2002 el padre hizo una nota a diferentes autoridades informando que la grieta de la fachada avanzaba a paso acelerado al igual que otras en lo que fuera el claustro, había una gran filtración de agua en el presbiterio: *“la fachada principal presenta una grieta que está trabajando ya que los testigos colocados dan prueba de ello porque se han fisurado”*¹⁸. La presidenta de la Comisión Nacional de Monumentos, ya en ese entonces Liliana Barela, cuarto funcionario en ese cargo desde que se inició el problema, le contestó urgente que se había formado un grupo de expertos y que estaban organizando una segunda reunión de trabajo para entender lo que sucedía. Otra nota, enviada a la Presidencia de la Nación, fue reenviada a la Dirección Nacional de Patrimonio y un mes después y con nota de *“Carácter muy urgente”* se le informaba al Director Nacional que efectivamente hubo una filtración de agua. Que ella afectaba el antiguo túnel del siglo XVIII que pasa debajo del presbiterio y que Aguas Argentinas, por llamado del Colegio Nacional Buenos Aires, había ya cortado el suministro de agua el día 14 pero no se había hecho nada para evacuar lo inundado¹⁹. Es decir, el problema estaba en un antiguo túnel, la culpa era de otra institución –privada-, y todo estaba terminado.

Cabe una digresión: en la llamada Manzana de las Luces existen varios túneles, algunos visitables por el turismo, que ya han sido bien estudiados. Un tramo ciertamente

¹⁷ *Propuesta para la recuperación del claustro de San Ignacio*, A. Boselli y otros, Buenos Aires, 2000

¹⁸ Carta del 16-5-2002 de la Parroquia San Ignacio de Loyola enviada al Instituto Histórico del GCBA, al cardenal Bergoglio y al “Gobierno Nacional”

¹⁹ Nota de Miguel Ángel Brignani al Director Nacional, Arq. Martín Repetto, del 18-6-2002

pasa bajo la iglesia: se inicia en el viejo polígono de tiro del Nacional Buenos Aires y llega hasta la calle Alsina, donde los caños de Obras Sanitarias lo han cortado y destruido desde hace un siglo. Esos caños cuelgan sobre el túnel sin apoyo alguno, desde antes de esta historia. Era algo que algún día iba a suceder y volverá a pasar mientras no se haga nada.

Mientras pasaba esto el cura hizo un acta protocolar ante escribano público en la cual se registraron los deterioros en exterior e interior de la iglesia. Se enumeraba desde los desagües que ya no servían, la inundación en la sacristía, las enormes grietas en las paredes, en una lista de hojas y hojas de problemas muy graves, graves y menores. Pero ahí²⁰ está el testigo documental.

En el ínterin la comisión organizada seguía reuniéndose, se integraba cada vez a más instituciones, pero no había ningún avance. El 7 de noviembre el quinto presidente de la Comisión Nacional desde el inicio de esto, esta vez Alberto de Paula, le pidió a la Dirección Nacional de Arquitectura “la intervención de la Dirección a su cargo”, si bien indica que un ingeniero de ese organismo ya estaba estudiando el tema²¹. Mientras el párroco seguía enviando notas y organizándose por su propia cuenta, y debido a su absoluta falta de idoneidad en problemas de edificios históricos –su competencia debía estar en otros temas menos mundanos–, organizó su propia Comisión Asesora sin la presencia de ningún restaurador: el Mayor Ingeniero Guerrero (valga el apellido para el cargo), y los ingenieros Goldemberg, Olivera y Del Águila Moroni con el objeto de “1) elaborar el diagnóstico de causas de la grieta, 2) lograr los medios para ejecutar apuntalamiento preventivo (...) y 3) elaborar un proyecto de recalce y puesta en funcionamiento del edificio”²². Más allá de que no había siquiera un especialista, el padre creyó que estaba en buenas manos: supongo que no sabía en donde estaba cayendo. La nota fue contestada el mismo día por la Comisión Nacional indicándole que prestaba su conformidad al diagnóstico y apuntalamiento. Pero el inquieto padre fue a ver al mismísimo Jefe de Gobierno, en ese entonces Aníbal Ibarra, a quien le describió la situación lo que luego ratificó por escrito indicando que había cumplido con los trabajos que el municipio la había asesorado de urgencia²³.

²⁰ Actuación notarial 001302649, Escribano Alfredo Cuerda, 16-9-2002

²¹ Nota a la DNA de la CNMMYLH no. 690, del 7-11-2002 ingresada a la DNA el 8-11-2002

²² Carta de Belamer del 27-5-2003 (corregido al 29) al arq. Alberto de Paula

²³ Carta a Aníbal Ibarra ingresada el 27-12-2002, Mesa de Entradas, GCBA, firmada Liliana Mancuso, secretaria parroquial

Por supuesto el paso siguiente era el esperado, dejar pasar nuevamente varios meses sin hacer nada para que llegado el año siguiente poder proceder a llamar a la Guardia de Auxilio del Gobierno de la Ciudad para pedirle que apuntalen el frente, ya que los que habían asumido el compromiso no lo pudieron hacer. En el ínterin la Legislatura aprobó el cierre de la calle, que de hecho lo estaba haciendo. En enero la Directora de Patrimonio, Nani Arias, le informaba al cura que nada podía hacer, finalmente, porque “carece de presupuesto destinado a obras”, y le recordaba que los daños eran responsabilidad del propietario, en este caso, la iglesia misma. Se cerraba el camino de forma definitiva por ese lado en este nuevo año.

El padre Belamer hizo el 4 de julio de 2003 la solicitud junto con una nueva carta a la Comisión Nacional pidiendo cateos en el techo, calicatas en los pisos y muestras de mampostería para estudiar su resistencia. Era obvio que nadie sabía cómo se estudiaba un monumento histórico y daban manotazos de ingeniero estructural desesperado²⁴.

En el ínterin se hizo un informe meditado y valiente del Centro de Arquitectos, Ingenieros, Constructores y Afines²⁵. Resulta muy interesante ya que denomina a las obras de 1997, y las de 1993, como “Disparate Máximo”, ya que no sólo fueron hechas en contra de las normas y la lógica sino que ni siquiera había impermeabilidad en los techos o los desagües no recibían el agua de lluvia; es decir que había que realizar la demolición urgente de las obras del techo, entre otras cosas, y comenzar de nuevo de manos de un especialista. Además, “el haber ejecutado un segundo techado de hormigón sin demoler el primero, ya fue la obra más disparatada”, agregándole 660 mil kilos de sobrecarga. Y el tercer techo, el de 1997, era de una ignorancia imposible de imaginar: “es la suma de los disparates técnicos”. Resultado: se trataba de un tema delictivo y ya no técnico, lo que no era una acusación menor. Que sepamos nadie fue preso por estafar al fisco. Tampoco a nadie se le ocurría que hacer pozos de estudio en el atrio e interior implicaba la obvia presencia de un arqueólogo, nadie se acordaba que el motivo de todo esto era que el edificio era un monumento histórico; ya se había transformado en un simple obra. Y le indicó a la DNA y la Comisión Nacional que ellos harán “un programa de ejecución de los trabajos necesarios para su restauración y puesta en valor”, lo que nunca sucedió pese a la claridad con que

²⁴ La *Intimación a la Guardia de Auxilio* del 4-7-2003

²⁵ Entregado el 7 de octubre de 2003

vieron el problema. Mientras tanto las notas siguieron y siguieron, se pidió apoyo a terceros y cuartos pero nada sucedía en concreto²⁶.

La primera etapa arqueológica, que hicimos casi de contrabando, consistió en dos sondeos en el interior y uno en el atrio –actualmente la calle- donde se hallaron materiales culturales de diversa cronología y entierros antiguos. Dos etapas posteriores de excavación permitieron fechar algunos de ellos en el siglo XVII. Pero a nadie le interesaba esa investigación, no había negocio, sólo algunos datos para el proyecto.

Los siguientes meses serían los que harían público el problema transformándolo en escándalo: el padre Belmar, encerrado entre la burocracia y amigos que era mejor perder que encontrar, rodeado de aficionados que se creían expertos y profesionales que esperaban lucrar con las obras sin tener idea de que tipo de edificio era, lo llevó a una acción desesperada: cortar el tránsito a los cientos de colectivos y automóviles que circulaban por la calle Alsina. No estaba errado en eso, pero el problema era lo demás. Así que de inmediato una extensa nota del periódico *Página 12* describió la situación, aclaró que salvo el apuntalamiento lo único concreto y visible era el trabajo de arqueología y al menos puso el tema en su lugar²⁷. Pocos días más tarde se difundió otro documento serio, escrito por Norberto Levinton, especialista en el tema, donde se hacía un análisis histórico-constructivo observando que las diferencias en la hechura del edificio y sus respectivos materiales, sumado a las distintas cronologías, podrían ser causantes de cierto tipo de deterioro y abría las pautas concretas por dónde comenzar los estudios²⁸. En los días siguientes los diarios de Buenos Aires se llenarían de cartas de lectores, notas de periodistas y hasta una editorial de *La Nación*²⁹, mostrando lo grave del problema y la inacción generalizada. Algunas notas mostraban facetas inusitadas que abrían a la gente las diferentes miradas del problema y, al suspicaz, que había más cosas por detrás del apuntalamiento. Por ejemplo una nota de *Clarín* con patética foto nocturna, decía que según el ingeniero Santiago del Aguila el problema era sólo que el túnel antiguo “*se está*

²⁶ Nota al Secretario de Cultura de la Nación de Alberto de Paula no. 691, 30-7-2003 y anteriores

²⁷ Sergio Kiernan, “Qué le pasa a San Ignacio?”, *Página 12*, 24 de agosto 2003

²⁸ Norberto Levinton, “La preocupante situación de la iglesia de San Ignacio en Buenos Aires”, www.contratiempo.com.ar/sanignacio.htm, 3-9-2003

²⁹ “Rescate del templo de San Ignacio”, *La Nación* 3-9-2003

desmoronando” y solicitaban “*dos bolsas de cemento, cuatro de cal, seis de arena y dos pomos de sellador*” para resolver todo en la iglesia³⁰.

En el ínterin y a partir de la evidente ineficacia de los organismos y comisiones, le hice la propuesta al Gobierno de la Ciudad que se hiciera cargo del tema; si bien era un Monumento Histórico Nacional y por ley debían hacerlo la Dirección Nacional de Arquitectura y la Comisión Nacional de Monumentos, era también un tema de la ciudad y del patrimonio. Fue aceptado por la Dirección de Patrimonio encargándole al ingeniero Pablo Diéguez el estudio estructural y el proponer soluciones; asimismo que Arqueología Urbana siguiera con los trabajos de investigación del subsuelo. Nuestro diagnóstico preliminar fue la sobrecarga de la cubierta y la necesidad de unificar la estructura mediante el cinchado de las torres y la cúpula con tensores de hierro –solución de manual del restaurador-, lo que simplificaría el tema y los costos serían mínimos, y permitía un tiempo para analizar otros detalles. Ni siquiera fue tomado en consideración, ni se recibió acuse de recibo.

Para el inicio de septiembre ya se tenían los resultados de los pocos estudios hechos: no se observaba agua en ninguno de los pozos, ni humedad más allá de lo normal en la ciudad, no había fisuras o compactaciones en el subsuelo, los entierros hallados y el material histórico se remontaba al siglo XVII y estaba en ataúdes destruidos pero no compactados, lo que indicaba la importancia de cuidar el suelo, de no tocar sin la presencia de especialistas. Recordemos que estos estudios se hicieron en forma voluntaria³¹. Para el 20 de octubre se tenía también el resultado del trabajo de Diéguez. El informe identificaba como motivo del problema una inclinación de la torre sur de 7 cm, aunque no se citaba la posibilidad de que eso fuese antiguo o incluso que haya sido construida así, menos aun se demostraba que ésa era la culpa de nada; se observa con tino que había problemas en la techumbre por la falta de juntas de dilatación de la bóveda y concluía con que el problema se resolvía mediante la recimentación de la torre³². Y dado que la Dirección Nacional de Arquitectura ya trabajaba en el proyecto, recomendaban también que el Gobierno de la Ciudad debía terminar su relación con el tema, lo que ya había sucedido.

³⁰ Vivian Urfeig, “Las fisuras hacen estragos en el edificio porteño más viejo”, *Clarín*, 12-9-2003, pag. 40

³¹ Informe a la Directora General de Patrimonio del GCBA del 25-9-2003

³² Informe de Investigación, elevado a la DGPat 20-10-2003 por Pablo Diéguez

Pocos días más tarde se difundió la *Evaluación estructural del edificio* hecha, por fin, por la DNA, en la que bajo ese nombre en realidad solamente llamaban a licitación para contratar a una empresa para hacer los estudios para luego comenzar con el proyecto y luego licitar las obras necesarias. Parecía otro chiste negro³³ que corría todo varios años adelante. El pliego fue evaluado por el Gobierno de la Ciudad, modificado³⁴, y luego siguió su trámite, también aprobado por la Comisión Nacional el 16 de octubre. Quizás lo rescatable fue contratar una empresa que hizo un estudio eficiente y gastó algún dinero para continuar los estudios arqueológicos, que ya habían encontrado numerosos entierros, objetos antiguos y hasta había fechamientos de Carbono 14 para el siglo XVII. Pero para eso estábamos en febrero 2004, a más de diez años de la Gran Celebración. Para finales de ese mes se pudo, por primera vez, abrir el extremo del túnel antiguo –que supuestamente generaba parte de los problemas- desde la calle Alsina. Y si bien tenía evidencias de haber sido afectado por el agua que le causó daños, nada grave había en su interior³⁵, ni se observaba hundimiento ni cambio alguno con las fotos tomadas años antes.

Pero como todo en la vida hasta las malas noticias pueden transformarse en buenas política mediante: los actores de la burocracia publicaron una enorme nota a color de dos hojas en *La Nación*, en donde todo se minimizaba y se lo incluía en un gigantesco plan de recuperar la memoria de la ciudad: ya no eran apuntalamientos de emergencia, eran proyectos hacia el futuro³⁶. Por supuesto pocos lo creyeron y las cartas de lectores continuaron llegando a bautizar la obra como Monumento al Caño, por los apuntalamientos que sólo sirvieron para ser pintados de color azul para disimular el óxido³⁷. En junio de ese año se aprobó en la Comisión Nacional la documentación técnica enviada por la DNA con la recomendación de que se hiciera el estudio de las patologías de la iglesia.

Pero nada pasaba, muchos estudios e informes, pero nada concreto, por lo que el párroco, el 31 de julio llamó a una reunión pública y hizo circular una Carta Abierta de

³³ El plazo para el informe final de la empresa a contratar era a su vez de 210 días; ingreso a la DGPat el 22 de octubre

³⁴ Desde el GCBA la Dirección General de Casco Histórico se expidió por nota 441-DNA-2003

³⁵ Informe del autor a la DGPat del 26-2-2004

³⁶ Fernando Caniza, “Al rescate de la identidad”, *La Nación* suplemento de arquitectura, pags. 1 y 2, 10-3-2004

³⁷ “*San Ignacio*”, Carta de Lectores, *la Nación*, 12-4-2004

extrema violencia³⁸. Terminaba diciendo: “San Ignacio no puede seguir esperando. De lo contrario las próximas generaciones no deberán viajar a Misiones para conocer las ruinas jesuíticas. Bastará con visitar la esquina de Alsina y Bolívar”. Pocos días después los diarios se hacían eco con el titular de *Iglesia de San Ignacio: el arreglo quedó en promesa*³⁹. Por supuesto esto le costó al párroco que fuera transferido de iglesia; sus palabras fueron “No me derrotaron, pero me destruyeron”⁴⁰. La larga serie de notas en los diarios se cerró con una nueva editorial de *La Nación* en que se indicaba que se harán obras en algún momento⁴¹. Esta seguidilla de críticas públicas llevó a que desde el Estado Nacional se le pidiera explicaciones a los diferentes organismos sobre su actuación, lo que fue contestado indicando lo actuado en cuanto a haber recibido y aprobado diferentes presentaciones⁴².

Había llegado el 2005 y lo primero fue que el Gobierno de la Ciudad logró que Aguas Argentinas hicieran obras en la calle Alsina para arreglar el problema de tres años antes; todo un logro⁴³. Pocos días más tarde al reabrirse el Congreso Nacional, la Cámara de Diputados envió una declaración sobre la necesidad de hacer las obras de preservación⁴⁴. La Legislatura se apuró a contestar con una nueva propuesta, meses más tarde. Ya estábamos a finales de 2005. Y para los finales del año siguiente volvieron las cartas de lectores y las quejas en los diarios⁴⁵, para culminar cuando se decidió en 2007 retirar los soportes de la fachada dejando las rajaduras más visibles que antes. Y pese a que siguieron

³⁸ *Carta abierta a las autoridades y la opinión pública*, Solemnidad de San Ignacio de Loyola, 31 de julio 2004, firmado por el presbítero Francisco Delamer

³⁹ Constanza Durán, “Iglesia de San Ignacio: el arreglo quedó en promesa”, *Clarín* 7-8-2004, pag. 62

⁴⁰ “San Ignacio casi en ruinas”, *La Nación* 24-10-2004 y Willy Buillón, “El párroco que se enfermó de tristeza ante la demora oficial”, *La Nación*, 15-10-2004, Enrique Valiente Noailles, El techo que cae, *La Nación*, 18 de octubre 2004; Ignacio Bracht, “San Ignacio, en ruinas”, Carta de Lectores, *La Nación* 19 de octubre 2004

⁴¹ “Templos Históricos”, *La Nación*, 4 de noviembre 2004

⁴² Notas entre Magdalena Faillace y Alberto de Paula, Subsecretaria de Cultura y Presidente de la Comisión Nacional, 16 de noviembre 2004 (expediente JGM 007868)

⁴³ Nota de M. R. Martínez de la Dirección de Casco Histórico a la Comisión Nacional de Monumentos, nota 108, 23 de marzo 2005

⁴⁴ Notas 7384 y 7469-D-04 al Dr. José Nun, Secretario de Cultura de la Nación, a solicitud del jefe del gabinete de ministros; la Declaración tiene fecha 6 de abril 2004; respuesta de la Legislatura del 18 de agosto

⁴⁵ “San Ignacio, un templo en peligro”, *La Nación* 16 de septiembre 2006 y “Templo en peligro”, *La Nación*, 29 de septiembre 2006

los estudios, incluso por especialistas⁴⁶, todo sigue igual: esperando, total han pasado nada más que quince años desde la Gran Fiesta.

Pero faltaba lo peor

Es evidente que el párroco entendía lo grave del problema pero no las profundidades en que se metía, las que terminaron hasta por sacarlo de su puesto. Quien llegó se encontró ante una situación de hecho: mientras la burocracia giraba alguien había metido sus garras vendiéndole al párroco que existía un tesoro bajo la iglesia. Puede sonar absurdo, pero así fue. Y se lanzaron a su búsqueda excavando túneles y pozos en medio del edificio que se venía abajo. En silencio absoluto se movieron hasta de noche.

Comenzó en el año 2002 cuando se hizo un estudio de georadar en el piso cuyos resultados obviamente deben ser leídos por expertos; quien lo hizo confundió lo que para nosotros eran simples tumbas antiguas como en toda iglesia colonial en que se enterraba en el interior, con una enorme cámara llena de oro. ¿Delirantes? ¿Aprovechados?, queda librado al lector la opinión, lo concreto es que pala en mano, volquetes para sacar la tierra sin que nadie lo note y obreros contratados con dinero de la feligresía –que hubiera servido para la restauración de la iglesia-, bajaron siete metros y comenzaron a avanzar lentamente hacia el altar, obviamente sin encontrar nada. Las fotos de Alejandro del Águila, miembro de la comisión puesta para la protección del templo, están a la vista, pala en ristre, excavando y excavando. Incluso se aprovecharon los pozos arqueológicos, que a su pedido quedaron en parte abiertos, fueron profundizados. Y el de atrás del altar que coincidía en vertical con el túnel antiguo, fue abierto hasta su base. Este llegó a la bóveda del túnel, la rompió abriendo un nuevo paso y generando una corriente de aire continua que produjo el colapso de buena parte de las paredes internas al secarse a demasiada velocidad.

Existe una interesante carta del párroco en la cual le pide permiso a la Comisión Nacional para hacer una excavación, debido a “la información suministrada por el Ing. A. J. Del Águila Moroni y corroborada (sic!) técnicamente por equipos de georadar” que han “detectado una indeterminación geológica”. Obviamente ante lo delirante del pedido y su

⁴⁶ Norberto Levinton, “Influencia del paso del tiempo en una arquitectura de composición”, *Contratiempo* no. 1, pp. 4-11, 2006

fundamento la Comisión denegó el pedido⁴⁷, seguramente no imaginando que todo iba a hacerse igual. Y si, absurdamente se siguió y siguió incluso mientras las empresas hacían los estudios técnicos, cubriendo el agujero de entrada al pozo con una gruesa chapa de acero que aun está allí, a la vista de todos.

Tiempo después hice la denuncia correspondiente tras hablarlo personalmente con el nuevo cura, quien se desentendió totalmente porque era decisión del anterior... igual que la burocracia. Contestó por escrito que era absurdo, que mis fuentes de información estaban equivocadas, que ni me conocía –estuve con él a mi lado la tarde anterior para hablar de eso-, y que al citado ingeniero lo había sacado de la comisión “al instante” en que asumió su cargo junto a los demás miembros⁴⁸, por suerte los papeles lo desmienten. Pero los pozos y galerías están ahí, es indiscutible. Los agujeros los hicieron, se excavaron metros y metros, destruyeron parte del túnel del siglo XVIII, rompieron el piso de la iglesia de 1880, atravesaron las evidencias de los antiguos entierros y, obviamente, no encontraron nada.

Ahora todos los ciudadanos que pagamos impuestos pagaremos el relleno de esas obras y los daños estructurales que causaron, porque los deterioros patrimoniales son irreversibles; como si los problemas que ya habían fueran poca cosa. Culpables: nuevamente nadie. Y la historia continúa.

⁴⁷ Carta a la Comisión Nacional de padre Delamer del 29-8-2003, ingresada el 3-10-2003, rechazada en Reunión Plenaria

⁴⁸ Nota reenviada por la Comisión Nacional el 10 de noviembre 2005

IV

Bailando al ritmo de las demoliciones

En una ciudad como Buenos Aires, totalmente urbanizada, no hay duda que cualquier construcción que quiera hacerse debe serlo demoliendo la preexistente. Esto solamente nos lleva a varias preguntas razonables: ¿qué vale la pena guardar y qué no?, ¿todo es demolible?, ¿quién decide y en base a qué?, ¿porqué la comunidad se queja de unas y no de otras?

El promedio de edificación (legal) en Buenos Aires durante los últimos veinte años ha sido, crisis más o menos de por medio, de un millón de metros cuadrados anuales, lo que no llega a cubrir el 1 % del total de los 120 millones de metros cuadrados edificados existentes (datos a 1998). En la ciudad ya hay, en ese total, unos 140 mil edificios en altura, pero en el año 2005 se superaron los tres millones de metros construidos lo que era ya un record histórico; nadie imaginaba el futuro cercano. Hay en la ciudad 863 hectáreas de verde, lo que es muy poco pero en sí misma es la superficie de una ciudad mediana.

La ciudad tiene dentro de sus límites políticos 12 mil manzanas edificadas las que están cubiertos por 310 mil lotes y 1.2 millones de unidades de vivienda. Esto es lo censado, obviamente lo ilegal nos es desconocido, y es mucho. Si pensamos que el ritmo normal durante más de un decenio fue el de un millón de metros cuadrados y que esto se hacía en una ciudad sin espacio vacío, es fácil imaginar que eso implicaba una enorme cantidad de demoliciones incontroladas. No importaba si estaba bien o mal, nadie decidió nada sobre ellas, menos aun el relevarlas o sacar una foto siquiera antes de destruirla; eran consideradas un bien descartable y que no afectaba en nada al vecino ni al contexto. Sólo a partir de la década de 1970 empezó a imaginarse una zona, un barrio, de carácter histórico, es decir con restricciones a la destrucción.

Hoy lo que se construye ya son casi seis millones de metros cuadrados al año (para 2008); lo que nos lleva a preguntarnos si quedará algo en pié. Y siempre hablamos de

obras autorizadas. En las áreas en que no puede hacerse eso, como en el mínimo Casco Histórico o donde hay vigentes leyes especiales (las llamadas APH), no hay siquiera cálculos fiables, sabemos por los medios y por caminar por ahí, que se hace igual aunque generalmente con mayor disimulo. Esto ha producido que en muchos barrios de la ciudad, como Caballito o Núñez, salgan los vecinos a expresar sus quejas: ellos habían elegido vivir allí precisamente porque no habían torres, y ahora sí las hay, lo que los afecta directamente. Una torre deja una casa en sombra, los vecinos miran adentro desde sus ventanas internas, le baja el valor a la propiedad y nadie quiere vivir en ella como casa; si no hay un desarrollo completo en que se inserte, es un generador de subdesarrollo y de deterioro urbano. Una cuadra de casas con una torre en el medio, va a ser en diez años una manzana abandonada, sucia y de casas intrusadas o semi-abandonadas.

Una muestra de lo que sucede: veamos una parte del barrio de Palermo Viejo, ahora rebautizado como Palermo Soho –y más allá de lo absurdo del nombre-, con una nueva y fuerte actividad comercial; la mayoría eran casas que lo componían hasta hace diez años eran del siglo XIX tardío o de inicios del XX, lo que daba un alto nivel de conservación por el bajo valor del suelo; era una zona tranquila, de bajo movimiento vehicular y de buena calidad de vida pese a estar a pocas cuadras de un nodo importante como Plaza Italia. Sólo en 2001 se construyeron cuarenta edificios en altura en cien manzanas, que ahora superan los cien edificios por año. Si se mantiene la tendencia en tres años más ya no habrá un metro cuadrado antiguo, siquiera viejo, salvo de milagro. En lo que va del siglo se edificaron un promedio de mil edificios en altura al año en la ciudad. Barrio Norte, más aristocrático, reunía una importante cantidad de *petit-hotels* de gran categoría; la información es que se demuelen dos al mes, y aunque aun quedan unos cien más o menos completos y otros tantos muy alterados, ya hay menos de diez años para que se termine con todo. Una nueva Ley de la Legislatura está oponiéndose a toda demolición anterior a 1941. ¿Está bien para todos, una u otra cosa?

Para juzgar debemos tener en cuenta tres realidades: la Ley que en diversos sitios de la ciudad restringe la destrucción, parcial o total; la realidad del entorno ¿va a quedar vacía porque no es el lugar adecuado, se inunda o la situación social o porque genera molestias innumerables a los vecinos?, y la realidad de la infraestructura: ¿dónde se van a estacionar los autos?, ¿los caños pueden llevar agua para tanta gente?, ¿los desagües dan abasto?. Todos hacemos los mismos trucos: un edificio con departamentos de menos de 40 metros cuadrados

no necesita cocheras, se supone que es para gente que no tiene auto. La realidad es que ahí van a trabajar abogados o dentistas que tienen un movimiento continuo de clientes y que ellos mismos son cuatro o cinco en una oficina: se necesitaría el doble de cocheras que si fueran departamentos “ricos”. Se aprueban supermercados, escuelas y hasta hospitales sin estacionamiento. Alguien toma las decisiones y otros las supervisan y aprueban.

La ciudad de Buenos Aires se halla prácticamente colapsada en parte de su infraestructura de servicios. La proliferación no planificada de edificios en altura no sólo puso en peligro esto sino también la provisión de agua potable al producir su contaminación por las bases de las torres construidas sobre la costa porque obstruyen el normal escurrimiento de las aguas de lluvia hacia el río a través de la primera napa de agua, constituyéndose en factor determinante de las periódicas inundaciones. La red cloacal está colapsada desde hace más de veinte años: los cinco arroyos entubados que atraviesan la ciudad y desaguan en el Río de la Plata –utilizados originalmente sólo como desagües pluviales- son emisores directos de efluentes cloacales e industriales que desagotan en crudo en la costanera. Debido a la deficiente calidad de las aguas, está prohibido bañarse desde 1976. El río más ancho del mundo y no podemos usarlo⁴⁹.

También está colapsada desde hace años la red de tránsito y se ha polucionado el aire que respiramos; el sistema de autopistas aporta más de un millón de vehículos diarios que entran y salen del centro, sumados al millón propio, lo que configura un caos diario en el que seis millones de personas y dos millones de vehículos se desplazan conformando un infierno de emanaciones tóxicas y ruidos que superan lo tolerables. No obstante, los grandes inversores pretenden continuar agravando este cuadro; van por más porque no hay Ley que lo impida. Tal, por ejemplo, la pretendida rezonificación del Predio Ferial de Palermo para dar lugar a la construcción de un estadio para 12.000 personas en Plaza Italia; la urbanización de la playa ferroviaria de Retiro y la permanente recepción de propuestas de explotación inmobiliaria sobre cuanto terreno no se encuentre construido todavía.

En los últimos cuatro años, en medio de un auge inusitado de la construcción, la superficie destinada a vivienda de lujo representó la mayor cantidad de permisos de construcción demandados –lo que es lógico que suceda-, mientras la Defensoría del Pueblo

⁴⁹ Estos textos se basan en las opiniones de apoyo al *Plan Urbano Ambiental* por la Asociación Permanente de los Espacios Verdes, 2008

denunciaba que "en los últimos cinco años surgieron 24 nuevos asentamientos de emergencia en los que viven unas 12.000 personas, que sumadas a los habitantes que residen en las villas conforman un núcleo de 150.000 marginados, en su mayoría localizados en la zona sur de la ciudad"⁵⁰. También al menos la mitad de los trabajadores de la construcción está en alguna manera en negro y un porcentaje igual de los adquirentes de inmuebles de lujo lo hacen en forma subvaluada para evadir impuestos.

También debemos tener en cuenta que en Buenos Aires, a lo largo del siglo XX los espacios verdes públicos disminuyeron en más de un 70% en relación a la cantidad de habitantes (de 7 m²/hab. a 2 m²/hab.) y que la *puesta en valor* de más de setenta plazas porteñas en los últimos dos años, a resultado en la disminución de una parte de su superficie absorbente por la construcción de superficies, caminos y veredas rígidas.

En 1913 se sancionó en la provincia de Buenos Aires la Ley N° 3.487, llamada *Ley de creación de pueblos*. Preveía que de cada 14 manzanas de loteo, la número 15 debía ser área verde recreativa. La realidad fue que se remataron tierras en fracciones de 12 o 13 manzanas sin llegar nunca a la número 15, resultando así la ausencia casi total de espacios verdes en todo el territorio del Gran Buenos Aires. Los urbanizadores fueron los mismos rematadores de esas tierras. Las únicas plazas existentes son las originales de cada municipios, históricas y hasta en algunas se construyó sobre ellas. Los grandes parques de la zona sur -el Pereyra Iraola y los bosques de Ezeiza- son los que dan al conurbano un promedio de espacios verdes por habitante de 0,90 m²/hab., igual a la mitad del vigente en la ciudad.

En la segunda mitad del siglo XX los alrededores de Buenos Aires duplicaron su población, pasando de 5 a casi 10 millones de habitantes; mientras, la ciudad seguía manteniendo un nivel estable de 3 millones. Esta gigantesca urbanización con improvisados diseños, sin prever el crecimiento, sin ningún tipo de infraestructura actualizada y sin espacios verdes, fue salvaje, debiendo los vecinos de cada barrio organizarse para conseguir esa infraestructura de servicios y medios de transporte. A finales del siglo pasado comenzó el estallido provocado por las condiciones de urbanización y desarrollo. Los bonaerenses no sólo se vieron obligados a usar escuelas, hospitales, plazas y parques de la ciudad de

⁵⁰ *La Nación* 13-2-2007 y 22-7-2007

Buenos Aires, por la inexistencia en sus localidades; también a procurar trabajo en la capital, viajando diariamente en condiciones indignas.

En la ciudad de Buenos Aires, el Estado Nacional es poseedor de unas 340 hectáreas que pertenecían a antiguas playas ferroviarias, cárceles a demoler o demolidas, instalaciones militares desactivadas, el Mercado de Hacienda y tantas otras. En el Gran Buenos Aires, esta cifra supera las 3.000 has, sin hablar de las militares. A pesar de que la Constitución Nacional otorga facultades únicamente al Congreso para "Disponer del uso y de la enajenación de las tierras de propiedad nacional", funcionarios públicos y emprendedores privados parecen dispuestos a volcarlas al ávido mercado inmobiliario, cuando la realidad indica su urgente aplicación a usos de utilidad pública. La continuidad del tejido urbano entre la ciudad y su periferia, y la interacción permanente de su población, hacen necesaria una visión de conjunto a la hora de proponer soluciones en un intento de paliar esta grave situación. Entendámonos que lo que queremos no es ser catastróficos sino entender el contexto en el que evaluamos el valor de un edificio antiguo.

Ya es imprescindible, tal como lo plantea el *Plan Urbano Ambiental* de la ciudad, nunca aprobado del todo, la preservación y restauración del patrimonio natural, urbanístico, arquitectónico y de la calidad visual y sonora en los espacios públicos, la protección e incremento de esos espacios, en particular la recuperación de las áreas costeras que garantizan su uso común y no pago como parece ser la tendencia, a la vez que es imprescindible la preservación e incremento de los espacios verdes. La protección, el saneamiento, el control de la contaminación y el mantenimiento de las áreas costeras del Río de la Plata y de la cuenca Matanza-Riachuelo, además de las subcuencas hídricas y los acuíferos bajo el suelo es fundamental, si no sirvan los escándalos del Riachuelo como ejemplo; es necesaria la regulación de los usos del suelo urbano mediante la localización de las actividades y las condiciones de habitabilidad y seguridad de todo espacio urbano, público y privado. La provisión de equipamientos comunitarios y de las infraestructuras de servicios según criterios de equidad social; la seguridad vial y peatonal, la calidad atmosférica y la eficiencia energética en el tránsito y el transporte; a la vez que minimizar volúmenes y peligrosidad en la generación, transporte, tratamiento y disposición de residuos.

Son enormes tareas por llevar a cabo y no todas hacen al patrimonio cultural en su mirada tradicional, pero nos ayudan a explicar en qué contexto estamos pensándolo.

V

La arqueología urbana: una mirada desde el subsuelo

Si le preguntáramos a un habitante de alguna ciudad argentina que hay debajo del piso o de la calle quizás alguno recordaría que hay caños, cloacas y cables de luz. Otros nos dirían que esa pregunta es, simplemente, tonta. Pero lo interesante es que esa misma pregunta hecha en Europa, o incluso en muchos otros países de América Latina, tendría una respuesta totalmente diferente: nos dirían que bajo el piso “está el pasado”.

¿Podría ser verdad que bajo el piso esté el pasado, o algo de él al menos? Sí, sin ninguna duda; todos los días caminamos, trabajamos y comemos sobre lo que ya ha pasado aunque pocos lo sepan y menos hagan algo en concreto. Obviamente pensar así implica aceptar que el tiempo no es algo físico que se va, que simplemente pasa, sino que queda, que sigue materializado debajo nuestro. O que al menos los restos materiales de la vida de las sociedades no desaparecen. Cuando hacemos algo tan simple y cotidiano como tirar la basura actuamos de la misma manera: presuponemos que ésta *desaparece*, que ya no está más y para siempre. Esto, además está decirlo, es una falacia: alguien se la lleva en un camión y simplemente la deja en otro lado, la entierran en el mejor de los casos y allí queda como legado hacia el futuro, habitualmente corriendo la polución de un sitio a otro, o hacia delante en el tiempo. Y así ha sido siempre.

Nuestra vida doméstica, lo que comemos, lo que descartamos por viejo, feo o roto, lo que no queremos que otros vean, las cartas de un amor despechado, las jeringas de las drogas o los huesos del asado roídos por el perro, quedan en algún sitio junto con otros similares descartados el mismo día por otros vecinos de la cuadra o el barrio. Una parte se la lleva al maltraído *cartonero*. El resto de la basura, lo olvidado, lo perdido, lo escondido, los cimientos de una casa derrumbada o las bolitas que los chicos perdían en la calle cuando aún jugaban con ellas, van formando capa tras capa un relleno inmenso sobre el cual

vivimos como si fuera una enorme cebolla, o el asfalto de una calle que se recubre a sí mismo una y otra vez.

Un turista que viaje a Europa visitaría como cosa absolutamente normal el Foro de Roma y no le llamaría la atención que éste está varios metros bajo el nivel de la calle actual. Y si recorre París también visitaría las ruinas medievales frente al Louvre a las que se desciende por una escalinata bajo la monumental pirámide de vidrio que ahora forma la plaza. Lo mismo sucedería en México al ver el antiguo Templo Mayor de los aztecas debajo de la plaza céntrica conocida como El Zócalo; y es igual en muchas ciudades de América Latina en donde el pasado es parte del presente, está visible e incluso forma parte de la identidad y la memoria colectiva. Son sociedades que usan el pasado para enfrentarse con mayor fuerza al presente.

Imaginemos ahora que alguien quiere saber cómo se vive hoy en día en un barrio urbano cualquiera. Una forma sería ir a vivir allí con diferentes personas, otra manera sería hacer una encuesta con preguntas orientadas a lo que nos interesa; esto último parecería un método científico correcto que nos permitirá evitar el tiempo de convivencia, salvo que como ya todos sabemos, *una cosa es lo que se dice y otra es lo que se hace*. Posiblemente nadie aceptaría decir que se droga, que come “comida chatarra”, que se peleó con el novio y tiró las cartas o que se atraganta de chocolates y colesterol. En cambio si todos los días revisáramos su basura sabríamos eso y mucho más: hábitos alimenticios, consumo de objetos suntuarios o descartables, marcas de ropa que usa y, con suerte, hasta sus hábitos sexuales. Y si esa información la sumamos a la de otros vecinos de un mismo nivel social, sexo, ocupación o grupo étnico, comenzaríamos a tener datos significativos y estadísticos; no serían completos ni absolutos, pero que interpretados correctamente (ese es el *gran secreto*) nos permite penetrar en el estudio de la sociedad y sus formas de cultura. Y podemos hacerlo hoy, o en el pasado. Eso es, precisamente, la arqueología urbana: el estudio de la ciudad a través de los restos materiales descartados en el tiempo. La cultura material es la "vida social de las cosas", tal como se ha puesto de moda en decir en los últimos años, son los objetos en sus relaciones con la sociedad: producción, consumo, uso y reusos, circulación y descarte.

Una primer tarea de la arqueología ha sido el identificar los objetos de la cultura material para cada momento histórico. Esto significa el poder darle una explicación

funcional a cada objeto (al menos para qué fue fabricado) y poder fecharlo con la mayor exactitud posible. Los objetos han variado enormemente en el tiempo; hay cosas que fueron rarezas y ahora son habituales; todos los objetos fueron inventados o desarrollados en algún momento y lugar, o se dejaron de usar en otros; o muestran en su estructura los procesos tecnológicos de manufactura. Este paso es crucial ya que, cuando excavamos, necesitamos saber de cuándo estamos hablando. Esto se une a las formas de producir, al impacto de la Revolución Industrial, el consumo masivo, las modas y la costumbre de descartar objetos que aún son utilizables sólo por haber quedado fuera de la moda imperante. O el reciclado que hacen los diferentes grupos sociales entre ellos, al usar los más pobres lo descartado por los más ricos; todo esto nos indica cosas, nos da pautas de comportamiento social a partir de los objetos mismos y su contexto de descarte u olvido. Porque lo que importa para la arqueología no es la riqueza o la calidad estética de los objetos –ni siquiera su antigüedad-, por que éstos no son más que una parte de las respuestas a preguntas que nos hacemos sobre el pasado. Por más simples y modestos, por más feos y socialmente despreciables que sean, más nos indican acerca de quienes los usaron.

Una botella de vino puede ser un interesante ejemplo para reflexionar, aunque pueda parecer pueril ya que nada es más común, habitual y barato; y ahora ni siquiera son *retornables*, concepto que ha desaparecido en los últimos años con lo descartable. Podríamos comenzar preguntándonos: ¿siempre fue así?, y es indudable que no. Pero, ¿cuán diferente pudo ser y qué importancia tiene el que haya sido distinto? La historia y la arqueología nos ha ido mostrando que poseer una botella en el siglo XVI en América del Sur era más que un lujo, era algo que muchos ni siquiera podían tener aunque tuvieran el dinero para comprarla, ya que había que traerla desde Europa y con extremo cuidado. Además, las botellas hasta el siglo XVIII fueron de base cuadrada y no redonda, muy finas y delicadas a la rotura, el color verde claro habitual no existía –eran casi negras-, menos aún existía el corcho para tajarla y había cajas especiales llamadas *frasqueras* hechas de madera forradas de tela para protegerlas. Únicamente para la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a producirse botellas de base circular aunque con forma de cebolla, globulares y de pico muy corto; las máquinas aumentaron la producción en los inicios del siglo XIX y sólo después de la década de 1820 se hicieron más comunes; y aunque el vino comenzó a llegar en botellas cada vez más cilíndricas, en cambio la ginebra siguió hasta inicios del

siglo XX llegando en botellas cuadradas. La cerveza se embotelló en vidrio -siempre marrón- recién para 1900, antes venía en botellas hechas de gres cerámico. Por lo tanto encontrar fragmentos de vidrio del siglo XX significa una cosa, pero muy diferente es si son de hace dos o tres siglos.

Uno de los trabajos de la arqueología es precisamente el comprender los objetos en función de su tiempo, lugar y contexto. Podríamos decir lo mismo de gran parte de la cultura material habitual: otro caso son los vasos, casi inexistentes antes del siglo XVIII cuando por su rareza circulaban en la mesa entre comensales igual que lo hace todavía el mate. Habitualmente había un solo vaso que daba vueltas y vueltas incluso en las pulperías, entre desconocidos. Pero más cambiaron los platos: cuando se fundaron las ciudades americanas ni siquiera existían tal como hoy los conocemos ya que no habían cubiertos, salvo el tradicional cuchillo. Se comía con las manos, por lo tanto lo común eran los platos de base redondeada llamados escudillas, o de base plana y bordes altos llamados lebrillos, para los pucheros y comidas con líquido para lo que se usaba la cuchara. Sólo para el siglo XVIII y los cambios en las maneras de mesa surgen los platos de fondo plano para ser usados con cuchillos y tenedores, y en las clases medias y populares se pusieron de moda cincuenta años más tarde. Estos son ejemplos que muestran los mil caminos que se pueden recorrer al estudiar nuestra vida cotidiana. Y que una simple botella puede o no tener un valor, histórico y/o económico inmenso dependiendo de muchos factores.

La arqueología es, en Argentina y en toda América Latina, una tradición científica que se remonta a casi un siglo y medio de historia. Al igual que otros campos del conocimiento científico surgió lentamente y se fue definiendo a sí misma hasta lograr un estatus universitario, peleándose con la historia, la paleontología, la sociología y la historia del arte para definirse a sí misma. Pero esa arqueología se conformó como ciencia encargada de estudiar el pasado pre-histórico, es decir de lo que había antes de la existencia de los documentos escritos como único camino posible para hacer *historia de antes de la historia*. El resto del tiempo quedaba librado a los historiadores tradicionales y nada tenían que hacer los arqueólogos por esos territorios que, al menos en Argentina, comenzaban con la llegada de los españoles en el siglo XVI. Pero la realidad mostró que esto era una falacia, y que además de una simplificación era una decisión arbitraria sin sentido, ya para la mitad del siglo XX.

La arqueología urbana nació como un área de investigación de carácter interdisciplinario; entrar al pasado de ciudades complejas como Buenos Aires significa justamente sumarle la arqueología con la historia, poner los restos materiales junto a los documentos escritos y los gráficos -tres formas de registro diferentes-, y usarlos juntos para interpretar el pasado. Esto no es fácil ya que el manejo de fuentes documentales diferentes -no es lo mismo un testamento que una olla- implica métodos (llamados “heurísticos”) y técnicas diferentes, pero no por eso es imposible. La arqueología de la ciudad también usa en forma habitual otras fuentes de información como la cartografía y la iconografía, sean planos, fotografía o pinturas y dibujos que nos relatan no sólo acerca de su objeto representado sino también acerca de cómo fue visto por quién hizo el plano o tomó la foto. Recordemos siempre que la historia ha sido escrita por un único sector social, las minorías que detentaban el poder -político, social, económico o religioso- y por lo tanto las grandes mayorías no están relatadas por ellos mismos sino mediatizados a través de los ojos de terceros. Obviamente tampoco están las otras minorías, las de los *diferentes* de cualquier tipo.

Todavía hoy la arqueología urbana no es tema de estudio sistemático en ninguna universidad del país. Quizás por su juventud o por los conflictos epistemológicos que implica el manejo de fuentes de información diferentes a las que los arqueólogos están acostumbrados, se ha producido una demora en su aceptación e incorporación. Pero lentamente se está introduciendo en el quehacer profesional y en el reconocimiento de la opinión pública. Los grupos de investigación existentes en el país han servido como mecanismo de formación e integración de nuevos profesionales, entrenándolos directamente en las excavaciones.

¿Por qué nos interesa la ciudad? Por muchas razones: empezando porque es una forma de hábitat alrededor, o en la cual, se construyó la civilización; es uno de los mecanismos que la humanidad eligió entre los muchos posibles para reunir una masa de energía, pensamiento y relaciones sociales suficiente como para edificar las diferentes culturas que en la tierra han habido. Las ciudades son una de las más grandes creaciones de cultura humana en su historia, pese a todos los problemas que conllevan; nuestro mundo sería inimaginable sin ellas. Las ciudades actuales, aquí y ahora, son el resultado de un proceso histórico, de cambios constantes, cada día se demuele una casa y se construye otra

de tal forma que las ciudades nunca son o han sido las mismas, a cada minuto cambian, son diferentes. Por estas razones, observando una ciudad en la actualidad es casi imposible imaginar cómo se vivía, qué se pensaba o cómo se establecían las relaciones sociales en otros tiempos, mucho menos conocer acerca de las condiciones de la vida material en especial de los grupos sociales bajos. La historia de quienes vivieron en las ciudades se ha centrado en los grandes personajes, los héroes o las familias patricias. La mayor parte del legado material en los museos –salvo una honrosa excepción– corresponde precisamente a los grupos sociales más altos, al igual que la mayor parte de los esfuerzos de investigación y publicaciones a lo largo de un siglo lo han sido en pro de una historia que podemos llamar “oficial”: de batallas, militares, familias poderosas viajando a Europa y personajes notables. La arqueología histórica se hace preguntas sobre otros temas, al igual que la historia social, acerca de los grupos humanos minoritarios, las etnias, las mujeres, los niños, los ancianos, y más que nada los marginados del poder y la riqueza. Hablamos de los esclavos africanos que llegaron a ser casi el 35 % de los habitantes de Buenos Aires, los indígenas libres o reducidos, los grupos que mezclando sangres y culturas fueron quedando fuera de la sociedad “bien” de sus tiempos. La arqueología urbana nos permite penetrar aunque sea un poco en la vida, sufrimientos y alegrías de esas gentes, tratando de entender como vivían, trabajaban o entendían el mundo que los rodeaba, desde la casa hasta la escuela⁵¹.

Una vertiente en la arqueología urbana ha sido la que ha resignificado la importancia de los objetos pequeños, minúsculos. A diferencia de la historia del arte, preocupada por los cuadros, esculturas y monumentos, se ha logrado entender que los botones (inventados sólo en el siglo XVIII), los broches para el pelo (¿recuerdan las horquillas?), las bolitas de los chicos (invento de hace un siglo nada más), las monedas (con fechas y cambios cada año) o un escarbadietes modesto y proletario, son elementos que hablan de formas de vida, niveles sociales y costumbres diarias de la gente normal, las grandes mayorías, los que nunca fueron héroes o que no figuran en los libros de historia nacional. Ese escarbadietes, dependiendo de dónde está, puede o no decir mucho o nada.

⁵¹ Los libros sobre el período colonial asumen que la casa de la ciudad de Buenos Aires era del tipo llamado “de tres patios”; un estudio en el Archivo General de la Nación de todos los planos allí existentes mostró que ese tipo de vivienda representaba el 8%; el 92% restante era diferente. Es cierto que esas casa de tres patios eran las más ricas e importantes, pero eran una estricta minoría.

Excavar en una ciudad construida no es un tema sencillo. No sólo por la velocidad del cambio urbano sino por los problemas que surgen al enfrentar las nuevas tecnologías de edificación: las técnicas de construcción son cada vez más rápidas y agresivas tal como las demoliciones con topadoras, las excavaciones de grandes terrenos en pocos días o los estacionamientos subterráneos que ocupan manzanas bajo el suelo. Es en extremo difícil hacer trabajos y estudios cuidadosos cuando el tiempo vale fortunas, cuando las empresas de construcción cuidan cada minuto, cuando los recursos son pocos y cuando los sistemas de alteración del suelo son tan veloces que no dan tiempo a organizar la investigación.

La arqueología como ciencia ha construido métodos que permiten responder a preguntas acerca del pasado o el presente y la excavación es, obviamente, la forma habitual de penetrar hacia allí. *Pero en las ciudades no se excava donde se quiere sino donde se puede*; sería interesante excavar debajo de muchos sitios ahora construidos pero es imposible: porque ya está destruido -la mayor parte del subsuelo de Buenos Aires ya lo ha sido- o su propietario no lo autoriza. Para encarar esto los arqueólogos urbanos trabajamos de varias formas: la primera es mediante lo que se llama habitualmente "arqueología de rescate", es decir que asumimos que todo conjunto de objetos del pasado que conforman un contexto es importante y su hallazgo casual, una demolición o la excavación de cimiento, nos lleva a excavarlo y rescatarlo para su estudio. Este trabajo de bomberos, de emergencia, puede ser programado y nos abre puertas que no dejan de ser fascinantes.

Otra manera es establecer proyectos basados en temas o interrogantes: ¿cuando llegaron los cubiertos y los platos?, ¿porqué se pasó de cocinar el asado en vertical a la parrilla horizontal?, ¿cuál era el papel de la mujer, o los ancianos, en la ciudad?, ¿hubo cambios domésticos con los sucesos de 1810?, ¿se consumen helados en las plazas durante el invierno (se descartan los palitos)? Y así hasta el infinito. Una vez hechas las preguntas tenemos que establecer una estrategia que nos permita comenzar el trabajo: pero como ya dijimos es imposible excavar en todas las casas, sólo podemos hacerlo en algunas. De allí que sea necesario articular todo esto con un estudio muy serio sobre la historia de la ciudad, determinar los sitios que tienen mayor potencial para responder nuestras preguntas e investigar su factibilidad. Mucha gente al ver las excavaciones nos pregunta: ¿y cómo saben que aquí hay algo?, ¿cómo pueden determinar que lo que buscan está en éste lugar y no en otro? Ese es precisamente el gran secreto: el estudio preliminar y el conocimiento de

la ciudad que se tiene entre las manos. Para establecer una excavación hay meses y a veces años de estudios preliminares; búsqueda de las escrituras antiguas, los planos de los archivos, fotografías del frente y aéreas, referencias en los textos, cuentos de vecinos y así se penetra lentamente en el pasado de un lugar.

Para los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, la ciudad es, básicamente, plana; y siempre lo fue. Es interesante por el contrario observar los grabados antiguos que muestran vistas de la ciudad y ésta estaba marcada por sus fuertes desniveles; las crónicas están llenas de referencias a las subidas, bajadas, zonas que se inundaban y arroyos que corrían caudalosos cuando llovía. Aún se denomina como "el bajo" a la zona de la avenidas Libertador y de allí hacia el río, mientras que la zona de la avenida Cabildo es "el alto". Y la ciudad aún se inunda cuando llueve, buena prueba de que plana, no es. Y si no basta con caminar por los barrios de Núñez y Saavedra para ver las casas hasta cinco y seis metros sobre la vereda, o Parque Lezama con sus diez metros de altura (eran quince en origen), o el puerto detrás de la Casa Rosada, o la Boca cuando se inunda. Son los relictos de una ciudad que fue comenzada a aplanar a finales del siglo XIX y lo sigue aún hoy en día, una gigantesca operatoria artificial para hacer plana una ciudad que no lo era. La arqueología lucha contra eso todos los días y las excavaciones muestran que hay restos de casas cuyos pisos han quedado varios metros por debajo de las casas actuales, mientras que otras fueron cortadas hasta en sus cimientos para bajar el nivel.

Los mecanismos tradicionales para observar lo que la arqueología denomina estratigrafía, es decir secuencia de estratos o pisos o eventos ocurridos en un sitio, es sencilla: al excavar con cuidado y método se van viendo, uno encima del otro -aunque más o menos alterados- restos materiales que indican eventos o sucesos, humanos o naturales, como en las capas geológicas. En las casas, por ejemplo, era habitual colocar un piso nuevo encima de otro viejo, y todo esto está sobre la tierra anterior a la casa misma. Si abriéramos un pozo en nuestra misma casa encontraríamos esa secuencia que, si la asociamos a los objetos que pudieran haber caído, nos permitiría saber cuándo y en qué orden se fue haciendo o modificando la casa.

A veces las preguntas que la arqueología trata de responder sobre la ciudad son atinentes a la arquitectura misma: desde cómo se conformaron los parques y plazas hasta

la historia de la primera casa que se hizo en algún lugar de la periferia donde las escrituras y los papeles no siempre existen o si los hay no son muy fiables.

Un ejemplo que ha llamado la atención es una pequeña casa ubicada en la calle San Lorenzo casi Defensa, conocida como la Casa Mínima y absurdamente atribuida a un esclavo liberto⁵². Una profunda investigación de los documentos y la excavación de su interior permitió saber que nunca fue ni lo uno ni lo otro: era la entrada de servicio de la casa de la familia Peña construida en los inicios del siglo XIX; más tarde la casa que ocupaba toda la esquina fue subdividida y alquilada en lotes pero un problema de escrituras -los papeles no estaban realmente en orden- dejó una lonja del terreno coincidente con esta entrada sin poder venderla por un tiempo. En 1916 se hizo una remodelación de las fachadas de los lotes menos este fragmento cuya propiedad estuvo en litigio por mucho tiempo quedando como una parte separada y más antigua que lo que se hizo en el resto del terreno; cuando se vendieron los lotes por separado se vendió éste y su dueño -ya en la década de 1960- procedió a cancelar las puertas que daban hacia el resto de la construcción transformándola ahí sí en una casa de tamaño mínimo. Pero reconstruir esta sintética historia fue el fruto de un esfuerzo interdisciplinario que partió de la no aceptación de la historia mítica, y profundizar en la arqueología y la historia el pasado del edificio hasta poder comprender su proceso de cambio a lo largo del tiempo.

Se han encarado varios proyectos que han penetrado por ese complejo mundo de mitos y leyendas; obviamente sin intentar destruirlas u ocultarlas ya que son hermosas fuentes para la poesía y la literatura; es más, los mitos se crean precisamente porque la gente los necesita, en especial en la ciudad es necesario construir hitos referenciales, lugares cargados de memoria y significación aunque allí no haya pasado lo que se supone que pasó. Valgan algunos casos: la casa del Virrey Liniers (en la esquina de H. Yrigoyen y Virrey Liniers, precisamente) y que le dio el nombre a la calle, estaba alejada por mucho de la que fue realmente su casa, la que había sido destruida el siglo pasado. Esta última gran mansión del barrio, recibió por traslado de la memoria colectiva ese estandarte, hasta que al ser demolida fue estudiada con la sorpresa de descubrir que sin bien no era de un virrey en cambio había sido la inspiración de Ernesto Sábato para su novela “*Sobre héroes y tumbas*”

⁵² El tema fue analizado en: Daniel Schávelzon (coordinador), *Los conventillos de Buenos Aires: la Casa Mínima, un estudio arqueológico*, Ediciones Turísticas, Buenos Aires, 2005 (con M. Sabugo, M. Silveira, P. López Coda y J. Ramos).

que la había elegido precisamente por su imponencia y a la vez ser la última de su tipo cercana al centro de la ciudad, con sus jardines y añosas arboledas y un airoso mirador intacto. La presión del barrio obligó a estudiarla -lástima que no logró conservarse-, aclaró la historia pero se la connotó con una nueva carga de significados.

Acceder hoy a los objetos, restos de comida y sitios de habitación de esclavos africanos en Buenos Aires sirve no sólo para reivindicar el lugar que ocuparon en la construcción de nuestro país, sino también para entrar en aspectos que sería imposible de conocer a través de otros medios. Los esclavos y por lo general los pobres y marginados no escribían, no dejaron relatos de su existencia, o si los hay son referencias escritas por jueces o funcionarios blancos. Hoy se puede empezar a ver, o complementar las visiones construidas por la historia social, con aspectos insospechados de nuestra cultura. Sólo imaginemos, siguiendo estas ideas, la existencia de una Buenos Aires negra, con sus idiomas, músicas, bailes, fabricación de ollas y objetos, vestimentas, colores y comidas africanos. En nuestro lenguaje quedan palabras como mucama, mondongo, tango, candombe, tamangos, mandinga y muchas otras que son africanismos puros.

Tomemos un caso concreto: la excavación que se hizo en la casa que fuera de doña María Josefa Ezcurra, cuñada de Juan Manuel de Rosas⁵³, en la calle Alsina 455 en Buenos Aires. Allí se levantaba en gran estado de deterioro lo que fuera una casa de importancia en pleno centro y se decidió excavar en sus patios mientras se restauraba el edificio para el Museo de la Ciudad⁵⁴. Pese a las muchas alteraciones y cambios que se hicieron en el fondo del terreno, se hallaron en la tierra fragmentos de la cultura material que mostraban una secuencia ininterrumpida de uso desde el siglo XVI tardío hasta la actualidad. Lo más antiguo era un grupo de cerámicas, huesos y grasa animal que fue fechado por el método del Carbono 14 para 1595 aproximadamente, es decir poco después de la 1º fundación de Buenos Aires en 1580. Para esa época el terreno debía estar vacío y era usado como lugar donde se arrojaba basura. Recién en el siglo XVIII los jesuitas construyeron una casa que alquilaban, la que tras muchos cambios y el agregado de un piso alto, llegó en el siglo XIX a ser usada por doña Ezcurra. Durante esos tiempos el patio de atrás alojó a la servidumbre y los esclavos, que dejaron en la tierra el testimonio de su vida cotidiana: fragmentos de

⁵³ Juan Manuel de Rosas (1793-1877) hacendado federal que fue gobernador de Buenos Aires y luego de toda la confederación durante 23 años. Reprimió y persiguió a sus adversarios los unitarios.

⁵⁴ El Museo de la Ciudad de la ciudad de Buenos Aires está ubicado en la calle Alsina 412.

cerámicas rotas que usaron para juegos, piedras redondeadas y pintadas para las ceremonias de adivinación y sus religiones ocultas, y cuchillos hechos de hueso y vidrio ya que no se les permitía usar cuchillos. Incluso llegaron a usar sus propias cerámicas de color negro, cuya forma y decoración rememoran al África ancestral. También se halló un conjunto importante de objetos de las familias propietarias, vajillas de lujo, vasos y jarras de fino tallado en vidrio. Es decir, los dos extremos de la cruda realidad social que se vivía en una misma casa. Pero para poder penetrar en lo que se llama cultura Afro fue necesario romper con un conjunto de axiomas imperantes en la visión del pasado: primero asumir con dolor que Buenos Aires fue uno de los más grandes puertos negreros del mundo, con mercados, casas de aislamiento, depósitos y todo lo relacionado con la trata negrera; segundo que los africanos, afros y luego afro-argentinos formaron más del 30% de los habitantes de la ciudad -en Catamarca, Córdoba y La Rioja llegaron a ser el 60% y con su trabajo se edificó lo que hoy es Argentina. También hubo que entender que es un mito el que las familias patricias tenían sólo un esclavo (siempre niños según los grabados de la época) para llevar el farol por la noche o para servir el mate a la señora; no hubo estancia, casa de nivel apenas medio hacia arriba, establecimiento de cualquier tipo o artesano que no tuviera esclavos y que su trabajo no fuera imprescindible. Es más, sin esclavos la ciudad no hubiera podido existir.

En 1996 se hizo una excavación dentro del conocido lugar llamado Michelangelo, ubicado en Balcarce 433 de Buenos Aires. Ese edificio, cuyas fachadas de ladrillos remedan construcciones muy antiguas y en donde los sótanos estaban llenos de leyendas acerca de misteriosos túneles que allí debían existir, fue estudiado primero por la historia de la arquitectura y luego por la arqueología; el entrecruzamiento de la información obtenida por ambas vías nos permitió reconstruir la historia verdadera del sitio, la que si bien significó olvidarse de todos los mitos previos, dejó una historia mucho más fascinante.

El terreno se hallaba sobre la antigua barranca al río y había sido usado por los padres Dominicos donde construyeron su gran convento⁵⁵, pero durante el gobierno de Rivadavia buena parte de esa manzana fue expropiada y se abrió el callejón 5 de julio para poder vender los terrenos a particulares, entre ellos el que estamos describiendo. Ese terreno y la esquina la compró la familia Huergo para construir una destilería, depósitos de

⁵⁵ Actual manzana de Avenida Belgrano, Defensa, Balcarce y Venezuela.

mercaderías importadas y su propia casa, encargándole la obra al ingeniero inglés Eduardo Taylor quien también hizo la Aduana Vieja y muchas otras grandes obras para el Estado. Todo el conjunto estaba enfrentado a lo que había sido el Mercado de Esclavos de los Basavilbaso-Azcuénaga. Lo interesante de esto es que Taylor cortó la barranca al nivel más bajo para implantar su edificio y al hacerlo se encontró con el viejo pozo de basura donde los Dominicos arrojaron su basura de la cocina durante mucho tiempo; de esa forma sólo quedó el fondo del pozo cubierto por el piso del sótano del edificio hecho en 1848. Al excavar bajo el piso hallamos lo que restaba del pozo, y de allí se rescataron varios miles de objetos que permitieron entender la dieta y costumbres de esos religiosos entre 1780 y 1823.

Pero las cosas no siempre son fáciles para los estudios de arqueología urbana, por suerte, y por encima de ese pozo se hallaba un sótano construido por los obreros para cimentar el edificio. Ese espacio fue usado por ellos mismos como basural y para tirar el escombros que se generaba en la obra y de esa manera levantar el nivel de los pisos: por primera vez se tuvo la posibilidad de estudiar los restos dejados por un grupo social tan especial, los obreros de la construcción, en una época temprana en la cual convivían esclavos con blancos y mestizos pobres. Los resultados fueron muy interesantes ya que al comparar ese basural con el inferior se logró comprender también las diferencias entre grupos sociales. Valga un ejemplo: ambos tenían una dieta muy variada de carnes rojas y blancas, aunque los curas comieron más pescado -las prohibiciones de comer carnes rojas- y los obreros más aves. Pero la verdadera diferencia estaba, a nuestro parecer, no en que una era variada y la otra monótona sino en que ambos llegaron a la heterogeneidad por diferentes vías: unos por buscar en el mercado todos los días lo más barato y los otros por lujo gastronómico.

Otro aspecto que llamó la atención al excavar esos conjuntos de restos materiales fue que permitieron cerrar otra hipótesis que, desde hacía tiempo, surgía cada día a la vista pero era difícil demostrar: que la ciudad de Buenos Aires fue desde sus inicios mismos, una sociedad que miraba a Europa -aunque no exclusivamente a España- y que la vida cotidiana estaba conformada por objetos importados en su enorme mayoría. El que así fuera abría una puerta para contrastar esto con lo que sucedía en otras ciudades del país en las cuales parecía ser al revés: la enorme mayoría de los objetos eran de manufactura local. ¿Desde

cuándo era esto así? La respuesta mostró que en todos esos casos la cifra de lo importado estaba muy por arriba del 90%, no importando si se trataba de ricos o pobres; unos estaban a la moda, los otros reusaban objetos descartados por los más ricos, pero todos eran objetos producidos en el exterior. Y cuando tuvimos además contextos aún más antiguos, uno de ellos en la calle Moreno al 300 llegó a los inicios del siglo XVII, pudimos observar que en realidad había una curva ascendente desde la Fundación hasta el siglo XX, en la cual los porcentajes variaban pero en esencia todos tendían a lo mismo, el uso de lo importado: ricos, pobres, talleres artesanales -excavamos una herrería jesuita-, familias completas o mujeres solas, hospitales o esclavos, sea en el centro urbano o en la periferia, de una forma u otra y en proporciones que iban del 70% al 100%, se fue perfilando un modelo de economía y de sociedad muy peculiar. Se estaba comprendiendo formas de comportamiento social, de imaginario colectivo, de aspiraciones y posibilidades reales, de toda una ciudad.

Otra excavación que permitió comprobar la hipótesis del uso de objetos importados fue la realizada en los parques de Palermo de la ciudad de Buenos Aires. Este sitio de la ciudad se creó como paseo público en lo que fueran los terrenos del-Caserón de Juan Manuel de Rosas, por esa razón los restos de ese edificio y sus obras anexas aún permanecen bajo el pasto y los árboles. La excavación de esos restos tuvo por objeto aumentar los conocimientos acerca del edificio, -verdadero paradigma de la arquitectura porteña del siglo XIX temprano- a la vez que averiguar algo más sobre su vida doméstica. En este caso, ese último aspecto quedaba velado por el peso de los hechos políticos ahí transcurridos, que desdibujaban lo cotidiano por remarcar a Rosas, sea para retractarlo o para denigrarlo. Resultaba importante observar pautas de comportamiento de quien fuera una de las personalidades de definió el país, y por ejemplo podemos citar que su vida hogareña no fue muy diferente de la de cualquier familia adinerada de la ciudad; pese a que él mismo hizo la primera ley que prohibía la importaciones para desarrollar la artesanía y la industria en el país, su vajilla y hasta las baldosas de sus pisos fueron traídas desde Francia e Inglaterra. ¿Contradictorio?: sí y no, todo depende de cómo veamos el funcionamiento de la realidad en esos tiempos. Rosas difícilmente pudo haber accedido a otro tipo de objetos en una ciudad en que las manufacturas casi no existían.

La familia Cobo-Lavalle que fue estudiada al excavar el pozo de basura, que les perteneció entre 1860 y 1890, mostró en cambio aspectos inusitados que nos llevan al

terreno de lo personal, del individuo que está detrás de lo que se descarta. Entre los varios miles de objetos (casi 4000) que se rescataron hubo muchos dedicados a actividades intelectuales, como portaobjetos para microscopio, pinceles de artista, un catalejo, lápices, tinteros y extraños corales, lo que nos habla de intereses poco habituales, pero también hubo fusiles, espuelas y sables. Y lo más extraño fue la presencia de objetos de uso sexual y placas de porcelana con relieves pornográficos hechos hacia 1820. Aquí es cuando la arqueología se mete por derroteros diferentes a los antes vistos, cuando la sociedad se transforma en personas concretas, con sus deseos y sus falencias.

Otro de los grandes desafíos de la arqueología en Buenos Aires ha sido el intentar explicar la realidad y mitos relativos a los viejos túneles que, en forma constante, son descubiertos o redescubiertos. Lo que se ha logrado establecer es que hay dos tipos de construcciones subterráneas en la ciudad: la más antigua es una red no terminada de túneles que iniciaron los arquitectos Jesuitas en el siglo XVII y que nunca fue completada. Quedan fragmentos de esta red bajo la Manzana de las Luces y el Cabildo y posiblemente haya otros tramos que no llegaron a unirse entre sí por la expulsión de la orden en el siglo XVIII. Pero aparte de éstos hay numerosas obras hechas bajo tierra, algunas incluso son más antiguas que las ya citadas, y se trata de pozos de agua, pozos ciegos, cisternas de agua para los aljibes, sótanos, cavas de vinos y hongos, cámaras hogareñas para mantener la temperatura de la carne o la cerveza, pasadizos para cañerías, agua, carbón o para entrar y salir de los sótanos. Estas obras fueron comunes hasta el final del siglo XIX en que la tecnología del frío, la electricidad y las comunicaciones las hicieron obsoletas. El mejor ejemplo es el túnel del arroyo Tercero del Sur, coincidente con la actual calle Chile en el Bajo y luego Independencia hacia Constitución. Este arroyo fue entubado bajo una enorme bóveda de ladrillos de 3,50 metros de diámetro entre 1860 y 1870; pero al hacerse las Aguas Corrientes veinte años más tarde quedó todo fuera de uso y fue rellenado con basura y escombros. Cada tanto se reencuentra parte de este túnel y causa asombro aunque su antigüedad no es tanta. Hoy en día una parte de este arroyo entubado puede visitarse en las calles Chile y Defensa.

De esta forma el inicio del siglo XXI puede ver a las ciudades con ojos diferentes a los tradicionales: como ciudades con un pasado rico y significativo, pero que necesita ser estudiado, rescatado y preservado. Centros urbanos con más de cuatro siglos de historia en

la cual participaron diferentes grupos sociales y étnicos, que fueron construidas con el esfuerzo y el trabajo de muchas generaciones cuyos logros deben ser respetados. Lo que sabemos sigue aún siendo muy poco y a veces lo sabido no es exactamente la verdad sino sólo una de las múltiples interpretaciones posibles. Todas las historias son explicaciones del pasado hechas desde el presente, con sus defectos y logros, con sus debilidades e intereses. De allí que sea necesario continuar con el estudio tanto de nuestro pasado como de nuestro presente, y la arqueología urbana ha demostrado ser una de las vías idóneas para esa aventura del pensamiento: el reflexionar sobre nosotros mismos.

La arqueología urbana en estas condiciones tiene características propias: técnicas y métodos para trabajar en el duro cemento, el uso de maquinaria pesada y procedimientos poco ortodoxos, a veces violentos, la falta de tiempo, la convivencia con empresas de construcción y la rapidez con que se generan las propuestas y hay que dar respuestas o hacernos responsables de no darlas. Para quien se dedica a la gestión o a supervisar estos hechos, entiéndase que ni hay ley ni se puede tampoco ir contra los intereses económicos de nadie, pero tampoco se puede dejar destruir un legado del pasado. El secreto está en mediar sabiamente para que todos hagan lo mejor posible.

Hemos excavado bajo casas que al no contar con autorización lo hemos hecho lateralmente desde el sótano de un vecino. Y trabajamos en el escombros de destrucciones hechas delante nuestro, recuperando lo que sólo un día antes estaba entero. Trabajos en que nos han dado sólo pocas horas, o que debíamos usar métodos como el soborno a los capataces o repartir vino a los operarios para tener un día más, y hasta usamos credenciales oficiales falsas. Malabares de la gestión en una ciudad que no quiere que se haga arqueología, si es que esa entidad, “la ciudad”, existe como tal o realmente la representa su gobierno cualquiera sea el de turno. Hubo dos casos con repercusión en los medios de comunicación, llegando uno a sede judicial, en los que un grupo de arqueólogos actuó en obras nuevas y por su falta de capacidad de gestión terminaron ambos sitios rellenos de hormigón. El secretario del juez que detuvo una de esas obras estuvo de acuerdo en no ya no pararla más cuando los arqueólogos le pidieron dinero para trasladar los objetos recobrados, porque no tenían cómo hacerlo. Es decir, tampoco se puede hacer arqueología desde la improvisación; *no hablamos de hacer simples rescates, hablamos de una arqueología sistematizada en ese tipo de contexto.* Ha sido necesario generar una concepción donde la destrucción urbana no debe ser

considerada como un enemigo a combatir sino como aliado potencial para generar trabajo y conocimiento; o no hacer nada ante la inexistencia o ineficacia del Estado. A la vez fue necesario combatir las posturas de la ortodoxia arqueológica que prefería la nada, a un levantamiento de datos o de excavación apurado o poco regular.

La toma de decisiones ejecutivas es dolorosa ya que implica dejar destruir algo, o mucho, para salvar otros *algos* u otros *muchos*. Y por suerte esta forma de trabajo abrió las puertas a las nacientes arqueologías contractuales, de colaboración con la restauración del patrimonio y más que nada, la municipal, inimaginables para una corporación prehistórica caduca, desvinculada del patrimonio. Es decir, no todo el mundo en la arqueología ni en el patrimonio piensa igual. Les recuerdo que en Argentina el primer pedido para que se rellenaran las cuadrículas de excavación la publiqué en 1992; jamás se había hablado del tema pese a que sitios enteros se han derrumbado por las excavaciones de los mismos arqueólogos. Las ortodoxias pueden variar ante condiciones inimaginables para quienes las establecieron. A Sir Mortimer Wheeler⁵⁶ jamás se le ocurrió excavar en una terminal de autobuses o una villa miseria suburbana.

Por otra parte estas formas de hacer arqueología parten de hipótesis que no son generadas en ámbitos universitarios o científicos; son sólo preguntas a responder a los políticos, que luego transformamos en ciencia. Estamos hablando de un país y una ciudad en donde los organismos que deberían dedicarse a construir un sistema de arqueología de rescate y brigadas de rápida intervención –si es que realmente siguen ante la negativa de conservar el patrimonio-, no sólo no lo hacen, ni siquiera ha sido posible hablar el tema.

En el Gobierno de la Ciudad intentamos por diez años llevar esto adelante pero fracasó: el Área de Arqueología Urbana tiene un arqueólogo y una restauradora, quien a su vez tiene por tarea hacer burocracia legal para satisfacer la legislación impuesta por la Secretaría de Cultura de la Nación, lo que a su vez es recibido por *tres* arqueólogos que conforman la Oficina de Registro. Es decir: *uno para excavar, uno para hacer las largas fichas de cada objeto, tres para supervisarlas y tres abogadas para hacer la auditoría anual*. Por eso y con total independencia de para qué excavamos, debemos imaginar el desafío de proteger y estudiar –y frustrarse al no poder hacerlo-, millones de metros cuadrados arqueológicamente

⁵⁶ Fue quien a principios del siglo XX en la India y Mesopotamia estableció los métodos y técnicas ortodoxas de excavación rigurosa; obviamente se movía en un mundo muy diferente al nuestro.

potenciales, bajo una intensa presión inmobiliaria destructiva y sin instituciones que lo preserven, en una ciudad donde la mayor parte de sus tierras han sido niveladas durante el siglo XIX con desperdicios domésticos e industriales generando un alto potencial para la arqueología.

Por supuesto que no es necesario excavar todo bajo la ciudad, pero sí es necesario definir qué podemos y qué queremos estudiar, o proteger para que sea excavado en algún momento futuro. Absurdamente el *Plano de Potencial Arqueológico de Buenos Aires* para identificar sitios de valor y obligar a su supervisión, fue boicoteado por arqueólogos que veían una “monopolización del trabajo contractual” o, peor aun, la “privatización del patrimonio”. Entre eso y el rechazo desde los organismos del Estado, nada se hizo. El temor al cambio sirvió a los destructores. La potencialidad es también un factor sustantivo para tomar en cuenta para evaluar el patrimonio, aunque no lo podamos ver.

La ciudad de Buenos Aires es concebida, como cualquier ciudad, como lo que está sobre el suelo: su arquitectura, sus calles, sus ciudadanos, la vida pública y privada, lo que acontece diariamente: amor, odio, trabajo, placer y tantas otras cosas, sentimientos, cultura y vida y muerte. Y lógicamente su patrimonio, en todas sus formas y maneras. Por eso una mirada un poco diferente es la que parte desde el piso pero se dirige hacia abajo, con la intención de entender algunas de las causas que conforman la naturaleza del suelo y del subsuelo, que lo interpreta arqueológicamente y que permite, por su propia naturaleza histórica, comprender mejor el presente. Y que mediante excavaciones y hallazgos recupera un patrimonio cultural de muy alto valor para las sociedad.

Buenos Aires, y en esto es diferente a muchas otras ciudades, es una enorme, gigantesca construcción cultural en la cual hombre y naturaleza se han conjugado a una escala en que pocos lugares del mundo pueden compararse. Está en su mayoría construida sobre lo que hasta hace un siglo era agua, mediante un sistema de rellenos que le permitió crecer donde antes era impensable, Y eso fue logrado con materiales de demolición que sólo pueden existir en una sociedad de rápido recambio inmobiliario. Trataremos de demostrar que se trata de un valor universal, claramente definido, que generó un paisaje peculiar y que aun representa esa historia y las condicionantes que llevaron a que la ciudad sea tal como es. Es en muchos sentidos una obra humana excepcional en un esfuerzo social y colectivo único, el problema es que no fue controlado.

El observar el plano de la zona nos permite ver que la geografía de la ciudad actual responde a la antigua barranca al río; este paleocantilado es resultado de la acción geomorfológica natural que hizo que la costa de la ciudad tuviera un desnivel que superaba a veces los doce metros de altura. Esta barranca, hoy aun claramente observable, se inicia por el sur en la avenida Martín García, pasa por Parque Lezama donde tiene sus alturas más elevadas, sigue a lo largo de las avenidas Paseo Colón y Leandro Alem, deja arriba la plaza de Mayo aunque poniéndose en evidencia en la Aduana de Taylor donde el Patio de Maniobras puede verse varios metros más abajo, continua por la avenida Libertador, la Plaza San Martín, luego Luis María Campos, Barrancas de Belgrano y termina en los barrios de Núñez y Saavedra incluidos para diluirse nuevamente en provincia. Quien quiera más evidencias, la vista desde el río o desde los terrenos de Retiro es clara mostrando una línea de edificaciones en altura que sigue la barranca misma. Quedan montados sobre esta barranca la Casa de Gobierno que tiene un piso más de un lado que del otro, los viejos edificios de la *city* sobre la avenida Alem como la Bolsa de Comercio, luego el Jardín Botánico, el Hospital Militar, el Cuartel de Granaderos con su vecina Embajada de Alemania o el Club Belgrano. Cuando se circula por la actual Plaza Colón su mayor altura se debe también a que se está pasando por el túnel de un ferrocarril completo, que sale sobre el borde de la barranca, lo que demuestra la altura que tenía ese sector donde estaba el antiguo Fuerte. Desde el puerto puede verse el arco de entrada a esa galería por donde corre el tren que va directo a Escobar y que fuera construido en 1912.

Una segunda mirada nos lleva a entender que desde esa línea de barranca que consolida los límites de la edificación, hay otros dos tipos de terrenos: los rellenos artificiales hechos desde el siglo XVIII a la actualidad y que determina la mayor parte de los espacios verdes urbanos incluidos, y una tercera zona coincidente con las tierras cercanas al Riachuelo, que provienen de una formación geomorfológica diferente: tierras aluvionales producto de los meandros cambiantes del Riachuelo, definidos como lo están por la apertura natural de la boca de ese riacho en los primeros años del siglo XVIII, y luego por haber hecho coincidir con ello el acceso sur del Puerto Madero.

En una primera síntesis el área definida es un paisaje natural-artificial; el primero determinado por la parte superior de la barranca donde fue fundada, no casualmente, la ciudad en el siglo XVI; por otra parte por la zona sur con sus tierras bajas, propensas a

inundarse, anegadizas, una planicie aluvial que los cambios constantes de los meandros del Riachuelo definieron y aun siguen definiendo, y que la Vuelta de Rocha es su remanente más significativo. Hacia el oeste hemos visto los de nuestra generación los rellenos constantes, de la quema de basuras primero, de su simple amontonamiento después de la acumulación de escombros más tarde. La ciudad actualmente plana es una enorme construcción artificial que se ido haciendo lentamente, ganando terrenos al río por una parte, con lo que se ha logrado definir los terrenos que forman hoy Puerto Madero y la Reserva Ecológica, Puerto Nuevo, Retiro, Palermo y Ciudad Universitaria, obra excepcional en América Latina. Y por los rellenos de nivelación del oeste, obra también gigantesca que culminó con la rectificación del Riachuelo en 1945.

La ciudad, al ser fundada, estaba conformada por una zona baja que no tenía utilidad concreta, más que para pescadores y lavanderas, y la parte alta, donde se construyó lentamente Buenos Aires. El punto elegido por Juan de Garay para fundar era una terraza elevada, ligeramente saliente hacia el río, limitada al sur y al norte por dos arroyos que se llenaba con las lluvias, pero que servían para limitar físicamente el acceso. Hacia el oeste, la inmensidad de la Pampa invitaba al crecimiento futuro de este pequeño islote humano en la nada, donde no existía ninguna otro poblado estable más al sur en el continente. La comunicación con el mundo se hacía por el río y el puerto quedaba cerca, en el Riachuelo, bien protegido de extraños ya que su acceso era en ese tiempo complejo y pasaba frente a la ciudad misma limitada por una barra de arena que formaba un canal. Tardaría dos siglos en tomar su forma y tener la entrada actual.

En ese sitio la ciudad podía considerarse como plana aunque había ligeros desniveles; aún hoy quien entra al Cabildo por el norte sube varios escalones para poder salir por el sur, a poca distancia. El agua corría bien, cayendo hacia el sur y hacia el norte, a los zanjones de Matorras y Granados (calles Chile y Tres Sargentos actuales), nada suponía que algún día eso pudiese cambiar. Y una buena fortaleza colocada sobre la barranca era más que suficiente para proteger todo el poblado fundacional, trazado en retícula y con pocas cuadras de extensión.

El elemento geográfico básico fue la barranca al río: cuánto más alta mejor y cuantas menos bajadas, también mejor. Era en ese momento un límite, una protección, el final de la tierra privada, no era para ser construida ni usada, marcaba lo que era ciudad y lo

que ya no era. Y como toda barranca al río eran tierras reales, no parte del ejido como envolvente urbano, eran tierras manejadas por el municipio, el Cabildo de ese entonces. Esta pequeña diferencia marcaría la ciudad hasta la actualidad. La barranca serviría como mirador ya que todo llegaba por allí: los barcos de España, el contrabando que permitía vivir en la ciudad y comerciar gracias a los buques holandeses que venían en su escala desde Brasil, los negreros con su carga humana para ser reenviada a Potosí y llevarse la plata sacada ilegalmente, incluso los barquichuelos menores que venían desde Asunción, Corrientes y Salta Fe la Vieja. Los caminos que llegaban a la ciudad eran tres y estaban bien determinados por el terreno: al sur por las toscas del río, por el Bajo, para evitar el zanjón de Granados; para el norte un poco adentro, por el Alto, para evitar el de Matorras que era más corto y hacia el oeste lo que aun es la avenida Rivadavia. Darían nacimiento a las actuales avenidas que corren por esos sitios y en las mismas direcciones. A veces una forma de patrimonio son los relictos de accesos, campos, caminos, trenes desactivados; incluso la ciudad tiene, en lo que ahora es Parque Avellaneda, una estancia entera que fue donada entera e incorporada así a la ciudad.

En síntesis, era un poblado pequeño mirando al gran río que como mar unía y separaba; y la barranca que era el hecho físico real, mantenido como tal, configurando la topografía del terreno. Pero la ciudad siguió creciendo, los límites físicos fueron bien o mal traspuestos, con puentes, rellenos o simplemente pasando por delante y detrás y el primer barrio fue precisamente el Alto de San Telmo, nombre que ilustra bien la topografía y su importancia para la población local. La ciudad no era absolutamente plana y esto lo reconocían sus habitantes.

El primer cambio importante que se le hizo a la naturaleza del suelo urbano fue iniciada en 1768 por el Virrey Bucareli con lo que se llamó La Alameda; que consistía en un relleno de la barranca al río hacia el lado norte del Fuerte –que también había sido montado sobre la barranca-, para un paseo de esparcimiento público, a similitud de los existentes en España y las ciudades importantes de América. Este paseo, de varias cuadras, era una obra enorme para su tiempo y llevó a gastos discutidos en su tiempo, muy discutidos. Físicamente era un alto paredón paralelo a la barranca que luego era relleno con escombros, basura y tierra hasta lograr el nivel de la parte superior, plantar árboles, colocar unos bancos y poco más: un simple paseo para el ocio de la aristocracia. Pero

significaba renegar de toda la tierra que envolvía la ciudad hasta el infinito, para hacer una obra artificial. Esto significaba miles de ladrillos, cal en cantidades inusitadas y carros y más carros para el relleno, lo que la ciudad difícilmente podía o quería soportar; la crónica falta de mano de obra era importante ya que no había población indígena y los africanos esclavizados eran para revender y estaban en manos privadas, no del Estado. Así que las obras dirigidas por Bartolomé Howell fueron muy lentas, cambiaron los virreyes y siguieron las discusiones por años y años. Pero la Alameda se hizo aunque la terminara Juan Manuel de Rosas medio siglo más tarde con el trabajo de Felipe Senillosa. Esta Alameda coincide con la actual avenida Leandro Alem, más baja que el nivel actual, siguiendo el trazo y forma de ésta; si la excaváramos debe estar aun ahí debajo. Definió la posibilidad de una gran calle frente a la primera línea de edificación, lo que aun caracteriza la ciudad marcando el frente al río que se inicia en La Boca y termina en Núñez. La ciudad se iba configurando.

La estructuración de la ciudad en sus momentos iniciales fue sin duda la barranca al río, fue el hito rector, el elemento físico que separa lo natural de lo artificial bajo tierra, y que al ver la ciudad sigue aun expresado. Al mirar el mapa de la ciudad queda claro que este eje que se inicia en la avenida Paseo Colón y termina en los fuertes desniveles de Núñez, es lo que define la forma de la ciudad; las tres configuraciones geológicas que tiene están presentes. La fuerza que este elemento físico ha tenido en la memoria urbana, lo ha transformado en el eje rector del urbanismo de Buenos Aires, ejemplo de esta relación entre naturaleza y artificio que estamos buscando. Aun lo llamamos “el bajo”.

En unión con esto están los relictos de los arroyos de la ciudad, hoy entubados pero con su evidencia material en avenidas que sigue el trazado, como son el arroyo Medrano (Av. García del Río) y arroyo Maldonado (avenida Juan B. Justo), los que han quedado como restos bajo suelo con posibilidades de recupero arqueológico (los Terceros) o el trazado original de la entrada al Riachuelo, coincidente con el Puerto Madero en su dársena sur.

La zona alta es donde los restos arqueológicos de la vida cotidiana se concentran en forma de pozos, como ya se ha dicho, mientras abajo son en su mayoría rellenos de nivelación. Hemos visto que la topografía del terreno no era originalmente plana y fue un trabajo habitual el rellenar las oquedades con escombros de demolición, basura y objetos

diversos. En excavaciones practicadas en la zona sur de Plaza de Mayo se han hallado hasta tres metros de estas acumulaciones, en especial en las zonas de los Terceros. Estos también eran usados para arrojar la basura de la ciudad al menos hasta 1870.

En cambio las zonas de la barranca hacia el río fueron rellenas masivamente, generando docenas de miles de metros cúbicos de materiales culturales descartados y tierra, ya que la piedra era inexistente. Los trabajos ya hechos en Palermo, por ejemplo, también han mostrado el potencial de estos conjuntos, intocados desde su depositación y de fácil excavación. En general hay dos tipos de rellenos: los hechos con ceniza y material proveniente de lo que se llamaba “la quema”, por lo tanto la mayor parte son sólo los objetos no calcinables que quedaban entre las cenizas, o donde simplemente se arrojaban los carros con los desperdicios cotidianos hasta lograr un nivel horizontal, luego se agregaba tierra y árboles. En ambos casos las posibilidades son grandes para la arqueología.

Por último, hay que destacar que la ciudad tuvo un sistema de túneles y construcciones conexas que, iniciado en el siglo XVII continuó durante el XVIII, incluso con sectores hechos en el XIX temprano. Este sistema defensivo quedó intocado en algunos sitios de la ciudad, como en la Manzana de las Luces, donde ha sido restaurado y es posible visitarlo. También existen galerías y túneles bajo tierra producto de las obras sanitarias, de higiene y de entubamiento de arroyo, que luego quedaron fuera de uso; al menos un caso ha sido excavado y recuperado, el Zanjón de Granados (Defensa 755 de hoy) que corresponde al antiguo arroyo Tercero del Sur y que puede ser visitado y recorrido en una parte de su trayecto original.

La ciudad de Buenos Aires tiene una larga historia que se remonta al siglo XVI con su Fundación; pero por diferentes motivos imposibles de analizar aquí, su arquitectura - a diferencia del trazado urbano-, no fue preservada. Salvo contados ejemplos fragmentados la enorme mayoría de sus construcciones ya no existen, pero quedan en forma de escombros bajo el suelo urbano, en los enormes rellenos de la zona baja e incluso en los pozos y desniveles de la parte superior de la barranca; es allí donde la arqueología puede recuperar este pasado, estudiarlo analizarlo y transformarlo en bienes patrimoniales que la población pueda ver y disfrutar. Es por eso que la arqueología se transforma en doblemente importante en una ciudad caracterizada por el recambio inmobiliario, en donde primaron las intenciones de modernidad sobre las de preservación. Las posibilidades que encierra su

subsuelo son enormes, ya se han iniciado estos estudios desde el Gobierno de la Ciudad y los centros de investigaciones, y su continuidad permitirá entender más sobre nosotros mismos como ciudadanos, nuestros comportamientos colectivos e individuales, nuestras actitudes de consumo y descarte, nuestra relación con el universo de los productos importados y su relación con los de producción local. Es decir, entendernos un poco más a nosotros mismos; y eso no es poca cosa.

VI

La triste historia de la casita de San Juan 338

Como ejemplo de la situación imperante, de falta de controles o de la idoneidad de éstos en muchos casos –o simplemente su falta de especialización-, valga un ejemplo: una casa que existió hasta el año pasado en la avenida San Juan 338 propiedad del Gobierno de la Ciudad y que estaba en manos de la Secretaría de Cultura. Desde 1999 había sido identificada por su valor para la arqueología y la historia, hubo grandes notas en los diarios, y era la casa más antigua que el Gobierno tenía en su custodia. La casa en sí misma estaba completa, además que conservaba bajo el suelo hasta el primer fogón cavado en la tierra y hecho de barro, los pisos de tierra, el aljibe, los muros de ladrillones unidos con barro y hasta la pintura original. Era excepcional, simplemente no había otra en la ciudad y estaba en las manos adecuadas.

Es por eso que se torna importante que en el año 1833, entre los documentos elevados a un juez de la ciudad de Buenos Aires por una viuda y sus hijos, se hallaba la siguiente anotación al pie de la descripción de una vivienda modesta en la zona sur de la ciudad:

“El finado Don Marcos de la Rosa murió intestado a manos de los ingleses en la entrada de Witelot (Whitelock) a esta ciudad, y su viuda Doña Gregoria Pinel queda con dos hijos menores, Don Santiago y Doña Juana y un póstumo que dio a luz, una niña Doña Juana, mes y medio de la muerte de su esposo. Y habiendo vivido esta niña algunos tres meses, vino a heredar a su finado padre con sus dos hermanos (...) la finca que hoy se trata de dividir...”.

La trágica muerte de Don Marcos durante la segunda invasión militar de Inglaterra a estas tierras debe haber pasado casi disimulada entre las muchas que hubo, y no hay duda que ni Doña Gregoria ni el juez tenían idea que esa casa iba a sobrevivirlos y llegaría casi intacta hasta hoy, es más, que sería fruto de interés científico. Y que fuera la que muchos consideran como la más antigua que sobrevive en la ciudad. Menos aun se le ocurriría a esa gente que su modesta casa, que había sido construida en la tipología más común la ciudad como eran las de casi todo Buenos Aires, sería parte de un tipo que desaparecería rápidamente por culpa de una Ordenanza Real del 20 de febrero de 1784, quedando su casita como el único testigo que llegara al siglo XXI. Además entraba dentro del Casco Histórico, es decir que estaba protegida por las leyes emanadas del mismo Gobierno de la Ciudad.

Por otra parte en el año 1996 se había iniciado en la ciudad lo que conocemos como *arqueología municipal*. No era la primera vez que en el país se hacían trabajos de arqueología en edificios históricos en relación con municipios, incluso había ya buenas experiencias, pero la posibilidades que brindaba la apertura democrática de un Intendente elegido por votación posibilitó nuevas alternativas y así surgió el tema en el Gobierno de Buenos Aires. Para ello se organizó un equipo que actuara en función de los requerimientos municipales y no de un sistema universitario, y este era un buen caso. Esto no fue fácil de definir, es decir poder lograr establecer los límites entre una y otra manera de actuar, ya que no implicaba diferencias teóricas o metodológicas sino el aceptar que los proyectos surgían en función de necesidades, preguntas y programas patrimoniales que eran gestados en instancias más amplias, externas a la arqueología misma. Con los años se observó una diferencia fuerte con la arqueología urbana tradicional: la hecha por el municipio implicaba una responsabilidad extra en la difusión del conocimiento generado y en el manejo y exhibición del material cultural, el que se transformaba en patrimonio histórico de la comunidad en forma inmediata.

Dada la importancia que era evidente que la pequeña casa tenía se la excavó por arqueólogos, se la estudió con profesionales de diversas especialidades durante cinco años, pero luego fue demolida con la justificación de ampliar el museo vecino. Pese a haberse demostrado que era "*la casa más antigua de Buenos Aires*", tal como la llamaron los

periódicos, fue destruida. La ampliación el Museo de Arte Moderno había puesto la antigua casa en el centro de conflictos de intereses millonarios, incluyendo créditos ya otorgados del exterior. ¿La ampliación del Museo, que todos queremos, justificaba pensar en demolerla para hacer obra nueva?, ¿no había otra opción posible?, ¿esos pocos metros cuadrados no podían quedar dentro de la enorme construcción que se proyectaba? Trataremos de contestar esto más adelante.

Buenos Aires es, casi con absoluta certeza, la única ciudad de América Latina que ha destruido toda evidencia arquitectónica de los 250 primeros años de su historia. Y si fue fundada en 1580 no tiene un ejemplo de arquitectura colonial; queda un único fragmento rehecho de una fachada de iglesia hoy en ruinas y apuntalada para evitar su derrumbe y ninguna casa entera del siglo XVIII o inicios del XIX; las iglesias se conservan sin ninguna fachada original y en fragmentos. Es decir que ya no hay nada reconocible o auténtico anterior a la mitad del siglo XIX o más.

¿Pero por qué nos preocupaba la historia de una casa familiar? ¿Porqué el Gobierno de la Ciudad debía preocuparse de eso con todos los problemas graves que tiene? No es sólo por prurito cronológico –aunque fuera *la más antigua de la ciudad*-; en realidad nos interesaba porque además de su materialidad, de ser única, queríamos indagar una de las constantes urbanas sostenidas a lo largo de 400 años: la de la no permanencia de los inmuebles en Argentina, al parecer una inmutable ley general. Entender porqué demolemos todo y no preservamos, de manera opuesta a lo que se hace en el mundo y en el resto del continente, el porqué de esta manera de ser únicos.

En nuestros estudios anteriores habíamos llegado a la conclusión que las viviendas privadas se demolían o transformaban como promedio al menos cada veinte años; y que los edificios públicos no alcanzaban los sesenta años. Más allá del conocimiento científico el significado de eso es enorme y preocupante. Esta pequeña casa resultaba así aun más excepcional. Por eso iniciamos un estudio interdisciplinario en que intervinieron varias vías de búsqueda de información para poder contrastar los resultados. Y, como cosa poco común en la arqueología argentina, se invitó a diferentes arqueólogos a excavar en el mismo sitio, en una experiencia enriquecedora. Una cosa era que alguien dijera algo, otra cosa era que varios grupos de profesionales diferentes llegaran a la misma conclusión.

Para inicios del año 2000 ya incluso existía un proyecto de puesta en valor ante la crisis; era factible abrir el lugar al público y con el cobro mínimo de la entrada se autosostenía. Paralelamente se hicieron conversaciones con el arquitecto que había proyectado la ampliación del Museo vecino, residente en Estados Unidos. Este mostró su asombro porque nadie le había dicho que era lugar ese era antiguo y de valor; vino al país y visitó el lugar entendiendo la necesidad de conservar esa casa en el interior de la nueva obra. Era una casita pequeña que entraba de sobra en la obra nueva del Museo, incluso propuso hacer allí la dirección del nuevo organismo. Pero los responsables del Gobierno de la Ciudad consideraron que el proyecto ya estaba hecho y cambiarlo implicaría tiempo y dinero, lo que se suponía que no se tenía.

En plena crisis económica y social, en marzo de 2003 un grupo de personas que habían sido desalojadas de un edificio en la calle de enfrente, que formaban parte del Movimiento de Trabajadores Desocupados, ocupó el lugar para hacer una escuela, un comedor infantil y viviendas. Era gente desalojada de otro edificio que por su antigüedad pasó también a la Secretaría de Cultura y que aun hoy sigue desocupado. Tomaron el lugar entendiendo que si el sitio era para la cultura y la sociedad, nada mejor que darle ya esos usos. El tema generó un escándalo en el cual participaron también muchos de quienes habían participado en las excavaciones y estudios. Pero la justicia y la policía desalojaron el predio a pedido del Museo de Arte Moderno porque impedía su futura ampliación.

Después todo siguió igual, con el aumento del deterioro y denuncias públicas sobre lo absurdo de demoler para preservar, estudiar una casa popular para impedir que vivan allí habitantes del pueblo o el hacer un nuevo edificio para la cultura de élite impidiendo que funcione una modesta escuela. Lo que estaba en crisis era el concepto mismo de patrimonio en el Gobierno de la Ciudad. Y siguió todo igual, vaciado y cerrado al público, nada se hizo salvo un proyecto para el desarmado y traslado que tampoco se concretó y nadie avanzó en modificar los planos. Fue en 2005, cuando se retomó el tema, cuando se decidió preservar los cimientos de la casa antigua, demoliendo todo pero conservando lo único que no se había hecho para ser visto: los cimientos, y destruir muros, pisos, patios, fogón, aljibe... Obviamente no se hicieron los cambios en el proyecto nuevo para los que no había tiempo, solamente habían pasado cinco años. Y así se hizo, se demolió todo y se excavaron los cimientos sin avisar a los arqueólogos: ahora estamos sin museo, sin casa antigua, sin escuelita, sin nada... una obra construida a medias, al menos hasta hoy.

Podemos rever un poco lo que encontramos allí dentro: esta manzana aparece definida en los planos de la ciudad hacia 1710-20 cuando el ejido de la ciudad comenzó a ser vendido por el Cabildo, con lo que se inició el poblamiento de los Altos de San Pedro (lo que ahora llamamos San Telmo), la construcción de una nueva iglesia de los jesuitas y su Residencia para Hombres en la manzana de enfrente de la casita. En el plano de Buenos Aires de 1738 la manzana ya fue dibujada como dividida en cuatro solares y es la primera referencia física que tenemos para la existencia de esa casa o del terreno.

La excavación ha mostrado que no hay ocupación anterior a la fecha citada salvo unos mínimos fragmentos de cerámica del siglo XVII y algunos acontecimiento que deben haberse producido en el uso marginal que tenía el terreno; los materiales culturales en contexto se incrementan recién para la segunda mitad del siglo XVIII, coincidiendo así la información histórica con la arqueológica. Otras excavaciones hechas en la zona de los Altos de San Pedro, como en el convento de los jesuitas, indicaron lo mismo: la ocupación fue intensa en los inicios del siglo XVIII y de antes sólo hay algunos pocos fragmentos cerámicos aislados y huesos de animales (vacunos y equinos) dispersos por entre la tierra negra. Era parte del ejido y tenía por ende un uso esporádico.

No tenemos la fecha exacta en que el cuarto de manzana se dividió en lotes menores pero por las escrituras ya lo estaba a la muerte de Don Marco de la Rosa en 1807. Suponemos que fue él quien hizo los arreglos de la casa que la llevaron a su forma actual en la parte antigua. Esa escritura indica que a su vez el terreno que aun existe se había dividido en tres partes, una para cada uno de sus descendientes y una de esas divisiones llegó al siglo XX desapareciendo parcialmente con la apertura de la avenida San Juan. En el Catastro Beare hecho hacia 1865 figura este terreno con una subdivisión (la del oeste) pero el jardín incluye también la superficie que correspondería a una casa vecina. El recorte producido por la avenida San Juan en 1980 le sacó al terreno unos seis metros desde el frente, dejando el patio abierto a la calle. Para esa época todo ya había sido unificado nuevamente por la vecina fábrica Piccardo que compró los terrenos con la intención de ampliar la fábrica, aunque en 1980 los traspasó a la Municipalidad por expropiación parcial.

El uso inicial del terreno, cuando cubría un cuarto de manzana parece haber sido la agricultura, lo que se indica en el plano de 1740 y la arqueología observa lo mismo. Suponemos –por los materiales culturales hallados– que más tarde debió ser sólo un típico

fondo suburbano, aunque algunas evidencias indican que se siguió sembrando y usando como huerta durante todo el siglo XIX. Los documentos hablan para 1833 de “huerta, horno de pan y árboles frutales”.

Los trabajos de excavación han mostrado que de los momentos previos o contemporáneos a la primera modesta casa, la información obtenida es: un fogón al aire libre con restos formados por huesos de vacunos y ovinos, algunos fragmentos de cerámicas incluyendo varias un poco anteriores en el tiempo –debieron estar viejas cuando fueron descartadas-, restos culturales muy modestos y de tipo indígena e hispano-indígena y dispersos por el terreno una cantidad asombrosa de huesos, incluso algunos articulados. Estos últimos han sido interpretados como restos de animales faenados en el lugar y que sus huesos simplemente quedaron allí, siendo enterrados parcialmente por el uso del terreno. Era un andurrial suburbano y el comportamiento de la población era acorde a ello: tierra de todos y de nadie, costumbres aun rurales aunque muy cerca del centro. Si bien no tenemos mucha información es posible asumir que lo que los varios planos del siglo XVIII indican, es decir la existencia de al menos una vivienda muy pequeña, sea cierta. Lo que se ve es un cuadrado mínimo que en realidad es la abstracción usada en su época para indicar una casa de pequeñas dimensiones; cabe aclarar que en el terreno original hay dibujadas varias. Si una de esas casas coincide con la ubicación de la actual, debió estar en la parte de lo que llamamos "cocina" siguiendo la nomenclatura de 1833, es decir en la sección más antigua de lo actualmente existente; tenía paredes de ladrillos y techo de tejas, información basada en lo encontrado en excavación.

¿Cuándo fue demolida o alterada para construir la casa de tres ambientes que fue recién demolida?, no lo sabemos con certeza pero debió ser antes de 1784 ya que las Ordenanzas Reales de ese año prohibieron esa tipología edilicia sin línea municipal, lo que fue acatado en la ciudad con bastante premura por lo que los planos y documentos indican. Si bien estos cambios pudieron haber sido más laxos en algunos casos, la casa de tres habitaciones no debe haber durado mucho tiempo ya que las evidencias arqueológicas indican fuertes cambios en pisos y paredes. Se trataba de una típica casa de "sala con aposento" tal como eran descritas en su tiempo y una cocina anexa separada por el zaguán que daba paso al patio del fondo. Un pozo de aljibe atrás del zaguán y un jardín adelante, con un gran fondo atrás en donde estaban el corral, los naranjos, las higueras y el horno de

amasar pan que también citan las escrituras. Este conjunto está construido con ladrillos de 40 cm de largo asentados en barro con piso de tierra, vanos sin ángulos rectos en sus esquinas, herrajes forjados, techo sostenido por vigas de palmera y salvo por los cambios en la techumbre es lo que aún está en pie. Los muros no estaban revocados si no simplemente blanqueados y luego pintados de rojo pálido a la cal. Poco más tarde vino una remodelación casi total transformando la casa, que pasó de su forma alargada a una de patio cuadrado rodeada de habitaciones, en que la casa vieja quedaba como el lado posterior. ¿Cuándo se construyó eso? Si su dueño Nicolás de la Rosa murió en 1807 y la casa la hizo en vida, teniendo ya dos hijos y otro en gestación de 7 y 1/2 meses de embarazo al fallecer, suponemos que las obras no deben remontarse más allá de 1800 a 1805.

Si bien lo que pudo existir hacia la calle ya ha desaparecido por la avenida sabemos que se le agregaron dos cuerpos de dos habitaciones cada uno, formando un cuadrado con un patio central y una fachada falsa con tres puertas; este plano se ve en el catastro de Pedro Beare y en algunas fotografías halladas en la investigación. La casa pasó a ser una construcción de mayor importancia aunque sin ser señorial: sobre el frente se le había construido un nuevo cuerpo que debió incluir las respectivas salas de las dos casas que se dividían en el frente. La de atrás seguía igual. Suponemos que esa obra debió hacerse poco después de que la familia dividió la casa en 1833 y antes del catastro en que aparece completa. Este sector nuevo tiene ladrillos de menor tamaño pero que en buena parte están igualmente unidos con barro, aunque hay algunos sectores hechos con cal. Las puertas ya son de dintel recto y sin ochavas, con muros de la mitad de espesor. No hay ventanas en esta etapa constructiva y aquí debió cubrirse el piso con baldosas francesas, cegándose la puerta de paso entre varias habitaciones pero con dintel plano. Al menos algunas habitaciones estuvieron empapeladas para la mitad del siglo XIX y hallamos restos bajo la pintura..

La última gran intervención debió hacerse hacia 1890: se construyó una cocina en el patio delantero y se usaron en varios pisos nuevas baldosas francesas provenientes de Marsella, coincidentes con una instalación de desagües y de entrada de agua de 1892 hecha por Obras Sanitarias. Una intervención menor se produjo cuando la casa, ya muy deteriorada, fue cortada en el frente en 1980; quedando con forma de U abierta hacia la avenida con un naranjo al centro. Casi de inmediato, aprovechando que la casa había

pasado a la Municipalidad, se la transformó en una galería comercial acorde a la zona de la Plaza Dorrego y su espíritu historicista; en ese momento se desmontaron todos los techos para hacerlos a nuevo, se abrieron vanos y la fachada de la construcción más antigua se hizo "colonial", destruyendo las verdaderas molduras para darle el aspecto difundido por el Neocolonial de inicios del siglo XX. Las vigas originales de palmera, intactas, fueron reusadas en diversos sitios del terreno ¿porqué las sacaron? ¿por qué *parecían* viejas?. Se revocaron las paredes, se cerraron vanos, se abrieron puertas y se hizo el piso de cemento alisado del patio; se canceló el aljibe y se tapó su pozo. Es decir, se hizo todo lo que no debía hacerse si lo que se quería era conservar la casa antigua.

Durante la década de 1980 la casa fue invadida por intrusos que se instalaron allí; numerosas familias que construyeron habitaciones por todas partes, en especial en el patio trasero, agregaron entresijos, hicieron baños provisorios, rompieron pisos y muros y, al fondo del terreno, edificaron con madera y lámina acanalada. En los finales de ese decenio fueron expulsados y ese era el estado de deterioro en que entramos.

Una de las habitaciones excavadas, la número 3, ya citamos que fue un hallazgo interesante por sus connotaciones arqueológicas e históricas, o al menos por lo que es posible deducir de lo encontrado, el que allí habrían estado habitualmente los niños de la casa, estudiando, aprendiendo, entrenándose para ciertas actividades típicas de las que se atribuían a sus respectivos géneros. Era la primera y única vez que hicimos un hallazgo de esa naturaleza. En los dos metros cuadrados excavados allí había una serie de objetos relacionados con el juego infantil (veintiséis bolitas de vidrio), con las niñas (aro, pulsera infantil y cuentas de vidrio), con la costura (un ganchillo, nueve botones y veinticuatro alfileres) y con la educación (cuarenta lápices de pizarra y tres pizarras para escribir). Sin lugar a dudas era algo poco común ya que esto no se repetía en ningún sitio de todo el terreno ni en otro sitio de la ciudad. Sí se encontraron algunos objetos de este tipo en otros lugares, pero aislados y en otro tipo de contextos. Valga un ejemplo, la segunda mayor cantidad de lápices de pizarra estaba en el jardín posterior, donde hubo tres en doce metros cuadrados; si en el Local 3 hubo veinte lápices por metro cuadrado en el jardín hubo 0.25 por cada metro es decir unas cien veces más. En cambio en el gran espacio trasero se encontraron diez fragmentos de diferentes tinteros pero no hubo ninguno en la habitación, ¿qué sucedía? Esto fue interpretado como tinteros sucios (volcados) que fueron arrojados al

terreno del fondo como forma de descartarlos, muy diferente al destino de los pequeños fragmentos de lápices (de pizarra, no de madera y grafito como los actuales) que fueron a parar al rincón cayendo entre los agujeros de las baldosas del piso. Además y junto a todo eso se encontraron dos monedas de cobre, una de 1854 y otra de 1886, esta última coincidente con el nivel de mayor densidad de alfileres y objetos atribuibles a niñas.

¿Cómo podemos interpretar que en un rincón de una habitación haya objetos de este tipo en estas cantidades? No es fácil: ¿era un cuarto familiar donde se le daba instrucción a los chicos, donde se cosía la ropa y en donde éstos jugaban?, ¿podría ser algo parecido a un comedor de diario actual? Creemos que la explicación se encuentra por ese lado, posiblemente dejando de lado a la actividad femenina adulta del coser para proponer que era parte de la educación de las niñas. Es decir, en la casa remodelada y ampliada que ubicamos hacia 1850, de mayor categoría y dimensiones que la inicial del señor De la Rosa, hubo al menos un lugar para la vida doméstica con un buen piso de baldosas francesas y paredes empapeladas, cuyo piso tenía posiblemente un agujero en la esquina por el cual los chicos perdieron –o arrojaron- sus bolitas, las cuentas de un collar, un aro y una pulsera rotos; y allí fueron a parar los fragmentos de lápices y alfileres de la costura.

¿Es esta reconstrucción válida? Hay dos vías para intentar saberlo: una es la documental que en lo específico no nos dice nada, pero sí sabemos que este tipo de espacios y actividades era habitual en la segunda mitad del siglo XIX; la otra, la arqueológica, que nos indica que la densidad es tan alta y el conjunto de objetos tan específico, que es posible que así sea. En los más de treinta metros cuadrados excavados en la casa sólo hubo una bolita en el patio delantero y dos en el trasero, y en ese mismo orden hubo dos y tres lápices de pizarra; en ningún otro lugar de la casa los hubo; del resto sólo hay dos cuentas de collar en el patio delantero. Es decir que el promedio de lápices es de 20 por metro cuadrado, mientras que en el resto de la casa desciende a 0,16 por metro. Por supuesto esto puede deberse a otro tipo actitudes, como un niño metiendo dentro de un agujero en el piso lo que encontrara a mano, lo que no sería raro, es decir que no fuera el resultado de un entierro fortuito sino de actividad conciente; pero eso no modifica nuestra interpretación general del asunto, es decir la presencia activa de los niños en el sitio.

Posiblemente se trate de un caso en que vemos la presencia de niños tomando clases en su propia casa –el sistema de tutor a domicilio-, y jugando en el mismo lugar. La

gran cantidad de alfileres y botones y un ganchillo nos hace pensar en que las niñas aprendían corte y confección, lo que era habitual en su tiempo. El sistema de las tutorías a domicilio fue habitual durante todo el período colonial y siguió en uso hasta bien entrado el siglo XIX en que la Educación Común en escuelas se fue imponiendo, en especial tras el fuerte desarrollo que tuvo con Domingo F. Sarmiento. Incluso la aristocracia porteña mantuvo el sistema para sus hijos hasta bien entrado el siglo XX, o si enviaba a sus hijos a colegios privados, en sus casas se les daba la *otra* educación, la de clase. Esta consistía en un profesor que daba clases domiciliarias, generalmente a los varones y más raramente a las niñas; a éstas últimas se les agregaban conocimientos sobre confección de ropa y música. Por supuesto era un tipo de educación en cierta medida cara y elitista en la tradición europea del Antiguo Régimen. En esos años fueron comunes los tutores extranjeros quienes enseñaban también francés e inglés, lenguas vivas que no se dictaban en los colegios. Es tan obvio que no haría falta decir que las diferencias entre las tutorías hogareñas y el sistema de educación común impulsado por el Liberalismo, no eran sólo los cambios que implicaba la modificación en la forma de educar, sino del tipo de contenido y el alcance social de los nuevos mensajes a transmitir; fue un cambio muy profundo que aún mantiene polémica. Las dos fechas que tenemos en monedas (1854 y 1886) coinciden con el inicio de las ideas de Juan B. Alberdi, con el trabajo de Sarmiento en la Dirección de Escuelas desde 1856 y con la creación de colegios secundarios y normales bajo el impulso de Bartolomé Mitre; para 1886 ya había un modelo impuesto, en pleno crecimiento y ya aprobada la Ley 1420 de Educación Común. Es decir, una generación completa en la cual se puso obsoleto el sistema de tutoría domiciliaria. Es en ese contexto que ubicamos los objetos de las niñas, tanto los juguetes y adornos personales como los múltiples botones y alfileres. El rol predeterminado para la futura mujer –eso era en esencia lo que para ellos representaba una niña-, la obligaba a aprender y a jugar con esos elementos.

El hallazgo de esa construcción significaba uno de los logros de la arqueología urbana de Buenos Aires; la posibilidad de preservarla o en su defecto estudiarla con todo detalle la convertía en única en su género. El trabajo conjunto entre historia documental, arquitectura y arqueología había permitido una reconstrucción del proceso de construcción, de sus transformaciones, de las formas del uso del terreno e incluso poder asomarnos a la

vida cotidiana en el lugar a lo largo de al menos 250 años. Esto le daba a la casa mayor valor patrimonial; era única pero por muchos motivos concurrentes.

En síntesis los materiales culturales indican una muy ligera ocupación desde el siglo XVIII temprano, un uso más intenso para finales de ese siglo y remontando luego de un descenso hacia la mitad del siglo XIX; hay pocos materiales de alto valor económico salvo las lozas Creanware, incluso muy poco vidrio proveniente de Inglaterra y del siglo XIX; hay bastantes cerámicas rústicas y modestas; todo esto parece indicar que el sitio estuvo habitado por gente de recursos bajos, no en extremo pobres pero sí muy modestos.

Si quisiéramos reconstruir la dieta incluso entendiendo que hay un alto porcentaje de huesos perdidos por los procesos ya descritos, podríamos aventurar las siguientes conclusiones. Para el período más antiguo, es decir el anterior a la construcción de la primera casa o coexistente con las edificaciones previas que pudiere haber en el lugar, hay una alta densidad de vacunos y ovinos, una menor de aves de corral como gallina y pollo, un poco menos de pavo y de perdices. Los peces fueron importantes en la dieta y quizás la cercanía al río sea una mejor explicación que la de su bajo precio, o a lo mejor ambas a la vez en una familia sin duda modesta. Recordemos que este conjunto de restos óseos es muy especial pues está asociada con fogones, tanto que hay 4496 fragmentos pequeños quemados y que el 56.3% de los reconocidos estaba en esas condiciones, posiblemente porque los huesos fueron parte del combustible usado para el fuego, lo que ha sido una costumbre habitual debido a la falta de leña. En el fin del siglo XVIII correspondiente a la ocupación anterior inmediata a la casa original tenemos una conducta de consumo decididamente volcada hacia las carnes rojas, donde el vacuno era más consumido y con escaso uso de aves domésticas como gallina, pato y pavo, un uso moderado de peces, presencia de mamíferos de caza como peludo y mulita y aves de caza como la perdiz, aunque hay que resaltar que fue un consumo ocasional. De los inicios siglo XIX a mediados del mismo tenemos una conducta de consumo centrada en el consumo de carne vacuna como preferencial, seguido por el ovino (oveja o cordero), luego por las aves de corral (gallinas y pavos), el uso muy ocasional de aves de caza y consumo bajo de pescado. De las primeras décadas del siglo XIX y continuado hasta mediados del mismo siglo, se observa un alto consumo tanto de pollo como de carne roja de vacuno seguido por el ovino, el pescado, el pavo y las perdices; y como cosa extraña al menos una nutria. Para mediados

del siglo XIX y hasta el fin del mismo tenemos que la mayor parte ha sido de consumo vacuno y luego de pollo y cerdo, también hay ovino, perdices y peces, asimismo se encontraron restos de al menos un caballo y ratas, cosa bastante razonable para el lugar del que se trata, es decir un patio al fondo de la casa. Para el final del siglo XIX tenemos un contexto conformada por una mayoría de vacuno, gallina, perdiz y algo de cerdo. Lo que luego continúa con fuerte consumo de carne vacuna seguida por cerdo y luego ovino, mucho pollo y gallina, perdices, muy poco pescado. Por último, el contenido del aljibe, relleno que entendemos fue arrojado cerca de 1892 según los planos, donde hay una alta concentración de vacuno, seguido por gallina y perdices, luego ovino y porcino. La casa también ya nos estaba hablando de qué comían y cómo lo cocinaban.

También nos servía para intentar demostrar una hipótesis producto de la observación recurrente en una larga lista de casos estudiados en la ciudad, que por otra parte se puede constatar a simple vista: la sistemática transformación de los inmuebles en el tiempo. Este era un rancho en la periferia que creció hasta ser una casa de tres ambientes, luego una gran casa de patio cerrado, luego se tugarizó, se demolió en parte y terminó como casa colectiva invadida tras tremendos cambios. El que haya mejorado o disminuido el nivel social de sus ocupantes no parece ser demasiado importante, la realidad de la secuencia edilicia es la misma que en toda el área céntrica: cambios y transformación constante a lo largo del tiempo y finalmente la demolición.

Esto nos obliga a pensar más lejos que en el edificio mismo: primero ¿porqué sucede esto?, y segundo: ¿era esto algo del pasado que las políticas modernas de patrimonio han logrado revertir?

Lamentablemente la primer respuesta no la podemos dar con certeza, no sólo porque supera los límites de la historia urbana y de la arqueología y nos habla de un tipo de sociedad que se construye a si misma sobre una peculiar idea de *progreso infinito*, aun arraigado en la Ilustración y reconstruida por el Liberalismo de 1900, que se identifica con una imaginario colectivo que la acerca a una Europa ideal, inexistente por cierto, para despegarse de cualquier tradición supuestamente indígena o Latinoamericana; una idea casi absurda de que preservar es una actitud políticamente reaccionaria y conservadora. Una ciudad formada básicamente por la Gran Inmigración europea de 1900, que borró primero al indígena con un genocidio brutal y luego a los afroporteños con otra forma de

desaparición menos violenta pero no más benigna, para ser, o imaginarse que es “blanca, occidental y cristiana”. Absurdamente, para un país en que el Nacionalismo de derecha ha sido casi una constante en sus políticas a lo largo de el siglo XX, siempre se consideró que el recambio inmobiliario era un símbolo de crecimiento económico y de mejoría social. Es por eso que aun no existe una política concreta de preservación, menos aun de restauración. No es que no se trabaje en ello, pese a todo lo que se hace no se logra resolver el problema estructural que es la concepción misma de identidad, de memoria y de patrimonio.

Sin hacer historia contrafáctica, es decir “que hubiera pasado si...”, podríamos preguntarnos si ésta no era una historia que ya estaba escrita, si la arqueología no lo estaba diciendo al mostrarnos una repetición más de una ley del comportamiento de los porteños: que los edificios se demuelen o transforman en forma constante e imparable. ¿Era esta la excepción?, ¿podíamos ser tan omnipotentes de creer que realmente habíamos logrado alterar la historia de sólo preservar los hitos y no la historia modesta?, ¿que el Gobierno de la Ciudad iba a poder avanzar con una mirada nueva del patrimonio?, ¿qué acaso otros intereses –buenos o malos, no importa-, no iban a ser siempre más fuertes que los de la preservación?

Lo que la arqueología de la casita mostraba se remarca al compararlo con otras construcciones excavadas: una relación siempre mayoritaria de la presencia de los objetos importados. Muy pocas ciudades del mundo deben tener una presencia de este tipo que llega al 99.43 % de promedio del total de los objetos encontrados en una casa. Estábamos frente a gente –una sociedad, la porteña- que siempre puso primero la moda y el consumo de lo nuevo e importado, incluso siendo lo que en su momento se consideraba como “pobres”, o al menos no ricos. Quizás esta ley recurrente nos explique la sistemática transformación de los inmuebles en el tiempo y, por ende, la obvia dificultad de establecer políticas patrimoniales. Por eso vemos en esta historia, en esta casita, un ejemplo de nosotros mismos: la vida de un rancho en la periferia que creció hasta ser una gran casa, luego terminó como casa colectiva, la que retomada por el patrimonio terminó demolida por quienes debían protegerla. Esto nos obliga a pensar, primero ¿porqué sucede esto sin que nadie realmente se oponga?, y segundo: ¿era algo del pasado que las políticas del patrimonio no han logrado revertir porque nunca lo entendieron?

La pequeña casa ha sido demolida en 2008 pese a que se demostró que era la más antigua de la ciudad, por la Secretaría de Cultura del propio Gobierno de la Ciudad, para hacer

la ampliación de un museo que no se amplió en nueve años. Esto es real y es lo que pasa hoy. Lo dijo José Ortega y Gasset: “Ojalá aprendieran los técnicos, que para ser técnico no es suficiente con ser técnico”. Si simplemente alguien con inteligencia hubiera aceptado el desafío nueve años antes y hubiera hecho lentamente los cambios necesarios, hoy tendríamos ambas cosas.

Para más datos, en noviembre 2006 el Gobierno de la Ciudad perdió un juicio contra los vecinos por haber autorizado demoler la casa más antigua del barrio de Flores, declarada patrimonio por el propio Gobierno poco antes. Lo más simpático es que el juez obligó al GCBA a destinar más fondos al área de preservación. Posiblemente ese dinero se usó para demoler esta otra casa; o no, es difícil probarlo, pero queda el interrogante abierto.

VII

Matar al enfermo para curarlo: la iglesia *Redonda* de Belgrano

¿De quién es una iglesia católica? Se puede suponer que de la Curia, lo que en cierta forma no es errado; pero el tema es más complejo: la feligresía diría que ha sido costeada con su esfuerzo, a veces por siglos, y por eso ellos también son propietarios o al menos deberían tener capacidad de decidir. Pero además hay edificios, no importa de cuál religión sea, en que el Estado en alguna de sus formas, nacional, provincial o municipal, reconoce que son parte de un patrimonio histórico, es decir que es de todos, de la sociedad en su conjunto. Además están las opiniones de los expertos, las normativas internacionales... y tantas cosas que, al final se hace complejo saber exactamente quién tiene que tomar en cada caso, una decisión. Y a veces eso sirve para que en el apuro, alguno se asuma como propietario y haga lo que le viene en ganas, bien o mal, lo decide y lo hace.

Este constante hacer y deshacer ha sido una de las lacras que ha marcado muchos de nuestros edificios más significativos, “*alguien lo hizo*” significa que nadie es responsable. Este es el caso en que nadie es responsable y además de que las cosas que se hacen, se las hace mal. Uno de los problemas más graves de la gestión es precisamente saber si lo que se ejecuta es adecuado; o si vamos a tener que rehacerlo en un par de años.

En esta historia de la irresponsabilidad hay casos que marcan época: vamos a contar uno que casi llama a risa, la de la iglesia de la Inmaculada Concepción en el barrio de Belgrano, conocida como *La Redonda*. Uno de los pocos edificios que han sobrevivido el *torrecidio* de ese barrio, antiguamente residencial, y que hoy a perdido identidad, memoria y escala. Increíble pero cierto, Belgrano, como pueblo primero y como barrio después, gracias al alto poder adquisitivo de sus pobladores era uno de los que tenía la mejor calidad de vida de la ciudad, desde sus inicios hasta solamente un siglo después, en

que la barbarie lo destruyó. Que un sector de la ciudad, el de mejores posibilidades, no haya logrado sobrevivir un siglo, es cosa seria y grave.

Por eso lo que le pasó a su iglesia no es más que otra expresión de la misma política que permitió construir sin límite alguno, levantar torres de treinta pisos en calles pensadas para residencias unifamiliares a las que se llegaba a caballo. No es que esté mal edificar o ganar dinero con negocios inmobiliarios, todo lo contrario, el tema es cuáles son los límites para que el bien de uno no destruya la posibilidad de vivir dignamente del otro.

La iglesia es uno de los edificios religiosos más significativos de la ciudad por muchas razones: por su forma cilíndrica a imitación del Panteón de Roma, aunque más pequeña, por su ubicación central en una plaza, porque antes no tenía nada en su alrededor de forma que se la veía rodeada de columnas con una torre hacia la avenida Cabildo, de la que hoy apenas asoma su campanario. Fue iniciada en 1865 tras elegirse el proyecto de Nicolás y José Canale, dos extraordinarios arquitectos genoveses cuya obra ha sido duramente destruida en la ciudad. Tras la muerte del padre en 1874 fue seguida por el hijo y luego terminada por otro gran arquitecto, Juan Buschiazzo, hasta su inauguración en 1878. Estaba hasta hace poco casi intacta y si bien su piso original de ladrillos fue lógicamente cambiado por uno más elegante o sus paredes de un blanco modesto original ahora están decoradas, era y es un excelente ejemplo de la mitad del siglo XIX del que casi nada queda en Buenos Aires.

Pero como siempre sucede, hasta en las mejores casas, el techo comenzó a tener fisuras, a dejar pasar el agua y la falta de mantenimiento en un edificio antiguo hizo que el problema creciera rápidamente. Y entonces el párroco hizo lo que le dio su imaginación: llamó a unos obreros que taparan con cemento las fisuras, remendaran las paredes doradas, arreglaran la torre, no sólo arruinando los interiores si no la misma bóveda. En lugar de llamar a restauradores y especialistas acudió a Don Nadie; obviamente era más barato y simple. El dinero fue de un subsidio de la Legislatura⁵⁷. Nadie controló lo que se hizo ni quién lo hizo; o a lo mejor sí, seguramente se rindió el dinero, pero nadie supo evaluar los actuado, pese a que un Decreto Nacional, el 1063, que prohíbe intervenir sin autorización en cualquier obra pública de más de 50 años; y *pública* no quiere decir del Estado, sino que no es privada, que es comunitaria, como una iglesia precisamente.

⁵⁷ Aprobado el 18-3-2004 y entregado por Ley 1276 del GCBA.

Al iniciarse los trabajos, el párroco descubrió las tejas hechas con pizarras inglesas que cubrían la bóveda de 20 metros de diámetro y el cupulín de la torre. Y para hacer los arreglos lo mejor que imaginó fue sacar buena parte de las tejas antiguas cuyo valor es hoy enorme para quien sabe del tema, venderlas, y con ese dinero poner otras, modernas. Es cierto que es una idea demencial, quizás en su cabeza había alguna otra cosa, lo concreto es lo que se hizo. Y las ilustraciones muestran cómo el *packaging* fue el ganador: cada pizarra entera e intacta fue colocada en una hermosa caja, etiquetada, numerada y firmada, a la que se le adjuntó un certificado de autenticidad que dice claramente que cada una de ellas *“es una de las 700 pizarras originales que formaron parte del revestimiento del cupulín de la torre desde 1875 a 2005”*. Y lo firmó con su nombre. Tan originales son las pizarras que hasta tienen el agujero del clavo de forma cuadrada, porque en 1875 aun no se habían inventado los clavos redondos, lo que es la prueba, además del tallado a mano, de que todo es verdad. Lo absurdo es que no se vendieron los fragmentos rotos, cosa que quizás no hubiera sido una mala idea, sino las tejas enteras.

Quien lea esto pensará que no tiene sentido, es cierto, no lo tiene. Y por eso ahora, a sólo tres años de eso, hay que hacer un enorme costo que sale nuevamente de la feligresía y del Estado, para arreglar con especialistas lo arruinado, aunque al estado original no se pueda volver nunca: las tejas ya se vendieron, nunca volverán a ser las mismas.

VIII

¿Estamos todos locos?: hacia una arqueología de la locura

La arqueología de rescate en una ciudad da extraordinarias sorpresas: lo que parecería ser una actividad “tipo bombero”, que corre a apagar incendios, en realidad es algo que nos permite entrar en lugares que están vedados para una arqueología de proyecto típicamente universitaria. Esto que vamos a narrar es lo sucedido en dos acciones de estas características, una en el Hospital Neuropsiquiátrico Moyano y la otra en el Centro de Salud Mental no. 3, donde lo encontrado no habla de los internos si no de los psicólogos, médicos y autoridades, de la sociedad en su conjunto. Son casos en que hemos excavado los restos de la destrucción de organismos científicos del más alto nivel, por decisiones poco claras, desidia, política burda, incomprensión, negociados o falta de inteligencia. Como bien escribió un interno en la fachada de uno de esos edificios: *¿estamos todos locos?* Son historias que, en otro contexto, resultarían escalofriantes; aquí fueron sólo dos estudios arqueológicos que desnudan nuestra realidad.

El ex Instituto Nacional de la Nutrición, actual Centro de Salud Mental no. 3

Durante 2005 se comenzaron obras para hacer un edificio en la parte posterior del Centro de Salud Mental no. 3 “Arturo Ameghino”, en la avenida Córdoba 3120. El Centro pertenece al Gobierno de la Ciudad y allí se lleva a cabo un trabajo de muy buena calidad en drogadicción, dependencias y otros problemas sociales. Mientras se comenzaba a excavar el personal observó que iban quedando expuestos frascos, platos y objetos en la tierra, y nos avisaron. No existían las posibilidades materiales de un trabajo sistemático, la empresa constructora estaba en plena excavación y la mitad del pozo ya había sido destruido. Pese a esos inconvenientes se decidió actuar rescatando el material posible y los

datos contextuales del evento que había llevado a ese extraño entierro masivo de objetos. La cronología de lo que se encontraba era obviamente moderna y las condiciones del descarte como destrucción intencional eran tentadoras para dejarlo de lado: ¿enterrar en una época en donde se deja la basura en bolsas en la puerta?

Abrir la puerta al pasado de los últimos años es un tema fuerte, teniendo mucho que decir la arqueología. El que los militares hayan asumido la idea de *desaparecer* a sus enemigos, borrarlos de la existencia, sigue siendo cada vez un desafío para quienes trabajamos haciendo visible la materialidad de los eventos transcurridos.

El Centro de Salud Mental fue fundado en 1948 para tener un lugar de tratamiento de lo surgía como un campo que incluía a los llamados neuróticos, psicópatas y toxicómanos, todos problemas psicológicos no ubicables en terrenos de la alienación, fuertemente influido por el psicoanálisis. Más tarde, en la dictadura, hubo un impulso para regresar a la psiquiatría tradicional representada por la figura del Dr. Ameghino. Su prédica se centraba en *“un filtro para depurar la sociedad de elementos perniciosos (y) todo elemento que amenace el bienestar de la integridad racial”*. Esto produjo fuertes oposiciones y marcados conflictos. La historia del lugar se inicia en realidad mucho antes, cuando en 1909 Francesco Garzia, napolitano, construyó ese edificio como un Sanatorio Modelo; en 1923 pasó a la Municipalidad. Tenía una fachada monumental que aun ostenta las letras SM. Tras el cambio funcionaron allí varios organismos, entre ellos el Instituto Nacional de Nutrición desde 1928; diez años después pasó a la Nación. Había sido fundado por el Dr. Pedro Escudero quien inició los estudios sobre alimentación, nutrición y dietas. En 1969 se instaló allí el Instituto de Salud Mental y regresó a la Municipalidad en 1978.

El terreno del hallazgo es un jardín que fuera el estacionamiento muchos años, en donde la parte central a nuestra llegada ya había sido destruida por la maquinaria incluido el pozo donde se enterraron los objetos que estudiaremos, al menos en un 50 %. Debí medir dos metros de ancho y tener una profundidad similar. Hay un detalle interesante para la ciudad y es el insólito juego de desniveles que había entre la calle y el terreno, antes separada del jardín por un paredón de tres metros de alto. Con el tiempo toda la manzana fue rebajando el nivel de planta baja, desapareciendo así los relictos de una zona con topografía diferente a la actual, siguiendo con el proceso de aplanamiento general de

Buenos Aires. Eso sólo, el desnivel, era ya un valor significativo en una ciudad que se imagina a sí misma como plana y no lo era, sino no tendríamos inundaciones.

Nuestro trabajo se hizo a partir de las siguientes hipótesis: 1) ¿era posible explicar y fechar el evento que se estaba observando?, 2) ¿era posible establecer las características de la vajilla descartada, o se descartó también un laboratorio?, 3) ¿porqué no se arrojó todo eso a la basura normal y en cambio se la enterró ocultándola, lo que resulta insólito para el momento en que se hizo? Y estas preguntas nos llevaban a otra: 4) ¿cuál es la relación entre una ciudad que tiene problemas de nutrición y crea un Instituto con ese objetivo, con que la vajilla para ser usada allí se mandara a fabricar en Inglaterra y luego se la descartara masivamente, al igual que las medicinas y laboratorio?

Vale la pena detallar la inmensidad de lo hallado: podemos comenzar con los mayoritarios platos marca Ridgway. Es una vajilla de alta calidad de lo que llamamos porcelana de baja cocción. Tiene en la parte superior un anillo delgado con la inscripción INN y por la parte de atrás la marca *Ridgway Shelton England*, al centro *Estd. 1792* y abajo la inscripción “Distribuidores Diéguez & Bergna, Buenos Aires”. La marca corresponde a la fábrica Bedford Works ubicada en Shelton, Hanley, en Inglaterra; se inició su uso en 1932 y casi dejó de existir en 1952. En total se recuperaron 1282 fragmentos de platos que pesaron 69.70 kilos. Respecto a los platos playos el peso promedio es de 750 gramos; se encontraron 832 fragmentos que pesan 49.82 kilos, lo que corresponde a un promedio de 66.5 platos. En los platos hondos el peso promedio de cada uno es de 770 gramos. Se encontraron 416 fragmentos que pesan 19.98 kilos lo que corresponde a unos 26 plato. Lo recuperado es de casi exactamente 84 platos.

Otro grupo consistió en un conjunto heterogéneo de lozas que tienen en común el color amarillento, tradicional a lo hecho con posterioridad a la década de 1930. Sin entrar a describir cada una, hay marcas nacionales y extranjeras, platos hondos, playos, de postre y para tazas de café y te al igual que sus tazas. El total de vajillas de loza es de 3018 fragmentos que pesaron 1107 kilos y que debieron corresponder a 185 objetos. Si mantenemos cómo válido que lo rescatado es aproximadamente el 5 % del total, esto se transforma en algo impensable, ya que mover más de dos mil kilos de loza es de por así todo un trabajo.

Lozas halladas y posible cantidad original descartada entera:

	Fragmentos	Peso (kg)	Objetos
Halladas	3018	110.70	185
Posibles*	60.360	2214.00	3700

* Calculado al 5 % del total

Los vidrios encontrados indican que en un total de 2932 de fragmentos, frascos y botellas completas se pueden observar tres conjuntos: 1) frascos y botellas de remedios y laboratorio, 2) objetos de laboratorio y 3) botellas de uso personal (tocador, consumo alcohólico y otros varios). Entre los primeros, que son la mayoría, hay vidrios que pueden separarse por sus colores ya que tienen relación con el propósito para el cual fueron fabricados. Los mayoritarios son los transparentes (1274 fragmentos) que incluyen frascos y botellas que deben corresponder a una cantidad aproximada de 116 frascos y botellas. A eso se le pueden sumar 46 hallados enteros lo que da cerca de 152 frascos-botellas descartados. En segundo lugar hay frascos marrones comunes en medicina y laboratorio. Se hallaron 310 fragmentos y 66 enteros; hubo entre los fragmentos 60 bases y la mayoría de los picos son para rosca del tipo moderno de tapa plástica y un único pico vertedor, aunque hubo al menos 16 picos para tapones de goma y esmerilados. El tercer tipo de vidrio es el verde, generalmente atribuido a las botellas de alcohol, de lo que hubo 642 fragmentos con un mínimo calculado de 34 botellas. Hay 49 ampollas comunes y de inyección automática (tipo vacuna), todas enteras, y 66 tubos de ensayo, aunque por su fragmentación supongo que serán más de cien aunque buena parte no se llegaron a romper pese a su fragilidad extrema.

Las botellas identificadas que no son de medicina corresponden a tres marcas de bebidas alcohólicas, una gaseosa, un florero, una copa, un vaso, un sifón, un tintero, dos perfumeros, tres de productos para el pelo masculino, una bolita infantil, una botella de aceite y seis lámparas eléctricas: los objetos personales son solamente el 0.09 % del total.

Entre los objetos de laboratorio hay restos de grandes lámparas, jeringas y sus émbolos (del tipo antiguo), tubos, tapones esmerilados, sondas y objetos diversos. Hubo dos botellas de Suero Baxter con sus soportes de aluminio y tres tapas.

Entendamos que esto significa la friolera de unos diez mil objetos.

Vidrios hallados y posible cantidad original:

	Fragmentos y enteros	Objetos
Hallados	2932	500
Posibles*	58.640	10.000

* calculado al 5 % del total

Como es habitual en Buenos Aires el material ferroso estaba muy oxidado. Se recuperaron 9.23 kilos y hay restos de un triciclo infantil, latas de conserva y tapas de frascos, ollas, escupideras y dos pavas. Nuevamente llevarse cargando unos 190 kilos de objetos de metal no es cosa sencilla.

Se encontró 183 huesos o fragmentos, de ellos sólo uno humano ya que los demás era de vacuno (*Bos Taurus*) 91, ovinos (*Ovis aries*) 8, pollo (*Gallus gallus*) 12, pavo (*Meleagris gallopavo*) 1, perro (*Canis familiaris*) 1, pescado 3 y ave indeterminada 6; además hubo 44 astillas no identificables. Cabe destacar la presencia de un molar humano quebrado. El 34.10 % estaba quemado. Es evidente que la mayoría de los huesos son de un posible único gran asado compuesto por carne vacuna (50 %), un pollo (6.6 %) y una porción de oveja (4.3 %).

Dijimos que un cálculo aproximado de lo que se rescató es seguramente el 5 % del total. Esto nos permite ver que las dimensiones de lo descartado es enorme, cosa llamativa si pensamos la contemporaneidad temporal del material; asimismo la observación del pozo no demuestra procesos de compresión o acumulación de sedimento. Si pensamos que tenemos para el total del pozo más de 2.200 kilos de lozas que pertenecieron a un promedio posible de 3.700 platos y vajilla, además unos 10.000 frascos, botellas, tubos de ensayo y

objetos de laboratorio, 180 kilos de objetos de hierro más unos doce kilos de otros metales, algunos materiales de construcción y otros de uso personal, da una cifra extraordinaria para haberlo arrojado todo junto y en época reciente.

Estas serían algunas conclusiones que podemos obtener del estudio del contenido de ese pozo:

- 1) el conjunto más representado es el de la vajilla de comida; dentro de éste, los platos son más del 90 %, no hay de servir y casi no hay de cocinar
- 2) el segundo conjunto es de farmacia incluyendo medicinas y laboratorio; la mayor parte son frascos con su contenido y tapa
- 3) los objetos de uso personal (0.09 %) sin casi inexistentes
- 4) lo hallado en el pozo fue descartado en un lapso muy corto de tiempo;
- 5) la mayoría de los objetos fueron descartados enteros
- 6) al terminarse hubo fuego sobre estos objetos con quema de huesos y pan e implicó bebidas alcohólicas

La pregunta de cuándo se produjo esto, puede ser respondida, aunque una mirada que se cruce con la información histórica puede permitir sumar un evento y una situación política. Creemos que el año 1978 en que el Instituto regresó al municipio por el gobierno nacional puede ser la fecha clave: desde la cultura material todos los objetos descritos están coexistiendo; diez años antes o después no hubiera sido posible. Políticamente el país de 1978 estaba envuelto en un caos, con el general Videla –entre otros- como dictador, la represión estaba desatada, era el año triste del Mundial de Fútbol simultáneo al secuestro, tortura y *desaparición* masiva de la oposición, la búsqueda de una guerra con Chile y de graves conflictos de todo tipo. Y no es de extrañar que en un centro de salud mental, no dedicado precisamente a la psiquiatría sino a los problemas psicológicos de la comunidad, hayan habido enfrentamientos graves como sabemos que los hubo. Eran años de plomo y muerte y no suena raro que se produjera una decisión de este tipo: la transferencia de un organismo que implicó graves conflictos gremiales, sociales y de toda clase, los que bien pudieron culminar con la secreta decisión de destruir todo esto: ¿para ocultar algo?, ¿para

justificar un nuevo presupuesto de compra?, ¿por simple decisión arbitraria típica de las dictaduras o las burocracias?

Las causas pueden ser muchas, lo concreto es que alguien tomó la decisión de destruir un laboratorio, la farmacia y la cocina y lo hizo a escondidas, sin siquiera descartarlo a la basura diaria, sino enterrándolo, *desapareciéndolo* en el jardín. Al igual que los opositores políticos, los objetos habían dejado de existir. Y quienes lo hicieron tomaron varias botellas de licor y se comieron un pollo y carne asada dejando quemar el pan que les sobró; sin duda debió ser un trabajo bastante duro trasladar todo eso al sitio y taparlo. Quizás esta sea sólo una historia más en la compleja trama de nuestra historia reciente.

El Pabellón Jakob del Hospital Moyano

En Buenos Aires existe un conjunto hospitalario dedicado a los problemas mentales compuesto por dos unidades habitualmente llamados El Borda y El Moyano; este estudio es en uno de ellos, en El Moyano. Compuesto por pabellones y edificios dispersos por grandes terrenos construidos desde la mitad del siglo XIX siguiendo el antiguo patrón para evitar los contagios y mejorar el control, no es el lugar más simpático para llevar a cabo estudios arqueológicos o patrimoniales. Sus realidades son patéticas, denigrantes por la situación de desamparo, miseria y abandono.

Este proyecto nació por la reacción de los profesionales dedicados al patrimonio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que plantearon críticas a que sus propios organismos culturales lo usara para visitas turísticas con sesgo histórico. Más allá de lo absurdo, rayando en lo patológico, de llevar gente de paseo cultural a manicomios casi destruidos y en ruinas, que le pertenecen al mismo Gobierno, funcionarios y visitas caminaron por dos años sobre el derrumbe de lo que fue uno de los mejores laboratorios del país, sobre bibliotecas desintegradas, negativos de vidrio aplastados y frascos de laboratorio de restos humanos, sobre los que se colocaron tablonces para no mancharse. Se abrió el lugar al público en esas condiciones porque importaba lo lóbrego, que era vendido a visitantes ávidos de emociones de túneles antiguos en donde Juan Manuel de Rosas “escondía tesoros, para llevarlos desde allí al Riachuelo”, entrando absurdamente por un

aljibe, que en realidad era parte de una decoración de 1930. Allí fue cuando se lo detuvo para hacer un estudio histórico y patrimonial y en este caso *arqueológico*, ya que en el sótano era necesario excavar en el sedimento o pasta de libros, muebles, restos humanos, basura y fotos, para entender qué pasó. Los estudios se comenzaron, la limpieza y protección también, para quedar nuevamente todo abandonado. Lo que logró hacerse fue rescatar y limpiar un poco el sitio y los objetos que sobrevivieron.

Es difícil imaginar la situación que encontramos con eso y lo que ello implica en cuanto a la destrucción de la ciencia y de las instituciones. Un rescate que nació como trabajo patrimonial en reacción a otro turístico descontrolado, terminó como una frustración, aunque estudiada arqueológicamente. Una experiencia más de la arqueología de una gran ciudad que a diario obliga a replantear métodos, técnicas y hasta nuestra propia racionalidad ante la realidad que nos circunda.

La enseñanza de la Patología Mental fue establecida en 1886 y puesta en manos del impulsor de los estudios de este tipo, el Dr. Meléndez, quien a su vez fue el primer director del Hospicio de las Mercedes. En 1899 se creó el laboratorio de Anatomía Patológica a cargo de Christofredo Jakob. Se iban separando la psicología, la psiquiatría, los estudios neurológicos y los anatómicos. Se estaba completando el traspaso de la salud desde la religión y la beneficencia, al Estado Nacional. Para que se produjera la llegada desde Alemania de una personalidad como la de Jakob tenemos que reconocer la existencia de un campo de estudios consolidado. Su historia está ligada al desarrollo de la neurociencia, y su aporte a la neuroanatomía y neurohistología comparadas está a la altura de otros insignes nombres en el mundo. Su obra quedó en unos treinta libros y doscientos artículos ilustrados con estudios microscópicos a color, una épica de su tiempo. Este joven médico psiquiatra dedicado a la neurobiología llegó en 1899 y murió aquí en 1956. Su primer gran obra local fue el famoso *Atlas del sistema nervioso*. Su estadía local generó conflictos de poder y prestigio que se acrecentaban porque además de extranjero era luterano; su vecino Llobet, competidor y colega local, era conservador y ferviente católico, mientras que el tercero, Ramos Mejía, era liberal y activo masón. Su Laboratorio sería por mucho tiempo su lugar de trabajo hasta que renunció y regresó a Alemania en 1910 publicando allí un importante libro sobre el cerebro humano; también tradujo al alemán el estudio sobre la neurología de los mamíferos que había escrito junto a Clemente Onelli en el Jardín Zoológico. Sus libros

generaron un impacto tan fuerte en el medio internacional que fue invitado a regresar para hacerse cargo de las cátedras de biología en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Por entonces compuso su obra principal, la *Folia Neurobiológica Argentina*. Sus ideas continuaron en el mundo por decenios abriendo posibilidades extraordinarias a la ciencia moderna.

El Laboratorio de Investigación Anatomopatológica corresponde a la segunda etapa de su producción científica, la primera fue en el laboratorio del Hospital Borda donde fundó un centro neurobiológico que hoy persiste, parte del material histológico preservado se encuentra en el Museo. La obra de Jakob, tras su renuncia en 1953, quedó en los sitios en donde se produjo, pero para la década de 1970 el mundo había cambiado y era complejo sostener edificios que necesitaban un alto mantenimiento, en origen entendidos como cátedras, museos, laboratorios y morgues que suministraban los cortes de cerebro para su estudio. El pabellón construido en 1904 es un bloque en la típica arquitectura estatal de tipo monumental, poco funcional, impresionante a la vista, perfecto para dar la imagen de un lugar dedicado a la ciencia y a manipular cuerpos. La solución arquitectónica era clara: la planta baja elevada en medio nivel tiene una gran sala de disecciones que es aula y auditorio, con graderías y muebles de época para guardar miles de preparados histológicos de cortes cerebrales y patéticos frascos cuadrados de vidrio para cerebros en formol. Había oficinas y la lógica morgue con camillas metálicas y piletas, lo que aun sigue en uso, con tétricas historias de los tiempos de las dictaduras. El conjunto de lo existente en ese piso parece detenido en el tiempo en especial por el busto de Jakob, que mira sin ver el paso del tiempo y de las gentes; el mármol le da el tono de sitio sagrado: “*Aquí los muertos le hablan a los vivos*” dice en latín una enorme placa que hoy ya nadie entiende. Una escalera interior baja al nivel semisubterráneo de los laboratorios, farmacia, biblioteca, fotografía y hornos para cremar cadáveres.

La parte inferior tenía numerosos ambientes ya que Jakob invitaba expertos de otros países a colaborar en este centro mundialmente conocido. El problema que tenía el edificio era que el sistema de iluminación natural sólo servía mientras se lo mantenía: las ventanas estaban mitad debajo del nivel del piso externo, en una especie de caja que si bien facilitaba la entrada de luz también lo hacía con el agua de lluvia. Es cierto que en origen tenía un sistema de desagüe, pero se taponó y entró agua y tierra y gatos y gente y basura

durante medio siglo. Eso es lo que pasó: comenzó a llenarse de agua que pudrió los muebles de madera, todo cayó al piso incluyendo bibliotecas y libros, estantes de fotografías de vidrio, cámaras fotográficas de fuelle, frascos para cerebros en formol, medicamentos... Y se fue formando una pasta abonada por ratas y gatos y detritos humanos. Jamás habíamos visto un *estrato arqueológico* de esas características, capaz no sólo de dar información del pasado sino también de sumir en la depresión a quien lo veía: un laboratorio hecho *pasta consolidada*, un sedimento con alturas de un metro.

Cuando un arqueólogo habla de un “sitio” y del “sedimento” que lo compone, uno tiende a imaginar un lugar abierto y un piso de tierra donde excavar. Aquí era un sótano con piso de cemento y el sedimento era lo que estaba arriba de ese nivel, no abajo, lo cual no sólo presentaba problemas técnicos sino también conceptuales: ¿existe una teoría o una metodología para este tipo de intervenciones? ¿La más osada aventura del pensamiento de quienes estudiaron las alteraciones de un sitio pasó por este tipo de casos? Creo que podemos afirmar que no. Estratigráficamente hablando el sedimento estaba sobre un piso sobre el que había desde una capa de tierra y vidrios con objetos recientes hasta pasta de papel, tierra, madera podrida, óxido de hierro, productos medicinales y farmacéuticos y sus envases, basura moderna (botellas, plástico, preservativos, gatos muertos, entre otras cosas), cientos de frascos llenos de suero; en algunos ambientes se había caído el revoque, agregando cal a la mezcla compactada en una masa casi sólida. Un aporte al caos fueron los frascos cuadrados de vidrio en que se colocaban cerebros u otros tejidos humanos que dejaron sus fragmentos –y su contenido- en el sedimento. Pensarlo es ya una aberración. En el laboratorio fotográfico, donde la maquinaria original estaba aun en pie destruida por el óxido, con cámaras y trípodes. Al no haberse tocado nada la madera se pudrió, se cayeron las cámaras donde estaban y quedaron en el piso los fragmentos metálicos oxidados y los lentes en su posición original, dibujando con el polvo la forma de las cámaras.

La observación de los restos de las placas negativas de vidrio permitió ver dos conjuntos: fotografías de internas y cortes histológicos. La humedad hizo que la emulsión se pegara una con otra. Los frascos farmacéuticos aun contienen productos y al moverlos se producen olores nauseabundos cuyo control de seguridad fue y será complejo.

El estado general del sitio es, para su arquitectura, malo; pero con una limpieza, arreglos generales de carpinterías, techos y muros el lugar no tenía grandes problemas. Se

hizo limpieza y el retiro de escombros, recuperación de maderas de las carpinterías puertas que habían sido desarmadas y listas para ser robadas, recuperación de muebles y estanterías para rearmar parte de la vieja farmacia, la recuperación de 2500 frascos y botellas de vidrio, 300 recipientes de lata y la instalación de todo ello en ambientes cerrados. Con los negativos de vidrio se logró extraer unos 4500 enteros, mientras que cientos de miles de pequeños fragmentos que formaban parte del sedimento no fue posible protegerlos. El trabajo fue hecho con restauradoras y conservadoras, todas voluntarias, con serios riesgos para su salud, incluso siendo necesario dejar el lugar por varios días ante la rotura de frascos que despedían olores y humaredas no identificables. Se suponía que era un primer trabajo y que a la brevedad habría acciones de preservación sistemáticas, que jamás llegaron.

Entendemos la secuencia de lo sucedido de esta manera: tras la rotura de los vidrios y el ingreso de agua se pudrieron las bibliotecas, que se cayeron mezclando libros y papeles con los frascos y su contenido, luego ingresó gente que pisoteó e hizo uso del lugar dejando botellas, comida y materia fecal; y los omnipresentes gatos muertos. La capa superior de frascos, jeringas y material de farmacia lo entendemos tanto como expresión del consumo de drogas como del saqueo con el afán de vender a anticuarios todo lo posible. La presencia de centenares de damajuanas de formol tampoco es simple abandono tras su uso, sino que seguramente fueron usadas como droga.

Si bien la interpretación de la excavación es coherente con su contexto, también es significativo en términos de tratar de entender el proceso de destrucción de un legado científico y patrimonial de inmenso valor. En el acceso del Pabellón Jakob del Hospital Borda, alguien escribió con enormes letras color verde: "*Estamos todos locos*". Es la mejor conclusión posible ya que lo que sucedió con la memoria de Jakob, con la investigación científica y con un laboratorio de primer nivel que fue fuerte candidato al premio Nóbel, parece imposible. Pero aunque aceptemos lo absurdo de dejar abandonado decenios de trabajo de excepcional calidad científica y culpemos a las dictaduras, a la primacía de lo psicológico sobre otras explicaciones de los fenómenos mentales, al dinero o a lo que sea, nada explica completar la destrucción caminando por encima y que después de rescatado todo quede abandonado.

Esto nos lleva al punto central: ¿cómo podemos hacer arqueología ascética, científica, en la realidad social que nos ha tocado vivir?: quizás porque el excavar un sedimento formado por pasta de libros, cerebros humanos y antiguos negativos de vidrio no parece resultar otra cosa que el ya citado “*Estamos todos locos*”.

En síntesis, ambos casos, dos centros para tratar la salud mental, uno más antiguo que lo hizo desde la biología y la medicina, el otro más moderno desde la sicología social y el psicoanálisis, terminaron en parte destruidos, olvidados y *desaparecidos*. Lo que excavamos fue el resultado de medio siglo de Barbarie y nos preguntamos si la locura estaba afuera o adentro. La arqueología no da respuestas a los problemas sociales, pero quizás ayude a poner en evidencia algunas de sus expresiones materiales. Por eso la arqueología hoy no es sólo *ser modernos* en nuestro hacer o pensar, es romper los límites disciplinares y aventurarse en los derroteros de la memoria, de la identidad y del patrimonio. O al menos eso es lo que esta ciudad necesita desesperadamente de sus profesionales.

VIII

“*Gloria y Honor, honra sin par...*”, la triste historia de las cinco casas de Sarmiento

La importancia de Sarmiento en nuestra historia, en especial en la Liberal, no es algo que pueda tomarse a la ligera; resulta lógico que sus casas y escuelas sean reconocidas como monumentos significativos. Por eso resulta increíble la historia que han padecido sus casas, que aunque conservadas, han sido ya tan alteradas que ni el propio Sarmiento las reconocería. Vale la pena contar en detalle los diversos casos:

Comencemos con la casa en el Tigre. Es el más antiguo de sus sitios de vivienda que él se construyó en el Tigre; no era una escuela como muchos quisieron creer sino simplemente una vivienda que funcionaba como la administración del aserradero que allí explotaba y del cual vivía; no siempre fue rico. Estaba construida con madera, colocada sobre pilotes por las crecidas, con cinco sencillos ambientes, tal como era la arquitectura local en 1855; él mismo impulsaba el construir con madera y no con ladrillo en la tradición de la expansión de Estados Unidos hacia el oeste: barato y rápido. A su alrededor fueron creciendo en esos años varios edificios similares hechos con un sistema muy interesante, de patente europea, que consistía en hacer placas rectangulares de maderas que se ensamblaban entre sí. La materia primera era gratis ya que los árboles ahí estaban esperando que los corten y los usen; nadie imaginaba que algún día podían acabarse. Sarmiento tenía esa capacidad emprendedora de ver negocios donde otros no los veían e incluso inició el cultivo y explotación local del mimbre. Esa actitud plenamente capitalista lo llevó a enfrentarse a su vecino de río, Marcos Sastre, quien escribió en su oposición el maravilloso libro de 1858 titulado *El Tempe argentino*⁵⁸. Estaba instalado en la zona desde diez años antes y para Sastre el delta debía ser preservado y sólo usado para el ocio, la contemplación y el disfrute de la naturaleza. Una interesante polémica que aun no se ha resuelto.

⁵⁸ Marcos Sastre, *El Tempe argentino*, Igon Hermanos Editores, Buenos Aires, 1885.

Es así que el enorme terreno que tenía Sarmiento –una isla entera- fue teniendo maquinaria, sierras, equipo técnico de lo más variado y las casillas originales crecieron y se hicieron más complejas; pero Sarmiento falleció y las tierras fueron compradas por Carlos Delcasse en 1895 para dedicarlo a un santuario de aves o al menos a lo que en ese entonces se entendía por eso⁵⁹. Pero en 1915 todo fue donado al Ministerio de Educación y allí comenzaron las desgracias: la Sociedad Protectora de Niños, Pájaros y Plantas desapareció aunque en el lugar se instaló una escuela –era una de las condiciones de la donación-, la que fue cerrada en 1928 por la absoluta falta de alumnos; en 1924 hubo un arreglo general para mantener el lugar y un intento de hacer un museo, pero fracasó y quedó abandonado. En 1932 el ministerio tuvo la gloriosa idea de entregarle tres hectáreas a sus empleados para hacer un club, lo que no estaba mal de por sí; de lo que se olvidaron era de definir la preservación y uso del lugar, de tal forma que los edificios fueron alterados, se levantaron techos, corrieron paredes y se agregaron baños y cocinas; y se perdió la propiedad del resto de la isla que fue ocupada por terceros. En 1935, para tratar de preservar la casa original y separarla del club, se hicieron algunas obras con lo que se modificó el tamaño del lote: esta vez lo que ya eran sólo tres hectáreas se redujeron a un cuadrado de cien metros de lado, que es lo que aun conserva –quién vendió el resto y a dónde fue el dinero sigue siendo un misterio-, y se demolieron varias construcciones tanto originales como nuevas. Ya estaba claro que lo que importaba era la casita, lo demás –aserradero incluido- habían pasado a ser invisibles.

Hay que destacar que este cercenamiento del terreno significó dejar fuera –oh, casualidad-, los talleres, las casas de los trabajadores y otras construcciones prefabricadas con el sistema traído por Sarmiento; hoy en día quien pase por el camino que rodea el sitio puede ver que las viejas máquinas aun existen, y que las sierras con todo el equipo mecánico traído desde Inglaterra está allí fuera abandonado, apilado y oxidándose; las casas anexas de quienes las ocuparon. No sólo se perdieron las tierras sino lo que le daba sentido a que viviera allí: era su negocio, su forma de vida, no un sitio de contemplación o una escuela. Se había terminado de desvirtuar a Sarmiento pero se consolidaba al héroe inmortal.

⁵⁹ Hay mucha bibliografía sobre el tema, puede verse Lilia Zenequelli y Alicia Lozano, *Sarmiento en el Delta*, Asociación Cultural Sarmientina, Tigre, s/f; un resumen en María del Carmen Magaz y María B. Arévalo, La casa de Sarmiento en el Delta, *Ambas Américas* no. 6, pp. 31-37, Buenos Aires, 1993

En 1964 los nacionalistas colocaron una bomba en la casa destruyéndola casi por completo; era un héroe y vivía las vicisitudes que eso implica en Argentina. Pero al menos fue motivo para que el Consejo Nacional de Educación se acordara que era el dueño; para remediarlo hicieron simplemente “un acto de desagravio”, donde al llegar encontraron que “el lugar se encontraba abandonado. El avance de las aguas (...) había destrozado las defensas de madera y los muelles llevándose gran parte del terreno”; pero no había intención concreta de hacer nada. Lógicamente se nombró una comisión y se iniciaron los trámites para declararla Monumento Histórico Nacional de tal forma de pasarla a otra dependencia del mismo gobierno nacional, sacándosela de encima. El único que tomó riendas en el tema fue el municipio rehaciendo la casa lo más parecida posible a la original, aunque no exacta; se arregló lo que se salvó del mobiliario antiguo, se trajo otro viejo pero parecido y comenzó la construcción de la defensa de hormigón sobre el río por Obras Públicas, lo que se terminó diez años más tarde y que sigue siendo lo único que queda de esos tiempos. Nuevamente se quiso construir “una escuela-museo donde se habilitaría la cátedra sarmientina destinada a recibir delegaciones escolares del país”⁶⁰, lo que por suerte no se hizo si no hoy habría otra construcción más en ruinas. En 1966 salió la declaratoria de Monumento Nacional aunque todo siguió exactamente igual⁶¹.

Hubo que esperar a 1989 para que la Asociación Cultural Sarmientina de Tigre tomara el sitio en sus manos, aunque sin un peso. A partir de allí comenzó a crecer una nueva y peregrina idea: la de demoler todo lo que había en el lote y hacerle a la casa un templete de vidrio. Sí, increíble, meter la casita de madera, rehecha, nueva, modesta y simple, dentro de un gigantesco cajón de vidrios templados y sostén de acero como en el siglo XIX; y efectivamente eso se hizo y se inauguró en 1985.

Hoy quien va al lugar ve lo siguiente: un gigantesco catafalco de cristal blindado que brilla al sol, una casita minusválida por haber perdido la escala y cuyas maderas se pudren por la concentración de humedad –el piso quedó de tierra- y por el agua que se condensa sobre los vidrios que jamás nadie limpia. Y para colmos se prohibió el acceso al interior haciéndole a la casa una pasarela todo alrededor que distorsiona hasta lo insólito lo que dejó Sarmiento.

⁶⁰ Magaz, María del Carmen y María B. Arévalo, La casa de Sarmiento en el Delta, *Ambas Américas* no. 6, Buenos Aires, 1993, pag. 34

⁶¹ Fue firmada por el presidente Illia el 8 de junio de 1966, decreto 4370

En síntesis: la supuesta modernidad terminó de arruinar el sitio; de la naturaleza, los árboles y la belleza del río mejor ni hablar ya que entre el ruido infernal de las lanchas colectivas y el cenotafio de cristal, el sitio sólo ahuyenta a los visitantes; es más, vale la pena pararse en la puerta y ver lo que sucede, ya que aunque la entrada es gratis quien llega allí no entra, asombrado por ese gigante vítreo que se le viene encima; ni siquiera se pensó en el acceso al lugar. Posiblemente muchos funcionarios públicos estuvieron felices al ver el mausoleo de la casa, pero nadie consultó a un especialista.

Pero no crea el lector que su primera verdadera escuela, la de San Francisco del Monte, tuvo una historia diferente. Recordemos que en 1916 el Congreso Nacional declaró como monumento histórico reconocido por el estado nacional la escuela que Francisco del Oro y su colaborador juvenil Sarmiento fundaron en San Francisco del Monte, San Luis. Se trataba, como era lógico, de un rancho de dos habitaciones y galería, sostenido por troncos, paredes de adobe y techo de torta. En realidad el rancho se había destruido por las lluvias – era de adobe- y quedaban en piso sólo troncos y restos de puertas y ventanas. Aun en 1941 era descrita diciendo que: “El rancho primitivo ya no existe. En su lugar (...) se hizo edificar una fiel reproducción de aquel”⁶². En 1911 para celebrar el centenario del natalicio de Sarmiento el gobernador mandó rehacerlo lo más exactamente parecido posible a cómo fue y reusando las mismas maderas. Nadie sabe a ciencia cierta cómo fue ni qué se hizo en esa fecha para ser exactos. Incluso estaba incluido en el patio de una casa privada.

Obviamente un rancho necesita cuidados, por más simple que sea y el tema se puso en evidencia en 1948; en el interín había sido declarado por Levene como Monumento Histórico Nacional⁶³ como si ese fuera el original. El asunto se puso complicado cuando la Secretaría de Educación decidió construir en el sitio una escuela aunque dejando sin tocar la vieja escuelita; el presidente de la Comisión Nacional tras sentar doctrina de que el edificio en sí mismo no puede ser alterado de ninguna forma, cometió un grueso error -en realidad repetía la constante estatal de no relacionarse con otros organismos-, al aceptar que la escuela que se le iba a colocar alrededor del rancho “es asunto de la Secretaría de Educación y escapa a las funciones de esta Comisión”⁶⁴. Es decir, mientras no lo tocan

⁶² José Massini Ecurra, San Francisco del Monte de Oro, *Revista de Geografía Americana* no. 93, pp. 375-378, 1941

⁶³ Decreto 107512 del 6-12-1941 firmado por el presidente Castillo

⁶⁴ Carta del 20 de junio 1948

podían ponerle alrededor o encima lo que quisieran. El tema se discutió, el Estado presionó para hacer obras incluso en el rancho mismo y finalmente la escuela se construyó aunque dejando a un lado la de Sarmiento.

Hoy vemos el tema de manera diferente: al dejar el rancho reconstruido en 1911, separado físicamente de la escuela moderna, quedó transformado en un verdadero “monumento”, en un hecho muerto y aislado de su contexto rural, incluso de la educación misma que era para lo que había nacido y servido; los niños del colegio no lo ven, ni siquiera pueden entrar allí separados por las paredes, rejas y portones que la aíslan. Pero obviamente para ese entonces no podemos exigir que hubiera conciencia de eso; de todas formas no fue más que el inicio. Para 1954 el rancho de nuevo estaba en ruinas; hay una carta patética pidiendo desde la provincia que el Estado Nacional se hiciera cargo de los arreglos –a nadie se le ocurría que la provincia podría colaborar también-, y la Dirección Nacional de Arquitectura contestó que por ese año “no podrá atender ningún trabajo”. Y así quedaron las cosas hasta que tres años más tarde un interventor de la provincia tomó a su cargo “la construcción y financiación de un templete que resguarde el histórico rancho” y difundió que la obra ya había comenzado⁶⁵. El motivo central era la preservación, aunque se aclaraba bien que estaban trabajando a todo vapor porque el siguiente 11 de septiembre “pienso realizar una peregrinación hacia ese lugar”. La respuesta oficial demoró en ser escrita más de un mes y el vicepresidente de la Comisión Nacional de Monumentos dijo con desparpajo que “se ha visto con viva simpatía esta patriótica colaboración”, aunque encarece que “cualquier disposición que afecte *directamente* al monumento histórico se haga con intervención de este organismo”⁶⁶.

Poco más tarde los terrenos de alrededor fueron expropiados y la casa antigua en cuyo patio estaba el rancho sarmientino fue totalmente demolida, cambiando nuevamente el contexto. Por supuesto al año siguiente y sin haberse terminado las obras, la provincia le pedía el dinero a la Nación para poder terminar el templete iniciado. Se dejaba sentado que no importaba ni el entorno inmediato ni la forma en que éste afectaría al monumento; a nadie se le ocurrió, ni en San Luis ni en Buenos Aires, qué le pasaría al viejo edificio al encerrárselo en un templete de vidrio y hormigón, pese a todas las experiencias anteriores

⁶⁵ Carta del 28 de agosto 1957, archivo CNMMYLH

⁶⁶ Carta del 4 de octubre 1957, archivo CNMMYLH

para sacar templetes puestos, como el caso de Tucumán. Y así fueron las cosas. Tenía siete metros de altura y era una enorme losa de hormigón armado a la que ni siquiera se le ocurrió ponerle las vigas arriba en lugar de abajo, sostenido por columnas del mismo material y cerrado con paredes de vidrio. Un verdadero cajón fúnebre para el edificio que causó estragos en un simple rancho de barro. En 1986, devuelta todo deteriorado, se inició un nuevo expediente en la Dirección Nacional de Arquitectura para hacer obras, pero los monumentos estaban en manos de “técnicos” quienes los consideraban simples inmuebles; incluso en la memoria descriptiva se indica que “no presenta ningún trabajo especial y los trabajos responden en términos generales a las normas del arte del buen construir”⁶⁷. Es increíble que restaurar una estructura de barro y troncos de un siglo y medio de historia, fuera lo mismo que hacer una casa de hormigón. Pero así fue y así se hizo, incluyendo el reemplazo de todos los revoques antiguos, se hizo la “sustitución de tirantes, puntales, etc. del techo” sin pensar siquiera en que eran lo único verdadero –las maderas- y que debían ser consolidadas, no cambiadas. Nadie se preguntaba aun qué era lo que producía tantos problemas, incluso lo más obvio: el estar metido dentro de una caja de vidrio y hormigón era lo que lo había afectado tanto. Así todo siguió igual, sin mantenerlo, aumentando los deterioros, sin estudios, hasta que recién en 1988, en que actuaron verdaderos profesionales de la restauración, se entendió lo que sucedía: el templete era el que estaba destruyendo la escuelita. La humedad ascendía desde el piso, se condensaba y no evaporaba, no había movimiento alguna de aire y los materiales naturales –tierra, madera, tiento- eran precisamente para estar a la intemperie; no había solución alguna mientras no las cosas no volvieran a su estado original; se había perdido la escuelita por un absurdo templete, por lo que se procedió a quitarle la carpintería metálica y los vidrios para dejarlo al aire libre mitigando así parte de los problemas; la estructura de hormigón del techo aun sigue allí.

La casa en Buenos Aires tiene una historia diferente, aunque en el fondo parecida: cuando Sarmiento dejó la presidencia compró una casa en la calle que ahora lleva su nombre y el número 1251 (originalmente era Cuyo 531); esa casa fue declarada de Utilidad Pública por el Congreso Nacional en 1910 –es uno de los edificios más tempranos en ser reconocidos como tal-, y en 1948 fue declarada Monumento Histórico Nacional⁶⁸. Eso

⁶⁷ Memoria firmada por el Ing. José Piana, director del Distrito Cuyo de la DNA.

⁶⁸ Firmado por J. D. Perón; Decreto 13725/48

estaba todo muy bien, el problema era que en el sitio funcionaba una comisaría, por lo que la Comisión Nacional de Monumentos le informó la novedad al jefe de policía y le aclaró que a partir de ese momento no se podrían introducir reformas al edificio sin su conocimiento. Al recibirse la noticia y aprovechando que ya estaba listo un proyecto de remodelación, el jefe de policía –ni lento ni perezoso- pidió que los fondos se los enviara la Comisión. Ahí se produjo un cortocircuito ya que la Comisión consideraba que “puesto que las refacciones han sido proyectadas con vistas a las funciones propias de esa repartición, aquellas no deben hacerse con fondos destinados a restauración de monumentos”. Es necesario destacar lo absurdo de esta respuesta: era obligación de la Comisión velar por el edificio cualquiera fuese su función y encontrar una solución que permitiera conservarlo incluso comisaría, de la otra quedó librado a las decisiones internas de quienes no tenían la más mínima preocupación por el monumento. El resultado fue que se hizo lo que se quiso, la distorsión fue enorme y casi lo único que se salvó fue la fachada.

La casa original de patios con diez ambientes había sido comprada en 1875 y por ende era anterior a Sarmiento; pero para 1957 la comisaría ya había despedazado el edificio; necesitaba tantos arreglos que finalmente fue más fácil construir una nueva y entregar el viejo edificio al Ministerio de Educación, a donde iban a parar desde siempre los inmuebles que nadie quería, ya que supuestamente alguien los iba a transformar en escuelas, un viejo y tradicional mito porteño. La realidad era cruel, pero por suerte el ministro y la Comisión entendieron que el sitio era adecuado para que allí funcionaran entidades sarmientinas, las que habían trabajado desde hacía años para recuperar el edificio, traspasando la tutela del lugar al Instituto Sarmiento de Sociología e Historia y a la Asociación Sarmientina, supuestamente sacándose de encima el tema. En 1979 y tras nuevos abandonos –esas instituciones no podían mantener ningún edificio-, sería traspasada a la Casa de San Juan. Lo sucedido en el interín fue de nuevos desajustes lo que llevó a buscar un proyecto de restauración; por motivos no claros la Dirección Nacional de Arquitectura aceptó que la obra la hiciera un particular, quien desde ese año y hasta 1984 hizo obra tras obra sin control alguno, pese a que también tuvo una fuerte intervención la Dirección Nacional de Arquitectura⁶⁹. Para la década de 1980 ya se habían demolido todos los revoques antiguos para reemplazarlos por cemento –nadie miró si había aun algo de los

⁶⁹ Puede verse el archivo de cartas en la CNMMYLH

revoques pintados por Sarmiento en estilo pompeyano-, y se habían hecho todas las molduras interiores a nuevo. Las cifras gastadas fueron millonarias, las obras levantaron polémica, pero nada se pudo hacer por la cobertura que el gobierno de la dictadura y el brigadier a cargo de la gobernación de San Juan le dieron al tema. Después de varios años de suspensión, las obras fueron retomadas y en 1987 ya se podía decir que “se encuentra en la etapa final de restauración y refacción total”⁷⁰. En 1989, insólitamente, la DNA seguía haciendo intervenciones, obras de todo tipo, cambiando caños y hasta se presupuestó el 6 de abril “un felpudo de coco”. En 1994 se volvió sobre nuevas obras “imprescindibles”, en 1997 nuevamente y así se sigue hasta la actualidad; es un pozo sin fondo para el dinero público.

La única conclusión razonable es que desde el principio las obras fueran tan mal hechas que nunca resolvieron los problemas, interviniendo el edificio como si fuera un inmueble nuevo y no un monumento histórico y estableciendo en el interior una estética posmoderna típica de la década de 1980, que no sólo produce gastos de mantenimiento sino que le da al edificio una imagen que no atrae a nadie; hasta quizás hubiera sido mejor que allí funcionara la vieja comisaría, al menos así la culpa la tendría alguien. Queda como recuerdo que Sarmiento, que tenía brotes artísticos, pintó temas romanos en las paredes del zaguán inspirados en el vestíbulo de la Casa Livia de Roma; para algunos éstos fueron borrados en obras hechas hacia 1910 cuando fue comprada para ser Monumento Histórico Nacional, historia que contó Leopoldo Lugones en su libro de historia de Sarmiento, por lo que es creíble. Pero si algo había sobrevivido bajo la pintura se lo destruyó al cambiarle los revoques en 1980, supuestamente para restaurarla aunque sin ningún estudio previo.

Más grave aun ha sido la historia de la casa natal en San Juan. En 1910 se la declaró Monumento Histórico Nacional⁷¹. Pero nadie dijo qué debía hacerse con la casa, qué implicaba esta declaratoria y, menos aún, que sucedía con los cambios que había tenido; el mismo Sarmiento, al ocupar la casa nuevamente cuando fue gobernador le había introducido modificaciones y con los años se transformó casi en irreconocible en relación con la de su infancia. ¿Debía guardarse tal como era cuando nació?, ¿se debían respetar los cambios que le hizo?, ¿y los posteriores? Todo quedó en la nada y la casa se mantuvo, mal

⁷⁰ Carta de la casa de San Juan del 21-8-1987 al subsecretario de cultura de la Nación, Archivo CNMMYLH

⁷¹ Ley 7062/10

que bien, usándola para biblioteca pública y un museo que reunía algunas cosas que alguien creyó interesantes, muy modestamente, pero tenía un uso acorde a lo que Sarmiento hubiera imaginado.

Con la creación de la Comisión Nacional de Monumentos se comenzó a rever la situación. Levene le pidió a la encargada en San Juan que en la casa “debía reconstituirse el ambiente familiar que evoque los años vividos por Sarmiento”; a eso le contestó esa señora, con todo tino, que no era la misma la casa natal que la de cuando fue gobernador, que ella no tenía fondos de ningún tipo para hacer obras ya que sus ingresos eran de \$ 15 mensuales y que sugería que se le enviara una “persona entendida, con autorización y fondos”⁷². Ahí comenzó una serie de cartas de ida y vuelta; Levene le indicó que la propuesta era retirar todo lo superfluo para lograr un ambiente de época, como “una hélice de aeroplano” y “que en la biblioteca figuran algunos libros visiblemente de época moderna”; aclarando que “es preferible que las habitaciones y patios estén desnudos de todo adorno, antes de ofrecer un contraste lamentable” ya que el espíritu que debía reinar en la casa era el del libro *Recuerdos de Provincia*⁷³. Por lo visto la señora se vio insultada y contestó aclarando que nunca hubo un reglamento que indicara qué poner o sacar, que era un “museo y biblioteca” por lo que la hélice del primer avión que voló sobre la provincia en 1912 era un objeto histórico adecuado y en cuanto a los libros decía que sí, que había libros que no eran de Sarmiento por que en realidad ninguno lo era, pero que cumplían la función social de ser leídos; respecto a los muebles aclaró que todos eran recientes, pero que sacarlos implicaba dejar de funcionar. Por otra parte dijo que sí se hicieron obras –no sabemos quién ni qué se hizo- y que “he hecho quitar los cielorrasos dejando al descubierto los techos con vigas y cañas de la época, pero no he podido quitar los pisos de madera y la luz eléctrica”. Y le pide que le mande una bandera ya que la que tienen estaba muy deteriorada⁷⁴ y no tenía dinero para comprar una.

Este intercambio siguió y por eso se lo envió a Rómulo Zabala a visitar el sitio, se modificó el nombre quitándole lo de museo y biblioteca para que quede como Casa de Sarmiento en San Juan y para 1943 intervino Mario Buschiazzo en el tema de la arquitectura. Hasta ese momento era interesante que se estuvieran planteando, aunque en

⁷² Carta del 11-7-1938 archivo de la CNMMYLH

⁷³ Carta del 10-8-1938, ídem

⁷⁴ Carta no. 347, a Levene, del 15-8-1938, ídem

forma lateral, dos temas que recién saldrían a la luz mucho más tarde en forma teórica: la función de los monumentos para que no quedaran congelados y a qué época debían regresarse los edificios en sus intervenciones. Es cierto que cuando nació Sarmiento la casa no debió tener cielorrasos, pero sí los tenía cuando fue gobernador; ¿y sacar la luz eléctrica? Pero en 1944 se produjo el tremendo terremoto que asoló San Juan y la casa sufrió problemas graves incluyendo la caída de una parte de los techos⁷⁵. Buschiazzo decidió reconstruir los muros agrietados y agregarle al techo una estructura interna de hormigón para futuros temblores; pocos meses más tarde estaba hecho el trabajo por la DNA y la casa volvía a lucir en forma muy similar a la original; también se quitaron los pisos de madera y se los rehizo con ladrillones antiguos sacados de casas vecinas derruidas por el temblor⁷⁶. En 1952 un nuevo sismo generó pequeños problemas por lo que se aprovechó para completar la estructura de hormigón que, extrañamente, no tenía vigas que la encadenaran, lo que fue el motivo de que surgieran rajaduras en donde las habían colocado anteriormente; en realidad se trataba de un incumplimiento por parte de la DNA que se ponía en evidencia, aunque tras varias notas fue disimulada la estafa por la burocracia.

En el año 1956 hubo un problema en la casa cuando el gobierno de la provincia a través del Consejo de Reconstrucción de San Juan intervino para “la ampliación y embellecimiento”, lo que implicaba remodelaciones del interior –esto era lo grave- y detalles como mover el busto regalado por la Comisión Nacional –parecería que esto fue lo que realmente los movilizó-. Al llegar la noticia a Buenos Aires se envió a Vicente Nadal Mora quien hizo un detallado relevamiento tal como acostumbraba hacer⁷⁷. Resultado de ello hay una lista de “modificaciones a lo existente” donde encontró la demolición de dos locales, ampliación de un tercero y la colocación de dos nuevas puertas en medianeras; en “ampliaciones” describe que se añadieron dos locales tratando de reconstruir la casa según un plano de 1866 pero que no coincidían en sus dimensiones; el escritorio de Sarmiento fue hecho “sin la abertura a la huerta”, la sala de exhibición fue “reconstruida con dos aberturas a la huerta en vez de una”, en la biblioteca se hicieron “cuatro aberturas en vez de dos y el

⁷⁵ Varios expedientes sobre este tema de la antigua Dirección Técnica de Reconstrucción de San Juan, del ex Ministerio de Instrucción Pública y en la DNA, 1944

⁷⁶ Los monumentos de San Juan restaurados, *Boletín de la Comisión Nacional de Monumentos* no. 7, pp. 373-381, 1945

⁷⁷ Expediente 52084/56, informe titulado “Sobre realización de obras en a casa Sarmiento”

muro que da al oeste sin la otra abertura que se indica en el plano”, además de hacer un nuevo jardín y muro con reja perimetral. Lo hecho estaba realmente equivocado, nadie tenía la culpa y así quedó todo. A inicios el año siguiente se elevó una carta al Director General de Cultura en la que se decidió que como las demoliciones “estaban previstas en los planos aprobados” y que los agregados eran “externos”, es decir que envolvían a la casa antigua, que se habían hecho en base a un plano antiguo aunque no “estrictamente” y como no “fue afectada ni alterada la parte que fue declarada monumento histórico”, se aprobaron los cambios y todo seguía igual aunque era obvio que estaba mal; pero así no se hacía nada.

Por supuesto no había pasado un año cuando en Buenos Aires se entendió que la apertura de las puertas de la medianera implicaba un cambio en el acceso al lugar, que coincidió con ponerle una reja en la entrada original para cancelarla, además se había sacado el escudo nacional, el mástil y hasta las placas puestas por la Comisión. Ahí sí se enojaron: la casa podía modificarse, alterarse, agregarle ambientes y abrir o cerrar ventanas, pero el escudo, el mástil y las placas no se tocaban...⁷⁸, por este tema se peleó casi diez años. Luego vendrían otros conflictos al querer agrandarse el lote con terrenos vecinos, las polémicas si eso era o no válido, es decir si modificar el entorno inmediato; que sepamos no hubo modificación alguna hasta el año 2002 en que se inició un pedido para construir el nuevo auditorio. Lo que pudo aprenderse de esa discusión, es decir cuáles son los límites de la alteración que tiene una casa histórica, no se aprendió nunca. Tampoco se aprendió nada sobre la relación entre Buenos Aires y las autoridades locales.

Pero parecería que Sarmiento no tuvo suficiente, faltaba su residencia en Asunción, Paraguay, en donde todos recordamos que allí falleció en 1888, donde buscaba un clima mejor para sus dolencias. Llegó allí un año antes y se instaló en el Hotel Cancha Sociedad (más tarde Hotel Paraguay) con su familia, en realidad en un pabellón de madera con techo de pizarra⁷⁹ anexo al hotel, con cuatro ambientes, pero no en el edificio en sí mismo que ocupaba grandes terrenos; era un lugar agradable y en el hotel había teatro, velódromo y diversiones. Pero eso era provisorio hasta tener su casa propia, para lo que mandó traer desde Bélgica una modesta y prefabricada de hierro, la que llegó y se instaló a quince cuerdas del hotel.

⁷⁸ Carta de Jorge Mitre a Julio César Gancedo del 28-12-1957

⁷⁹ Ernesto Liceda, *El solar de Sarmiento en Asunción del Paraguay*, Comisión Permanente de Homenaje a Sarmiento en Washington y Asunción, publ. no. 1, Buenos Aires, 1982

Años más tarde de su muerte hubo fuertes remodelaciones en el hotel y el pabellón original fue demolido –con certeza ya no existía en 1911-; esto produjo confusiones que llevaron a mostrar el sitio en que fue velado dentro del hotel como el de su residencia, e incluso una construcción de servicio al fondo porque era vieja y de madera, como la casa original, siguiendo esa ley de que todo lo antiguo tiende a confundirse. Cuando Levene investigó el tema al pasar ese solar a la Comisión Nacional de Monumentos⁸⁰, los familiares le indicaron que nada quedaba del pabellón salvo el lugar. En 1940 el solar fue traspasado al Estado Nacional en un acto público durante las festividades del 25 de mayo⁸¹ en un trámite que desde 1923 se había impulsado precisamente por un grupo de paraguayos y con el acuerdo del propietario del hotel⁸², y fue su propio gobierno el que adquirió el sitio y finalmente lo donó a Argentina. En realidad solamente se tomó “posesión simbólica” ya que no existía ninguna providencia concreta para hacerse cargo efectivo del lugar, aunque sí los diarios transcribieron el emotivo discurso del embajador, en que en una ceremonia sencilla “y exenta de todo ditirambo que pudiese turbar el reposo de un recinto que hace sagrado –con dignidad de templo- la sombra inmortal que allí vaga”⁸³. Además indicó que “envuelto el tugurio histórico en un templete, se alzaría una escuela que sea faro de cultura y monumento eterno erigido a la memoria del prócer”. Acciones ninguna, poesía a raudales. Ya desde la propuesta de 1923 se deliraba con “derrumbar todo, menos la casa de Sarmiento, encerrándola dentro de otra, construida en vidrio”.

Pero lo más interesante estaba por llegar: nunca hubo templete sobre el “tugurio histórico” del señor embajador y el sitio –pese a no ser ya el verdadero- también se fue degradando hasta derrumbarse; ni siquiera estaba claro quién debía hacerse cargo de este edificio en el exterior. En 1938 un informe indicaba que la madera estaba totalmente apolillada y “es de solución difícil (...) para que adquiera una imagen de autenticidad”⁸⁴. En 1945 Mario Buschiazzo hizo fuertes obras de arquitectura a través de empresas locales de

⁸⁰ Decreto 19.197, del 3 de octubre 1938

⁸¹ La aceptación del Congreso Nacional era del año anterior y se basaba en la Ley 719 del año 1925 del Congreso de Paraguay; había sido ratificada en 1938

⁸² Un historia confusa puede verse en: Liliama Brezzo, El último solar del estadista sanjuanino, *Todo es Historia* no. 403, pp. 68-79, 2001

⁸³ La entrega del solar de Sarmiento al ministro argentino, motivó un acto lleno de significación, *El país*, 27 de mayo 1940, Asunción

⁸⁴ Expediente sin firma, posiblemente de Jorge E. Coll, confundido con los papeles de la Casa de Hierro en Asunción, 20-9-1949, archivo CNMMYLH

construcción⁸⁵. Una vez completada la obra vino un nuevo problema: qué poner adentro. No había nada original de Sarmiento y el decreto de 1938 indicaba que allí debía funcionar una escuela, por lo que al Estado Nacional se le ocurrió transferir la superintendencia del lugar a la Comisión Nacional de Monumentos e indicar que debía hacerse “un pequeño museo”⁸⁶. Pero el presidente de la Comisión ya no era Levene sino el Coronel Imbert, quien le transfirió el problema al director del Museo Sarmiento, quien respondió que no podía prestar o donar sus propios objetos ya que no sólo sería contra la ley sino que vaciaría su propio museo. Imbert le respondió al Ministro de Justicia que pese a todas las obras hechas en el lugar “ello no significa que la casa en su estado actual pueda ser destinada a museo o establecerse allí una escuela”⁸⁷. Y si hiciera algo, no había presupuesto para mantenerlo y pagar al encargado, por lo que sugiere que ellos se hicieran cargo de nuevo y que la Comisión asumiría sólo “las funciones de asesoramiento”. Al mismo tiempo le pedía al Museo que propusiera una lista de muebles a reproducir para mandarlos a Asunción, a lo que el director del museo contestó con “la satisfacción que le ha producido el hecho de por primera vez, desde que ejerce la dirección de este museo, haya sido pedida su colaboración”⁸⁸. Todo parecería surgido del mejor surrealismo, aunque por primera vez había una propuesta concreta aunque absurda: rehacer una mesa para veinticuatro cubiertos, doce sillas, escritorio, biblioteca de cedro, lavatorio, esculturas, cristalerías y aparador entre tantas otras cosas.

Nada se hizo y para 1950 hay informes de que todo está en ruinas, van y vienen cartas por fondos que nunca llegan hasta que en 1954 fue necesario demolerlo y se procedió a construir un nuevo edificio a imitación de lo preexistente. Puede parecer más que absurdo, pero en lugar de restaurar se lo demolió para hacerlo de nuevo. De los restos que quedaban –aunque no fuera de la casa original- “el jefe de la misión de la Policía Federal Argentina (...) dispuso recoger porciones de tierra conjuntamente con trozos de madera y pizarras para convertirlas en reliquias del pasado destinándolas al Museo Histórico Sarmiento”⁸⁹. En 1956 se hizo entrega de la reconstrucción a la Comisión Nacional de

⁸⁵ A cargo de las empresas Acebedo y Cia. y Compañía Americana de Obras Públicas, la DNA hizo, a través de su Sección de Monumentos Históricos, el final de obra

⁸⁶ Decreto 19028 del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, en base al decreto 19197 firmado por Perón

⁸⁷ Correspondencia del 23 y 24 de octubre 1947, Archivo de la CNMMYLH

⁸⁸ Carta del 29 de octubre 1947, enviada a Imbert por Castro

⁸⁹ Liceda, *El solar de Sarmiento...* (1982), pag. 10

Monumentos por la DNA⁹⁰. En 1962 de nuevo “se encontraba en estado de abandono o semiabandono”⁹¹ y en base a eso se logró una partida para armar un museo y tener un sueldo estable –se había demorado casi 25 años-, con lo que la casa fue nuevamente restaurada aunque seguía en pie la idea de hacer “un memorial del prócer, con reproducciones, facsímiles, etc”⁹². Ahora el paso siguiente era lograr la habilitación del lugar, lo que también demoró. Pero al final, la inflación y los cambios políticos hicieron sus estragos hasta que el tristemente conocido coronel Osinde, como embajador en 1975, propuso remodelar el interior para hacer un auditorio para actos culturales. La Comisión respondió que podía hacer lo propuesto ya que “en cualquier momento (podían) devolverle el aspecto original”⁹³, frase patética pero cierta: siempre se podía hacer todo de nuevo, de todas maneras todo era realmente una obra moderna; a nadie se ocurría respetar la construcción aunque ya fuese la copia de una copia. Al final, allí funcionó un pequeño museo a cargo del propio gobierno paraguayo y en 1985 el lugar fue entregado para hacer una escuela primaria dentro de la cual quedó el edificio. En síntesis nada queda original: ni el solar es el verdadero, ni la imitación es copia del original, ni los restos que trajeron al país eran de la casa auténtica. Ahora el reducido museo que allí funciona, conservado por el gobierno del país hermano y no por el nuestro, es una reproducción a medias de un edificio que no fue la casa original ni está en el mismo sitio.

Todo esto se acabaría acá si no fuera por la verdadera *casa de hierro* en Asunción. Recordemos que Sarmiento, mientras ocupaba el hotel antes descrito, compró en Bélgica una “casa de hierro”; se trataba de un tipo de vivienda prefabricada común en esa época e inventadas por Gustav Eiffel, de las que llegaron varias país. Venían desarmadas, se trasladaban en carros y se montaban en seco. Era un sistema ultra moderno de su tiempo. Esta fue armada cuando aun vivía, trabajó mucho en ella, pero al fallecer quedó abandonada. En 1931 se intentó recuperarla aunque se fracasó porque había sido usurpada; como era lógico de suponer que al quedar vacía por años había sido ocupada y vendida de uno a otro, hasta que llegó en 1950 a manos de una señora que intentó sabiamente venderla

⁹⁰ Acta de Entrega del 20 de septiembre 1956, Dirección Nacional de Arquitectura; por expedientes 45603/53 (para las obras) y 41866/55 para la entrega

⁹¹ Carta del director del Instituto Sarmiento, Alberto Palcos, a Jorge Mitre como presidente de la Comisión Nacional del 20 de diciembre 1962

⁹² La respuesta de Palcos es del 12 de febrero 1963, la decisión del presupuesto es por Nota DP-29 del Ministerio de Educación y Justicia, expediente 95460/62 informado el 31 de enero 1963

⁹³ Carta del 28 de octubre 1975, archivo CNMMYLH

al Estado argentino por una módica cifra⁹⁴. Se inició para ello un expediente en donde la Comisión Nacional de Monumentos vio favorable la compra; es cierto que la casa había sido en origen de Sarmiento pero la ocupante tenía escrituras legales producto de treinta años de ocupación pacífica, por lo que se consideró que un pago era adecuado, cerraba el tema y la casa volvía a manos de quien correspondía⁹⁵.

El problema se generó cuando a un funcionario argentino de la embajada en Asunción se le confundieron las casas y se indignó porque creyó que le querían vender la casa que ya era museo, esto produjo una larga ida y vuelta de papeles por tres años lo que enfrió el tema y finalmente todo quedó en nada. Que sepamos, desde ahí en adelante nunca más se habló del asunto y la casita se perdió para siempre; pudo más la incultura de un funcionario que cualquier otra cosa.

⁹⁴ Las escrituras de posesión del lugar son del 14 de octubre de 1950, hay cartas de María Galeazzi de Guido y su abogado que abren los expedientes en la ex Dirección General de Cultura

⁹⁵ Todos los documentos en el archivo de la CNMMYLH

VIII

El papel del Estado en la conservación del patrimonio

La sociedad de la que formamos parte está compuesta por tres sectores: lo privado, lo público y el Estado; sé que esto los expertos pueden discutirlo y darle mil vueltas, pero para discutir sobre el patrimonio lo concreto son estos tres actores. Un universo de personas o empresas que tienen entidad civil, un conjunto de asociaciones de diversa índole que se rigen por elecciones internas y cuyo patrimonio es de los socios, miembros o participantes (un club, una iglesia, una asociación con cualquier objeto, un sindicato) y el Estado en todas sus múltiples formas: nacional, provincial, municipal, departamental, distrital o lo que fuere en la ocasión. Todos tienen alguna forma de patrimonio, todos tienen responsabilidades sobre lo suyo e incluso, en el caso del Estado, hay una seria responsabilidad por sobre todo lo demás. El patrimonio es un derecho constitucional, por ende es una obligación para el funcionario el garantizarlo.

Mucho se ha escrito sobre estos temas y según los tiempos y modas las cosas han ido cambiando. Todo nace de una vieja, antiquísima tradición del derecho, por la cual y entre otras cosas, todo lo que está en el suelo o en el aire es de todos, y que lo no privado que fuese anterior a la existencia de un Estado nacional (1816 para algunos, 1852 para otros, 1861 para los porteños), al haber pertenecido al rey de España pasó a manos públicas. En esto parecería que hoy hay consenso establecido, pero el problema está en las formas, ni hablemos en la legislación. Recordemos que estamos en un país federal en el cual los estados, soberanos, deben reconocer las leyes emanadas del poder central; y pueden o no reconocerlas o darse las suyas propias. Hoy casi todas las provincias tienen en su Constitución incluido el tema del patrimonio, como un derecho común de todos los ciudadanos; otras tienen leyes muy estrictas –se apliquen o no, ese es otro tema-, y otras ni las tienen. Y obviamente están los eternos conflictos entre jurisdicciones: valga un caso, que son las Ruinas de San Francisco en Mendoza. Un terreno del municipio, que las

mantiene, le da servicios y hasta hay un centro de investigaciones funcionando; pero es un Monumento Nacional en el que por ende no puede intervenir sin su autorización. Pero toda acción de ese organismo debe cumplirse a través de la Dirección Nacional de Arquitectura. Y para trabajar allí hace falta un permiso de la Dirección de Patrimonio de la Provincia (por la Ley Nacional de Arqueología). Por otra parte la falta de técnicos especializados llevó a pedir colaboración de la universidad provincial y la universidad privada, y por convenio a instituciones privadas y hasta particulares. Hay sólo dos opciones (si descartamos el suicidio colectivo): o se llegan a acuerdos entre todos o no se hace nada. Y la experiencia indica que en la mayoría de los casos sucede esto último.

Entonces, ante el caos, la irresponsabilidad social y frente a una sociedad que se caracteriza por conformar un país exportador de patrimonio y no importador –como pueden ser Estados Unidos o algunos de Europa-, el Estado tiene que asumir un papel doblemente importante. Esto no quiere decir que tome atribuciones fascistas, que se alegue derechos que no le correspondan o que confunda a los particulares con lo público no estatal, de allí que cada paso es discutible y discutido. Valga un ejemplo: en la década de 1960 hubo una moda impulsada por la revalorización de lo nacional y lo autóctono, de poseer y saber más acerca de los objetos arqueológicos, folclóricos y etnográficos. Y Argentina entró por vez primera en el mercado internacional de antigüedades con algunos objetos arqueológicos que se acompañaban de exposiciones en el país y el exterior, libros de mayor categoría y un marcado interés de los coleccionistas de arte. Las siguientes crisis, la inestabilidad del mercado y del consumo suntuario y varios otros problemas, sacaron al país del mercado internacional por más de treinta años. Era como si hubiera dejado de existir. Obviamente la mayor parte de los objetos arqueológicos vienen de saqueos de tumbas prehispánicas, de eso no hay duda, lo que provoca la destrucción de un conjunto de información científica altamente valiosa; por otro parte son parte del legado cultural e histórico de todos los argentinos –ni siquiera sabemos bien de que lugar viene cada cosa-, y son anteriores a la conquista, por ende deberían ser del Estado. Para ello existía una vieja ley de 1921, la Ley 9080, que realmente no se aplicaba; estaba arrumbada, pero entre profesionales que no estaban realmente preocupados por proteger los sitios precolombinos, instituciones que no se comprometían, funcionarios que ni idea tenían del tema y el poco valor económico que tenían esos objetos, el tema era menor para los problemas nacionales. Veamos: Macchu

Pichu en Perú es visitada hoy, al año, por casi un millón de turistas anuales, en México las ruinas de Teotihuacan tienen más de 1,5 millones; entre nosotros Tasil no llega a 50 mil personas, y creo que exagero mucho.

En los últimos años el mercado internacional de antigüedades comenzó a expandirse incorporando nuevos productos; si bien el principal foco de interés es Asia y Africa, América también tuvo su turno y ahora llega a la Argentina; esto provocó que, inestabilidad económica mediante, varias colecciones salieran del país y se vendieran o instalaran fuera. Sin entrar a juzgar si eso es positivo o no para la imagen del país, para revalorizar su arte y patrimonio ante el concierto de las naciones del mundo, a ocupar un lugar donde no se figuraba siquiera, la realidad es que el país reaccionó mediante una estricta ley nacional (27.543) que declara que todos los objetos del pasado que pueden servir para explicar la sociedad, son propiedad del Estado Nacional. Sean privados o públicos pero no estatales. Como siempre hay una reacción ante lo que ya pasó. Pero de todas formas era un paso adelante, y si bien entraba en colisión con varias constituciones provinciales al menos se establecía una estructura para todo el país. Pero como siempre la ley se aplicó de maneras que no eran las adecuadas: se estableció una burocracia que le genera complicaciones a los mismos arqueólogos que en muchos casos ni siquiera pueden ejercer su profesión, se optó por un anticuado sistema de permisos escritos que ni siquiera lo tienen ya las profesiones que deciden vida y muerte de las personas (la medicina, el derecho), y actuó en forma rígida y sin evaluar consecuencias. Un caso simple fue el de un juicio perdido por el Estado, en que un particular compró varias colecciones que se iban del país y las ofreció en obsequio al Estado nacional, absurdamente éste le dijo que no por el sólo hecho de que se trataba de un coleccionista. Se consideró que si la ley los regulaba, eran casi delincuentes, confundiéndolos con los saqueadores y exportadores ilegales. O no se entendió la ley, o quienes la aplicaron creyeron que actuaban correctamente sin darse cuenta del daño que causaban por no pedir terceras opiniones, o había temas personas de enfrentamientos o corrupción. Lo concreto fue que nos quedamos sin el museo que nos regalaban.

De todas formas estos errores no quitan las responsabilidades del Estado para velar por el patrimonio en todos sus niveles: en algunos debe ser simplemente mediante campañas de concientización ya que es imposible obligar a nadie a guardar una foto

familiar vieja o un disco de Gardel. Sí podemos explicar su valor y ofrecerle comprarlos o recibirlos con agrado en un museo apropiado. En otros casos, el Casco Histórico de Buenos Aires y la APH distribuidas en la ciudad, de las que ya hablamos, la norma debe ser aplicada en forma estricta y con fuertes penas, muy fuertes. Mientras lo hacemos podemos discutir si la idea del siglo XIX francés de demoler interiores y guardar fachadas es correcta, pero ese un tema interno. El Casco Histórico es único e irremplazable, si se entra en discusiones e interpretaciones sofisticadas, sabemos quien pierde: el bien común, aunque alguien gane. Es cierto que un vecino puede quejarse de porqué su casa no puede demolerse y la de enfrente sí al quedar fuera del área; y puede parecer absurdo tener que explicar que es lo mismo que el porqué uno no puede estacionar del lado izquierdo y sí del derecho, aunque al 50% le cause molestias.

La legislación existente en los aspectos patrimoniales es enorme y crece día a día, se hace más compleja en la medida en que se encuentran nuevos vericuetos, temas y problemas, en que se ajustan detalles, por eso la recomendación eterna es: consulte a los especialistas. Un caso simple, real y reciente: un organismo del estado municipal decide editar folletería sobre el patrimonio de los barrios de su ciudad y obsequiarlo a los vecinos; excelente idea. Pero se le encarga su manufactura a quienes no conocen esos barrios y no hay dinero para viáticos para recorrerlos ni tiempo para consultar o estudiarlos, consecuente se editan a todo lujo aunque llenos de errores. Los vecinos se quejan y se corrigen, se editan por segunda, tercera y cuarta vez. Al final, el tema ya agotó a todos y terminan abandonados en una esquina para que se los lleven los cartoneros. La auditoría no pudo demostrar nada erróneo, en ningún lugar se decía que la reediciones eran diferentes cada vez, ni que no se repartieron uno por uno, si no que simplemente se “entregaron a los habitantes ciudad”. Es cierto, son sólo folletos –aunque varias decenas de miles- y no represas millonarias o carreteras sobrevaluadas, por eso es un ejemplo válido.

El funcionario público y en especial los responsables de las auditorías y supervisiones, los responsables del control, son exactamente quienes deben velar por lo que “es de todos” o al menos “de muchos”, no sólo “de nosotros” si no de cualquier “nosotros”. A veces es intangible, a veces material, eso no le quita entidad y valor.

De esta forma todos los casos aquí presentados, por más diversos y hasta dispersos en el tiempo y el espacio que parezcan, son similares entre sí: nadie supervisó o

controló a quienes debía; alguien dejó pasar lo que no debió hacerlo o miró para el costado o –muy probable- no supo qué era lo que se debía hacer. Si un edificio se construye en una esquina tiene derechos de altura diferentes si la puerta abre hacia una u otra calle. Si logran que el municipio abra una nueva calle porque el lote no está en una esquina, pasa a estarlo. Y eso puede duplicar y hasta triplicar la cantidad de pisos: nos pasó en Buenos Aires con uno de nuestros grandes hoteles.

En Tucumán el Estado Nacional adquirió la Casa Histórica para protegerla y la demolió, para medio siglo después tener que hacerla parecida de nuevo (les recuerdo que con el Cabildo pasó lo mismo); en la iglesia de Belgrano un cura quiso ganar dinero para hacer algo loable sin preguntarle a un especialista si era adecuado, correcto o siquiera legal; en la iglesia de San Ignacio un organismo del Estado cometió una y otra vez el mismo error, nadie fue acusado de delito o malversación, y la iglesia sigue en ruinas. Y para peor, un párroco, junto a otros supuestos expertos, la llenó de agujeros en el piso buscando un absurdo tesoro; y aunque todos lo vimos nadie lo quiso detener. En San Juan 338 lo loable de una obra no implicaba necesariamente destruir la otra, sólo integrarla: en ocho años nadie lo hizo con la excusa de que “no había tiempo”, después fue tarde. Con las casas de Sarmiento, una a una fue destruida o deteriorada, por negligencia, ignorancia o simple estupidez.

El patrimonio necesita, desesperadamente, auditores y supervisores eficientes. Los técnicos no son garantía. Tal como decía José Ortega y Gasset, “Ojalá aprendieran los técnicos que para ser técnico no es suficiente con ser técnico”.

IX

¿Qué hacemos?

Datos para quien tiene que enfrentar temas de patrimonio cultural en Buenos Aires

Organismos del Estado Nacional

Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos

Dirección: Avenida de Mayo 556, (1084) Buenos Aires

Te. 4343-5835 y 43436960

E-mail: info@comisionmonumentos.gov.ar

Sitio web: www.monumentosysitios.gov.ar/

Defensoría del Pueblo de la Ciudad

Dirección: Venezuela 842 (1095), Buenos Aires

Te. 4338-4900, 0810-333-3676

E-mail: consultas@defensoria.org.ar

Sitio web: www.defensoria.org.ar/consultas/consultas.php

Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL)

Dirección: 3 de febrero 1378 (1426) Buenos Aires

Tel.: 4783-6554

Sitio web: <http://www.inapl.gov.ar/>

Museo Histórico Nacional

Dirección: Defensa 1600, (1143) Buenos Aires

Te. 4307-2301, 4307-3157, 4307-1182

E-mail: museohistoriconacional@hotmail.com

Sitio web: museohistoriconacional@hotmail.com

Academia Nacional de la Historia

Dirección: Balcarce 139, C1064AAC

Te. 343-4416, 4331-4633/5147 extensión 110

E-mail: admite@an-historia.org.ar

Sitio web: www.an-historia.org.ar/

Centro de Arqueología Urbana CAU

Dirección Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo,
Ciudad Universitaria, Pabellón 3, 4to. Piso, (1429) Buenos Aires
Te. 4789-6271

E-mail: cau@fibertel.com.ar y cau@fadu.uba.ar

Sitio web: www.fadu.uba.ar/sitios/iaa/cau/secc_cau.htm

Organismos del Estado Municipal (GCBA)

Casco Histórico

Dirección: Av de Mayo 575, 4° piso, Of. 401

Te. 4323-9400 Int. 2723 y 2783

E mail: Acceso por página Web

Sitio web: www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/casco/?menu_id=8851

Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad

Dirección: Av. de Mayo 575, 5° piso, of. 505, (1084) Buenos Aires

Te. 4323-9796 y 4323-9400 (int. 2717 y 2772)

E-mail: patrim_historico@buenosaires.gov.ar

Sitio web: www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/cpphc/?menu_id=14921

Dirección General de Patrimonio

Dirección: Av. de Mayo 575, 5°. Piso, of. 503, (1084) Buenos Aires

Te. 4323 9400 int 2806

E-mail: dgp_sc@buenosaires.gov.ar

Sitio web: www.dgpatrimonio.buenosaires.gov.ar

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

Dirección: Av. Córdoba 1556, Buenos Aires

Te. 4813-5822/ 9370

E-mail: Acceso por página web

Sitio web: www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/ihcba/?menu_id=9529

Museo de la Ciudad

Dirección: Alsina 412, (1087) Buenos Aires

Te. 431-9855 y 4343-2123

E-mail: gcba@buenosaires.gov.ar

Sitio web: www.buenosaires.gov.ar/cultura/museos/ciudad/index.html

Secretaría de Cultura

Dirección: Av. de Mayo 575, 2º. Piso, (1084) Buenos Aires

Te. 4323-9400

Sitio web: www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/?menu_id=3

Organizaciones no gubernamentales y Redes de internet de información y/o denuncia

Academia de Historia de Buenos Aires

Dirección: Av. Córdoba 1556, piso 1º, C1055AAS, Buenos Aires

Te. 4813-5822/9370

E-mail: info@academiahistoriaba.org.ar

Sitio web: www.academiahistoriaba.org.ar

Asamblea Permanente por los Espacios Verdes Urbanos (APEVU)

E-mail: apecvu@yahoo.com.ar

Sitio web: www.apecvu.blogspot.com

Asociación Amigos del Lago de Palermo

Dirección: Godoy Cruz 2073, Buenos Aires (1414)

Te. 4772-2333

E-mail: amigos.del.lago@gmail.com

Sitio web: www.amigos-del-lago.org.ar/

Basta de Demoler

E-mail: bastadedemoler@yahoo.com.ar

Sitio web: www.basta-de-demoler.blogspot.com/

Bien Cultural

Dirección: Calle 119 N° 1575 entre 64 y 65 (B1904TAB) La Plata, Buenos Aires

Telfax 54 221 422-7448

E-mail: info@biencultural.org.ar

Sitio web: www.biencultural.org.ar/historia.php

Boletines en: www.biencultural.org.ar/boletines.php

Red Patrimonio Arquitectónico

E-mail: restauro@fibertel.com.ar

Red de los Estudiantes de la Licenciatura de Conservación y Restauración de Bienes Culturales del Instituto Universitario Nacional de Arte, IUNA

E-mail: iunarestauro@gruposyahoo.com.ar

Junta Central de Estudios Históricos

Dirección: Piedras 1417 PC "C" – (1140) Buenos Aires

Tel./Fax.: 4568 9679

E-mail: juntactl@yahoo.com.ar

Sitio web: www.barriada.com.ar/Juntas/juntacentral.htm

Redes Culturales, Cultura de la Provincia de Santa Fe

Sitio web: www.weblog.educ.ar/santafecultura/archives/cat_patrimonio.php

Revista digital Nueva Museología

Sitio web: www.nuevamuseologia.com.ar/index.htm

SOS MONUMENTS, Red Iberoamericana para la Protección del Patrimonio Cultural

Sitio web: www.sos-monuments.upc.es

Lugares donde buscar documentación especializada

Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia

Dirección: Balcarce 139, C1064AAC

Te. 343-4416, 4331-4633/5147 extensión 110

E-mail: biblioteca@an-historia.org.ar

Sitio web: www.an-historia.org.ar/index2.php?s=patrimonio/biblioteca.php

Biblioteca del Instituto de Arte Americano

Dirección: Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo

Ciudad Universitaria, Pabellón 3, 4to. Piso, (1429) Buenos Aires

Te. 4789-6270

E-mail: iaa@fadu.uba.ar

Sitio web: http://www.fadu.uba.ar/sitios/iaa/inicio_resol.htm

Biblioteca del Instituto Histórico de Buenos Aires

Dirección: Av. Córdoba 1556, Buenos Aires

Te. 4813-5822/9370

E-mail: Acceso por página web

Sitioweb: www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/ihcba/biblioteca.php?menu_id=9834

Biblioteca del Museo Nacional de Bellas

Dirección: Av. del Libertador 1473, Capital Federal, Buenos Aires

Te. 4803-0802/8814, 4801-3390/ Fax 4803-8817 Int. 223

E-mail: bibliotecamnba@yahoo.com.ar y referencia_biblio@yahoo.com.ar

Sitio web: www.mnba.org.ar

Centro de Documentación e Investigación de la Arquitectura Pública (CEDIAP)

Dirección: Paseo Colón 171, 1° piso, oficina 101 (1086) Buenos Aires

Te. 054-11-4349-6884 / 6885 / 8168 / 8169

E-mail cediap@mecon.gov.ar

Sitio web: www.cdi.mecon.gov.ar/cediap/index.htm

Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (CEDODAL)

Dirección: Montevideo 1053 - 3° B --C1019ABU Buenos Aires Argentina

Te. (54-11) 4811-9249

E-mail: Acceso por página web

Sitio web: www.cedodal.com/home.htm

Fundación Espigas

Dirección: Av. Santa Fe 1769, piso 1°, C1060ABD, Capital Federal

Te. 4815-7606, fax 4815-5448

E-mail: arte@espigas.org.ar

Sitio web: <http://www.espigas.org.ar/>

Legislación

Ley 12.665 y Decreto 84.005/41

Es la ley por la cual se declaran Monumentos, Lugares y Sitios Históricos de carácter nacional

Decreto 1063/82 sobre los Bienes Inmuebles

Es un decreto que prohíbe en todo el país alterar, modificar o destruir un edificio público de más de 50 años

Ley Nacional de Arqueología y Paleontología 25.753

Regula el tráfico de piezas arqueológicas y paleontológicas en el país y la destrucción de sitios descubiertos o potenciales

Ordenanza APH 1 45.571/92, basada en Código de Planeamiento Ley 449/2000

Es la base de protección del Casco Histórico de Buenos Aires y de las declaratorias que regulan el tipo de intervención que puede tener cada edificio

Ley 1227/03, Decreto 2799, reglamento 312/06

Es la ley fundante para las declaratorias patrimoniales en la ciudad de Buenos Aires